

H HARLEQUIN™

Bianca™

Tres
desafíos



MICHELLE
SMART
PODER Y FORTUNA

_____ Bianca™ _____

PODER Y FORTUNA

Michelle Smart



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Michelle Smart
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Poder y fortuna, n.º 158 - noviembre 2019
Título original: Protecting His Defiant Innocent
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1328-711-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

Me apoyáis? –Francesca Pellegrini se estiró la coleta y miró con el ceño fruncido a los dos hombres que se sentaban enfrente de ella en el cuartito del castillo familiar-. ¿Vamos a trabajar juntos y a construir el hospital en homenaje a Pietro?

Daniele levantó las manos.

–¿Tenemos que hablar de eso en este momento, en mitad de su velatorio?

–Estoy hablando de construir un legado perdurable por nuestro hermano –le recordó ella con rabia.

Francesca ya había sabido que iba a tener que convencer a Daniele y Matteo, pero estaba segura de que acabaría consiguiéndolo. El huracán Igor había arrasado la isla caribeña de Caballeros solo hacía diez días. Habían muerto veinte mil personas y solo habían quedado siete hospitales en activo para una población de ocho millones. Pietro, el mayor de los hermanos Pellegrini, había visto la devastación en las noticias y se había puesto manos a la obra de esa manera que ella siempre había admirado.

Él, aunque dirigía un despacho de abogados internacional, siempre había buscado la manera más práctica de ayudar a las víctimas de desastres naturales; donaba dinero, organizaba recaudaciones de fondos y se manchaba las manos. Se le había ensalzado por su filantropía y ella siempre había estado orgullosa de poder decir que era su hermana. No podía creerse que no volvería a verlo, que había perdido la vida cuando su helicóptero tuvo un accidente en medio de una niebla muy espesa.

–No estoy pidiéndoos nada del otro mundo –siguió ella-. Solo os pido que aportéis vuestros conocimientos para construir el hospital que Pietro estaba proyectando en un país que lo ha perdido todo, y hacerlo en homenaje a nuestro hermano.

Daniele tenía una fortuna, ¡acababa de recibir un yate nuevo!, pero ¿qué uso le daba? ¿Su hermano solo servía al dios del dinero?

Sabía que estaba siendo injusta con su hermano, que siempre la había mimado, pero le daba igual. Pietro estaba muerto y lo único que podía hacer para sobrellevar el dolor era seguir su plan y que así trascendiera su legado.

–No digo que sea una mala idea –replicó él-. Solo digo que no deberíamos precipitarnos. Para empezar, hay problemas de seguridad.

–El país ha quedado arrasado. Los únicos problemas son el cólera y la disentería.

–No seas tan ingenua, es uno de los países más peligrosos y corruptos del mundo y pretendes que mande a mis trabajadores a que trabajen allí y que Matteo mande sus empleados.

Matteo Manaserro, su primo, tenía clínicas privadas por todo el mundo occidental y ofrecía servicios para los presumidos que no querían envejecer con dignidad. También había lanzado toda

una gama de productos rejuvenecedores que lo habían hecho famoso en todo el mundo e inmensamente rico. La madre de Francesca era una incondicional de todos los productos y aseguraba que solo se había hecho un par de retoques desde que los usaba. Pietro había dicho muchas veces que Matteo podría haber sido uno de los mejores y más eminentes cirujanos del mundo, pero que había renunciado a serlo a cambio del dinero, como Daniele.

–Mañana salgo hacia Caballeros y comprobaré si tus temores sobre la seguridad son fundados – le comunicó ella sin dejar de mirarlo a los ojos.

–Ni lo sueñes –replicó Daniele poniéndose amoratado.

–Voy a ir. Todo está organizado. Pietro ya había elegido el solar para levantar el hospital, le había asignado dinero, había concertado reuniones con representantes del gobierno y...

–No vas a ir. Ni siquiera tienes la autoridad...

–Sí la tengo –ella sacó el as que tenía guardado en la manga–. Natasha me ha dado un poder por escrito para que actúe como su representante, por ser el pariente más cercano de Pietro.

Su cuñada, que estaba en la reunión como un espectro silencioso, pareció asombrarse un poco al oír su nombre. Francesca sabía que se había aprovechado de su estado mental para que le hiciera el poder, pero sofocó el remordimiento de conciencia. Era el legado de Pietro y haría cualquier cosa para sacarlo adelante, tenía que hacerlo. Si terminaba lo que había empezado Pietro, quizá dejara de tener esos sueños dominados por el sentimiento de culpa.

Lo lamentaba muchísimo, había sido sin querer. Pietro era el mejor de todos ellos y ella lo había adorado. Solo quería que la perdonara.

–¡No es seguro!

Daniele dio un manotazo tan fuerte en la antigua mesa de roble que hasta Matteo dio un respingo.

Francesca, sin embargo, no estaba dispuesta a escuchar. Lo sabía, pero no podía evitarlo. Se sentía como una niña pequeña que estaba en el fondo de una piscina y necesitaba las pocas fuerzas que tenía para llegar a la zona poco profunda y encontrar allí el perdón.

–Acompáñame y protégeme si te preocupa tanto. El hospital se va a construir contigo o sin ti, aunque tenga que construirlo yo misma.

Daniele iba a explotar, y quizá hubiese explotado si Matteo no hubiese levantado una mano, hubiese suspirado y se hubiese inclinado hacia delante para intervenir.

–Puedes contar conmigo. Trabajaré con Daniele, si él acepta, para idear los primeros pasos. Además, cuando se haya terminado la construcción, iré personalmente para ponerlo en marcha, aunque solo durante un mes y porque quería a Pietro.

–Fantástico.

Francesca habría sonreído si sus mejillas hubiesen podido elevarse.

–Sin embargo –siguió Matteo–, estoy de acuerdo con Daniele. Estás menospreciando lo peligroso que puede ser Caballeros. Propongo que incorporemos a Felipe.

Daniele se puso rígido, miró a Matteo y asintió lentamente con la cabeza.

–Sí, me parece bien. Podrá proteger a Francesca cuando esté dando órdenes a dictadores y también protegerá a los trabajadores que contratemos.

–Un momento –intervino Francesca–. ¿Quién es ese tal Felipe?

–Felipe Lorenzi es un español experto en seguridad. Pietro utilizó muchas veces sus servicios.

–No he oído hablar de él.

A ella, sin embargo, no le extrañó mucho. Solo llevaba unos meses de prácticas en el despacho de Pietro y, hasta su muerte, no había participado directamente en sus asuntos filantrópicos

privados.

–Es un antiguo miembro de las Fuerzas Especiales españolas que ha creado una compañía que ofrece servicios de seguridad a empresas y personas que tienen que viajar a sitios a los que nunca iría alguien en su sano juicio... y ha ganado un dineral. Pietro tenía muy buen concepto de él y me imagino que habría acudido a él para garantizar la seguridad de su proyecto si...

Si viviera.

–Entonces, que se incorpore –aceptó Francesca al cabo de una pausa que fuese dolorosa para todos ellos.

No lo reconocería jamás, pero la idea de viajar sola a Caballeros le asustaba un poco. No había viajado sola nunca, pero sería valiente, como siempre lo había sido Pietro.

–Sin embargo, no necesito una niñera –añadió Francesca.

–A lo mejor deberías esperar unos días a que él organicé a sus hombres –comentó Matteo–, pero, mande a quien mande, también habrán pasado por las Fuerzas Especiales y estarán formados para lidiar con cualquier situación.

–No puedo esperar –replicó ella–. No quiero poner inconvenientes, pero mañana tengo concertada una cita sobre la venta del terreno. Si la cancelo, no sé cuándo podré volver a concertarla y no podemos retrasarnos.

Todo el proyecto dependía de que consiguiera que le vendieran esos terrenos. Sin ellos no habría ni hospital ni legado. Tenía que conseguirlos.

–Y tú no puedes correr riesgos.

–Pietro sí los corrió y puedo decidir yo misma lo riesgos que estoy dispuesta a correr. Además, creo que se exageran los riesgos.

–¿Qué?

Matteo volvió a levantar una mano para apaciguarlos.

–Francesca, los dos entendemos que quieras honrar la memoria de Pietro, como todos, pero tienes que entender que a nosotros solo nos preocupa tu seguridad. Felipe tiene una red muy extensa de gente que trabaja para él y estoy seguro de que no tendrá ningún inconveniente en que mañana haya alguien esperándote en Caballeros.

Ella se dio cuenta de que Matteo dirigía una mirada de advertencia a Daniele y de que este asentía disimuladamente con la cabeza antes de volver a dirigir la atención hacia ella.

–Harás lo que te digan, no correrás riesgos innecesarios. ¿Lo has entendido?

–¿Quiere decir eso que vais a participar?

–Sí –Daniele suspiró–. Participaré. ¿Podemos volver ya con el resto de la familia? Nuestra madre nos necesita.

Francesca asintió con la cabeza y la opresión del pecho remitió un poco. Les había sacado todo lo que había querido y ya solo quería abrazar con fuerza a su madre.

–Para resumir, yo me ocuparé de la parte legal, Daniele se ocupará de la construcción y Matteo se ocupará de la parte médica. ¿Y tú, Natasha? ¿Quieres ocuparte de la publicidad?

Aunque solo había estado casada un año con Pietro, habían estado comprometidos durante seis y le parecía que su tímida cuñada debería tener la posibilidad de participar si quería. La publicidad era importante, atraía donaciones y les daba a conocerse.

–Puedo hacerlo –susurró Natasha encogiéndose de hombros.

–Entonces, hemos terminado.

Francesca se levantó y giró los hombros como si quisiera aliviar la tensión. Tener a Matteo y Daniele a bordo significaba que ya, aunque solo fuese durante una noche, podía llorar al hermano

que tanto había querido.

El trabajo agotador empezaba a partir del día siguiente.

Francesca subió al avión con las gafas de sol puestas para que el sol no le alcanzara los ojos hinchados y le recibió una tripulación abatida. Su hermano había inspirado devoción y lealtad a sus empleados y le emocionó que estuviesen visiblemente afectados.

Si no estuviese tan apenada y no tuviese el cerebro tan embotado por todo el vino que había bebido y el par de horas de sueño que había conseguido rascar en el gélido cuarto donde había dormido siempre cuando se quedaban en el castillo durante su infancia, estaría emocionada por volar en el avión privado de Pietro. No había volado nunca y le entristecía pensar que ya no viajaría con él.

El documento que había firmado Natasha le daba carta blanca para que hiciera lo que quisiera y para que utilizara lo que necesitara de la fundación y del patrimonio personal de Pietro con tal de que sacara adelante el proyecto. Sabía que Daniele estaba enfadado porque se aprovechaba de la fragilidad de Natasha y sentía cierto remordimiento, pero, sinceramente, si le hubiese pedido a Natasha que le hubiese cedido su casa, su coche y su cuenta bancaria, ella se los habría cedido con esa misma mirada ausente. Antes de marcharse del velatorio, había hecho un aparte con Matteo y le había pedido que la vigilase un poco. Matteo no era solo un primo para ellos. Había vivido con ellos desde que tenía trece años y como era de la misma edad que Pietro había sido su amigo más íntimo. Él, como todo el mundo, lo había adorado y cuidaría a Natasha.

La llevaron a la zona principal del avión, que era tan lujosa como se había imaginado. Sin embargo, se quedó atónita al ver que había un hombre sentado en uno de los magníficos asientos de cuero y que manejaba el ordenador portátil que tenía sobre una mesa plegable que le tapaba lo que parecían unas piernas increíblemente largas.

Se quedó parada en seco.

No había esperado viajar con nadie y miró a la azafata, que no parecía extrañada por la presencia del desconocido. Se fijó en ese hombre y vio que tenía unos ojos marrones muy oscuros en la cara más atractiva que había visto en su vida. Se quedó sin respiración y le pareció que había pasado un siglo antes de que él hablara.

–Debes de ser Francesa...

Hablaba inglés con mucho acento y sus labios, firmes y carnosos, no esbozaron la más mínima sonrisa. Ella parpadeó para volver al presente y al darse cuenta de que había estado mirándolo fijamente.

–¿Y usted...?

–Felipe Lorenzi.

–¿Eres Felipe?

Cuando Matteo y Daniele le habían hablado del hombre que había estado en las Fuerzas Especiales, ella se había imaginado un matón cuadrado con la cabeza rapada y el cuerpo cubierto de tatuajes que solo llevaba pantalones mugrientos con muchos bolsillos y camisetas negras.

Ese hombre era completamente distinto. Tenía la cabeza completamente cubierta por un pelo más oscuro todavía que los ojos y llevaba una camisa blanca impecable bajo un traje gris liviano y evidentemente hecho a medida con un chaleco a juego y corbata de cuadros verdes.

–¿Esperabas a alguien distinto? –preguntó él arqueando una ceja.

Francesca, alterada por algún motivo que desconocía, se sentó enfrente de él y tuvo que

contener las ganas de seguir mirándolo.

–No esperaba a nadie –Francesca se puso el cinturón de seguridad intentando fingir que no se había inmutado por su presencia–. Me dijeron que me encontraría con algunos de tus hombres en Caballeros.

Los teléfonos de Daniele y Matteo habían echado humo durante el velatorio para cerciorarse de que tuviera protección cuando llegara a la isla, pero no le habían dicho que tendría compañía durante el vuelo. Si lo hubiese sabido, no se habría puesto lo primero que había encontrado. Ni siquiera había tenido tiempo para ducharse ni para hidratarse la cara.

La cara que la miraba no se hidrataba, se dijo a sí misma sintiéndose algo mareada. Era una cara muy viril y atractiva, pero curtida en mil batallas. Era una cara que había visto verdaderas atrocidades que se le habían quedado grabadas en los surcos que le rodeaban la boca y los ojos, en el saliente de la poderosa nariz y en las manchas blancas de la tupida barba que le cubría la mandíbula. Era un hombre con un halo de peligro que hacía que la sangre le bullera por algo que no podía entender.

–Caballeros es... inestable. No es prudente ir allí sin protección.

Y menos una mujer como esa. Se habría levantado para estrecharle la mano, pero su visión lo había dejado perplejo.

Los dos hermanos Pellegrini eran guapos y no era de extrañar que la hermana pequeña también lo fuese, pero no se había esperado que fuese tan devastadoramente sexy con unos vaqueros ceñidos y rasgados, una blusa blanca y unas sandalias con lentejuelas.

–No sabía que serías tú en persona –le explicó ella con cautela–. Creía que tú facilitabas los hombres encargados de la protección.

–Así es, pero también hay ocasiones, como esta, en las que lo hago yo mismo.

Había llegado a conocer bien a Pietro durante los años que estuvo protegiéndolo en sus misiones filantrópicas. Durante su trayectoria profesional, había rondado la muerte muchas veces, tantas que casi se había acostumbrado, pero la pérdida de Pietro lo había afectado más de lo que habría esperado. Había sido un hombre excepcional, inteligente y prudente por naturaleza a pesar de su osadía. Había sabido cómo afrontar las situaciones.

Estaba en el bar de un hotel en Oriente Próximo bebiendo el whisky de malta que le gustaba a Pietro, en su memoria, cuando Daniele y Matteo, los dos, lo habían llamado para decirle que la hermana pequeña de Pietro iba a viajar a Caballeros, un país que estaba cayendo en picado en la anarquía, a primera hora de la mañana y que no iba a detenerse ni a retrasarse por nada que le dijeran ellos. Había sabido inmediatamente que tenía que protegerla, que se lo debía a ese gran hombre, y se había puesto en marcha. A las diez horas ya estaba en Pisa, duchado, cambiado y sentado en el avión privado de Pietro. Lo único que no había podido hacer había sido afeitarse.

Francesca se quitó las gafas de sol, las cerró y se las guardó en el bolso. Cuando lo miró, él sintió otra sacudida.

Lo único que tenía como la media era la estatura, todo lo demás era extraordinario, desde la resplandeciente la melena negra que la caía por toda la espalda hasta los labios carnosos y la piel de un leve color oliva. El único defecto eran los ojos, que estaban tan rojos e hinchados que casi no se veía el marrón claro de sus pupilas.

Aunque, claro, había enterrado a su hermano el día anterior.

Se acordó de la advertencia de Daniele sobre su estado. Era una mujer al límite.

–Sentí muchísimo la muerte de Pietro –comentó él en voz baja.

–No tanto como para asistir a su sepelio –replicó ella con desenfado aunque con cierto temblor

en la voz ronca.

Él supuso que la tenía ronca de tanto llorar.

–El trabajo es lo primero. Él lo habría entendido.

Pensaba visitar la tumba de Pietro durante su próxima visita a Europa y dejarle una corona de flores.

–Pudiste reordenar tus compromisos de trabajo para estar hoy aquí...

–Es verdad.

Había tenido que sacar de sus vacaciones a uno de sus empleados más antiguos para que se hiciera cargo del trabajo que había estado supervisando él.

–Caballeros en un sitio peligroso –añadió Felipe.

–Para que todo quede claro, trabajas para mí –le comunicó ella en el impecable inglés que hablaban todos los Pellegrini–. Mi cuñada me ha dado un poder para representarla como pariente más cercano de Pietro.

Felipe la miró con los ojos entrecerrados al haber captado el tono desafiante de esa voz ronca.

–¿Cuántos años tienes?

Él tenía treinta y seis años, uno más que Pietro, el mayor de los tres hermanos Pellegrini, y recordaba que una vez calificó a su hermana como «un accidente afortunado».

–Tengo veintitrés años –contestó ella levantando la barbilla para retarlo a que dijera algo sobre su juventud.

–Eres casi una anciana –se burló él.

No se había dado cuenta de que fuese tan joven, pero, una vez que lo sabía, se alegraba el doble por haber reajustado su calendario de trabajo para protegerla. Habría dicho que tenía unos veinticinco años, que solo eran dos más de los que tenía, pero, muchas veces, esos eran los años más formativos en la vida de un adulto. En su caso, lo habían sido. Habían sido los mejores de su vida hasta la misión con rehenes que acabó con la vida de su mejor amigo y con una bala en su pierna que lo retiró del trabajo que adoraba cuando solo tenía veintiséis años.

–Es posible que sea joven, pero no soy estúpida –ella lo miró con el ceño fruncido–. No hace falta que seas paternalista conmigo.

–La edad no está asociada a la inteligencia. ¿En cuántos países has estado?

–En muchos.

–¿De vacaciones con tu familia?

Fabio Pellegrini, el padre de Francesca, había sido descendiente de una familia noble italiana. Hacía tiempo que los Pellegrini habían renunciado a sus títulos, pero todavía tenían una finca inmensa cerca de Pisa y una fortuna igual de inmensa. Vanessa Pellegrini, la madre, también era de una familia adinerada desde hacía generaciones. A los hijos de Vanessa y Fabio nunca les había faltado nada. Cuando Felipe lo comparaba con sus orígenes, la diferencia no podía ser mayor.

–Sí –contestó ella en ese tono desafiante–. He visitado casi toda Europa, América y Australia. Me considero viajada.

–¿Y cuál de todos esos países estaba al borde de la guerra?

–Caballeros no está al borde de la guerra.

–Le falta muy poco. ¿En cuál de todos esos países la sanidad era un problema?

–Llevo pastillas potabilizadoras en el equipaje.

Él disimuló una sonrisa. Ella creía que tenía todas las respuestas, pero no tenía ni idea de dónde estaba metiéndose.

–Eso sería clave, pero no vas a necesitarlas.

–¿Por qué?

–Porque no vas a quedarte en Caballeros. Te he reservado una habitación en un hotel de Aguadilla.

Aguadilla era una isla hispanocaribeña que estaba cerca de Caballeros, aunque se había librado del huracán y era un país relativamente seguro.

–¿Qué...?

–Anulé el cuchitril donde iban a meterte en San Pedro –siguió él como si ella no hubiese dicho nada y refiriéndose a la capital de Caballeros–. Tenemos una avioneta a nuestra disposición para que vayas por las islas y acudas a las reuniones.

Ella se puso roja de rabia.

–No tenías derecho para hacer eso. Ese... cuchitril era donde Pietro iba a alojarse.

–Y habría contratado a mi empresa para que lo protegiera. Él no era tonto, y tú eres una mujer vulnerable que...

–No lo soy –le interrumpió ella en tono tajante.

–Mírate con los ojos de alguien de Caballeros. Eres rica, joven y guapa y, para bien o para mal, eres una mujer....

–¡No soy rica!

–Tu familia sí es rica y Caballeros es el sexto país más peligroso del mundo. Las cosas ya estaban mal cuando la gente tenía tejados sobre las cabezas, pero ahora lo han perdido todo y están desesperados. Pondrán precio a tu cabeza en cuanto pises la isla.

–Pero voy a construirles un hospital...

–Y muchos te lo agradecerán. Caballeros, como todas las islas del Caribe, está llena de personas maravillosas y hospitalarias, pero siempre ha tenido una cara oculta muy peligrosa y más golpes de Estado militares que ningún otro país desde que se independizó de España. Las armas de fuego y la droga están por todos lados y la policía y los políticos son corruptos, y eso ya era así antes de que el huracán Igor destrozara las infraestructuras y matara a miles de personas.

Francesca tardó un buen rato en hablar y lo miró echando fuego por los ojos.

–Ya sabía los riesgos que había y por eso acepté que contrataran a tu empresa, para que me protegiera, no para que fuese mi niñera. No tienes el más mínimo derecho a cambiar lo que he organizado. Te pagaré todo lo estipulado, pero ya no quiero tus servicios. Toma tus cosas y bájate del avión. Estoy rescindiendo tu contrato.

Le habían dicho que reaccionaría así. Tanto Daniele como Matteo le habían advertido que tenía mucho carácter y era tremendamente independiente, algo que la muerte de Pietro había potenciado. Por eso Daniele había hecho lo que había hecho, para protegerla de sí misma.

–Siento decírtelo, pero no puedes despedirme.

Felipe se encogió de hombros con despreocupación y bostezó con más despreocupación todavía. Estaba cansado. Llevaba dos días sin dormir y podía ahorrarse la explosión que estaba seguro que se avecinaba.

–Tu cuñada ha redactado un anexo al poder que te otorgó. Si en algún momento comunico que no estás siguiendo mis consejos en lo relativo a tu seguridad, el poder quedará revocado y el proyecto cancelado –añadió él para dejar el asunto zanjado.

Capítulo 2

El pasmo que se reflejó en la cara de Francesca no tenía precio.

–¿Natasha hizo eso? ¿Natasha...?

–Por petición de Daniele. Entiendo que quería que ella revocara el poder por completo y llegaron a este acuerdo.

–Ese manipulador rastrero... –susurró Francesca con un gesto de rabia.

–Tu hermano y toda tu familia están preocupados por ti. Creen que eres demasiado impulsiva como para hacer esto sin meterte en algún lío. Estoy aquí para que no te metas en líos –Felipe se inclinó hacia delante para que entendiera que hablaba completamente en serio–. No quiero ser un tirano, pero, si me alteras o si actúas irreflexivamente o si corres algún riesgo que me parezca innecesario, te mandaré inmediatamente a Pisa.

Ella apretó tanto los labios que se convirtieron en una línea blanca.

–Quiero ver ese anexo.

–Claro.

Él lo sacó del bolsillo interior de la chaqueta y ella se lo arrebató de la mano.

Su rostro fue ensombreciéndose a medida que iba leyéndolo.

–Es una copia –le advirtió él por si estaba pensando en hacerlo pedazos.

Ella lo miró con resentimiento.

–Dediqué cinco años a licenciarme en Derecho y sé cómo es una copia –Francesca tomó aire, dejó el documento sobre el regazo y cerró los puños–. No crea que puede hacer lo que quiera conmigo, señor Lorenzi. Es posible que sea joven, pero no soy una niña. Este proyecto lo es todo para mí.

–Me alegro –replicó él sin alterarse–. Si actúas como la mujer adulta que dices ser, no habrá ningún problema y el proyecto estará a salvo.

La mirada de ella podría haber agriado la leche.

Estaba tan furiosa que se negó a seguir conversando. Si a Felipe le desquició su silencio, no lo demostró. Trabajó un par de horas con el ordenador portátil mientras se comía un montón de sándwiches y luego pulsó el botón de su asiento que lo convertía en una cama.

Ella hizo lo mismo y también intentó dormir un poco. Solo había echado algunas cabezadas desde que Pietro había muerto en el accidente de helicóptero y se había despertado siempre con sudores fríos y sollozando sobre la almohada. Además no sabía qué le costaba más sobrellevar, si el remordimiento o el dolor. Los dos eran como espectros dispuestos a agarrarla y a arrastrarla a la oscuridad.

¿Realmente solo había pasado una semana desde que su madre los llamó con la noticia de que se lo habían arrebatado tan despiadadamente?

Por primera vez desde su muerte, las lágrimas no le empañaron los ojos en cuanto su cabeza tocó la almohada. Estaba demasiado enfadada como para llorar.

Sabía que tendría que estar enfadada con Daniele y no con Felipe. Su hermano había redactado el anexo que, a todos los efectos, la dejaba en manos de Felipe como si él fuese un profesor y ella una alumna que estaban en un viaje del colegio. Sin embargo, Felipe, ese hombre odioso, lo había firmado y había dejado muy claro que haría que se cumpliera.

Todo sería distinto si ella fuese un hombre. Si fuese Daniele o Matteo, no estaría imponiéndole su autoridad ni tratándola con condescendencia por su falta de experiencia. Su edad y sexo siempre la habían encasillado en su familia y le enfurecía comprobar que pasaba lo mismo en el resto de su vida.

Se daba cuenta de que había sido una sorpresa, de que había nacido diez años después que Daniele y doce que Pietro y su primo Matteo, quien había ido a vivir con ellos cuando ella era todavía un bebé. La diferencia de edad era demasiado grande como para que no influyera en la forma que tenían todos de tratarla. Había sido una princesa para su padre y una muñeca a la que vestir con ropa bonita y a la que mimar para su madre. Daniele también la había mimado, le había comprado caramelos, se había metido con ella, la había llevado, con sus empalagosas amigas, a dar paseos en su sucesión de coches nuevos, había sido su hermanita pequeña entonces y seguía siéndolo en ese momento.

Solo Pietro la había tratado como a una persona hecha y derecha y lo había adorado por eso. Nunca la había tratado como a una mascota. Su reconocimiento había significado un mundo para ella y había seguido sus pasos en el Derecho como un perrillo que seguía los pasos de su dueño. ¿Cómo iba a haber reaccionado cuando se enteró de su muerte? Él se merecía mucho más que eso.

Volvió a pensar en el hombre que la... custodiaba. ¿A quién podía importarle que tuviera una cara que podía derretir cualquier corazón y un físico sexy hasta decir basta? Le había bastado una conversación con él para saber que era un tirano arrogante. Se había pasado la vida intentando que la tomaran en serio y no estaba dispuesta a permitir que ni él ni nadie la pisotearan...

Se puso muy recta. Llamaría a Natasha para que anulara el anexo. ¿Cómo no lo había pensado antes? Tomó el teléfono y pulsó el número. Cuando ya creía que iba a saltar el contestador automático, Natasha contestó con una voz somnolienta.

–Hola, Natasha, siento molestarte, pero tengo que hablar contigo sobre una cosa.

Francesca le explicó sus temores en la voz más baja que pudo para no despertar al hombre que tenía enfrente.

–Lo siento, Fran, pero le prometí a Daniele que no dejaría que me convencieras –replicó Natasha con lástima–. Es por tu seguridad.

–Pero es imposible que sea eficiente si este hombre puede vetar todas mis decisiones.

–No puede vetar nada.

–Sí puede. Si decide que algo no es seguro, puede pararlo. Tu anexo le da esa capacidad.

–No está tan mal.

–Sí lo está. ¡Puede paralizar el proyecto si no hago todo lo que él diga!

–Lo siento –Natasha suspiró–, pero lo prometí. Daniele está muy preocupado sobre tu estado. Todos lo estamos. La muerte de Pietro... –le tembló la voz y la bajó a un susurro– te ha afectado mucho. Felipe te mantendrá a salvo y evitará que tomes decisiones precipitadas. Por favor, intenta entenderlo. Solo hacemos lo mejor para ti.

Si no hubiese sabido lo frágil que estaba Natasha, habría estado tentada de gritarle, por el teléfono, que era perfectamente capaz de decidir lo que era mejor para ella, pero gritarle solo habría conseguido demostrar que estaba inestable cuando tenía que convencerlos de que estaba completamente equilibrada y era muy racional.

Daniele le había lavado el cerebro a su cuñada y tenía que hablar con él. Si pudiera convencerlo de que el anexo era innecesario, Natasha aceptaría anularlo.

–Gracias de todas formas –susurró ella.

Llamó a Daniele, pero no le sorprendió que saltara el contestador. El muy canalla iba a eludirla. Dejó un mensaje en el tono más dulce que pudo poner. «Daniele, tenemos que hablar. Llámame en cuanto oigas esto.»

Orgullosa por no haberlo insultado, dejó el teléfono en la repisa del compartimento de la cama. Siempre había conseguido que Daniele hiciera lo que ella quería, pero esa situación era distinta. Era independiente, pero no era tonta. Una cosa era engatusarlo para que le comprara un vestido para un baile, y otra muy distinta era convencerlo para que anulara el contrato que había redactado para que ella estuviese segura.

–No conseguirás que cambie de opinión.

La voz, grave como un trueno, llegó del compartimento que tenía enfrente y parecía muy despierta. El muy zorro había estado despierto todo el rato y había oído sus conversaciones.

Francesca se destapó y se levantó.

–Lo conseguiré, ya lo verás.

Como no iba a conseguir dormir, podía ducharse y prepararse para cuando llegaran al Caribe.

Felipe comió unos huevos Benedict mientras esperaba a que Francesca terminara de usar el cuarto de baño y el vestidor contiguo. Después de nueve horas en el avión, él también podría darse otra ducha. Iban a aterrizar dentro de una hora en Aguadilla y la avioneta estaba preparada para llevarlos directamente a Caballeros y a la reunión con el gobernador.

Esperaba que ella estuviese mentalmente preparada para lo que iba a encontrarse allí.

Entendía su hostilidad. A él tampoco le gustaba que le mandaran. Su paso por las Fuerzas Especiales le había enseñado a obedecer las órdenes, pero solo había sido algo necesario en la formación de cualquier soldado. Había una cadena de mando y, si se rompía un eslabón, se desmoronaba toda la cadena. No le había gustado, pero lo había considerado necesario y lo había aceptado. Al final, había ascendido a lo más alto de la cadena y había sido el que había dado las órdenes. En ese momento, mandaba a cientos de hombres que tenían que recorrer el mundo por su trabajo. Francesca tendría que aceptar su autoridad, su seguridad era lo más importante, y él no vacilaría en sacarla de allí si hacía falta.

Por fin, acabó saliendo de vestidor.

–Tienes mejor aspecto –comentó él.

Sin embargo, no era la reacción adecuada a la diferencia con el aspecto que tenía cuando subió al avión. En ese momento, llevaba un traje hecho a medida de color azul marino con rayas blancas muy finas que le recorrían toda la chaqueta y los ceñidos pantalones. También llevaba una camisa negra debajo de la chaqueta y unos zapatos de tacón. El lustroso pelo negro estaba recogido en un moño en la nuca. Conseguía dar una sensación de profesionalidad y, seguramente, de ir a la moda. Con toda certeza, haría que la tomaran más en serio que con la ropa que llevaba cuando llegó.

Ella respondió con una sonrisa tensa y tomó su ordenador portátil del cajón donde lo había dejado un tripulante.

Él se levantó y se estiró.

–Voy a ducharme. Come algo porque vamos a aterrizar dentro de una hora.

Pasó al lado de ella e inhaló su olor fresco y delicado. Estuvo a punto de pararse para olerlo otra vez. Francesca tenía un olor tan bueno como su aspecto.

Sin embargo, empezó a desvestirse y se recordó que daba igual lo bien que oliera o lo sexy que fuese, que eso era un trabajo y que estaban estrictamente prohibidas todas las relaciones que no fuesen profesionales. Esa cláusula aparecía en los contratos de todos sus empleados y con motivo. Tenían un trabajo muy peligroso y necesitaban tener la cabeza despejada. El más mínimo indicio de que la relación entre un empleado y un cliente había cruzado el límite era motivo de despido inmediato.

Francesca podía ser la mismísima Afrodita y él mantendría la distancia.

Abrió el grifo y esperó a que se calentara el agua, pero Francesca había estado tanto tiempo que había utilizado toda el agua caliente. Sacudió la cabeza al caer en la cuenta de que, seguramente, lo había hecho intencionadamente.

–¿Qué tal la ducha? –le preguntó ella en un tono inocente cuando volvió a la cabina.

–Fría.

Ella arrugó los labios, pero no levantó la mirada del ordenador.

–Después de haber pasado ocho años en las fuerzas especiales, donde cualquier tipo de baño era excepcional, una ducha, sea como sea, siempre se agradece –añadió él con ironía–, pero eso es lo de menos. Dime cuál es el plan.

–¿No vas a decírmelo tú, ahora que estás al mando? –preguntó ella sin disimular su fastidio.

–Sigue siendo tu proyecto. Yo estoy al mando de tu seguridad. Si estás dispuesta a aceptar mi autoridad en ese terreno, yo estaré encantado de seguir tus indicaciones.

Él quería tanto como ella que ese proyecto saliera adelante y sabía que lo mejor para evitar que hiciera algo imprudente era dejar que creyera que tenía parte del mando.

–Tienes un reunión con el gobernador de San Pedro dentro de cuatro horas –siguió él–. ¿Qué esperas conseguir?

–Que acepte la venta de los terrenos que había elegido Pietro –contestó ella algo más aplacada.

–¿Nada más?

–El gobernador está casado con la hermana del presidente de Caballeros y el propio presidente le dio el cargo. Si acepta, nadie más puede objetar y podría empezar a organizarlo todo.

–¿Y si no acepta?

–No quiero pensarlo por el momento –contestó ella con una mueca de disgusto.

–¿No tienes un plan alternativo?

–Ya pensaré algo si hace falta –insistió ella cerrando la tapa del ordenador.

–¿Por qué no ha venido Alberto? Él tiene mucha experiencia en casos así.

Felipe observó con atención la reacción de Francesca. Alberto había sido la mano derecha de Pietro en su fundación. Los dos habían viajado siempre juntos y Alberto hacía gran parte del trabajo previo para que todo se pusiera en marcha. Se movía mejor que nadie en los países azotados por desastres naturales y sabía codearse con las personas que los gobernaban.

–Se ha tomado un permiso –contestó ella encogiéndose de hombros–. Deberías haberlo visto en el sepelio, casi no podía mantenerse de pie. Me ha dado todos los expedientes de la fundación, pero no puede trabajar en este momento.

–Aun así, aquí estás, la hermana de Pietro, que, para seguir con su labor, viaja a unos de los países más peligrosos del mundo al día siguiente de enterrarlo.

Ella apretó los dientes, cerró los ojos y tomó aire. Luego, asintió con la cabeza y lo miró a los ojos. Había desaparecido la irritación y la hinchazón de los ojos, pero tenían tal desolación que resultaba difícil mirarla.

–Hacer este proyecto en memoria de Pietro es lo único que impide que me desmorone –replicó ella en voz baja pero tajante.

Tenía que reconocer que era valiente, y solo esperaba que tuviera la fuerza necesaria para salir adelante los próximos cinco días.

Francesca no tuvo tiempo para apreciar la belleza de Aguadilla antes de que se montaran en la avioneta que estaba esperándolos. Durante el corto trayecto en coche desde el aeropuerto internacional a un aeródromo mucho más pequeño solo pudo fijarse en el cielo más azul que había visto, en el mar más cristalino y en la cantidad de vegetación.

Tres hombres, entre ellos el piloto, estaban esperándolos en la avioneta. Felipe les estrechó la mano a los tres y fue diciéndoles sus nombres mientras ella los saludaba con un gesto de la cabeza e intentaba convencerse de que lo que sentía en la boca del estómago no era miedo porque dentro de veinte minutos iban a aterrizar en Caballeros.

–¿Te pasa algo? –le preguntó Felipe una vez tuvieron abrochados los cinturones de seguridad.

–No, estoy bien.

–¿Es tu primera visita a Caballeros? –le preguntó, con acento australiano, el hombre que le habían presentado como James.

Ella asintió con la cabeza y él sonrió.

–Entonces, te propongo que disfrutes con la belleza de Aguadilla porque vamos a un sitio atroz.

Ella soltó una carcajada por el inesperado comentario.

–¿Estos hombre trabajan para ti? –le preguntó Francesca a Felipe en voz baja cuando ya habían despegado.

–Sí. Tengo a otros tres hombres apostados por los alrededores de la residencia del gobernador. Todos mis hombres han estado en las Fuerzas Especiales. James y Seb ya han estado aquí. No puedes estar en mejores manos.

–¿Organizaste todo esto en solo una noche?

La miró con esos ojos marrones y ella sintió una especie de vértigo en las entrañas.

–Estarás a mi cargo mientras estemos en Caballeros y me lo tomo en serio.

La sangre le bulló por sus palabras, tomó aire y desvió la mirada para mirar por la ventanilla. Se llevó una mano al cuello y le desconcertó que tuviera el pulso tan alterado. Cerró los ojos para intentar apaciguarlo.

Durante el viaje en el avión privado de Pietro, cuando había estado trabajando con el ordenador portátil, no había podido resistir la tentación y había investigado un poco la empresa de Felipe. Debería haberlo hecho antes, cuando Daniele y Matteo se empeñaron en que los hombres de Felipe la protegieran, pero no se le ocurrió en aquel momento.

Estaba atónita por lo que había averiguado.

Matteo había dicho que Felipe había ganado una fortuna con su empresa, pero ella no se había dado cuenta de lo inmensa que era. En diez años, había levantado una empresa que se extendía por todo el mundo y que daba trabajo a cientos de exmilitares de docenas de países. Los activos de la

empresa no eran menos asombrosos, desde aviones de todas las formas y tamaños listos para despegar en cualquier momento hasta sistemas de comunicación tan efectivos que los ejércitos de Europa y Estados Unidos se los compraban para sus propios soldados.

Tenía que reírse por haber pensado que era un montón de músculos con una cabeza hueca. Felipe Lorenzi tenía una empresa valorada en miles de millones y la arrogancia de demostrarlo.

Estaba de conversación con sus compañeros, que estaban sentados enfrente de ellos, y los ojos volvieron a dirigirse hacia él. Era una delicia mirarlo y cuanto más lo miraba, más quería mirarlo. Ella, gracias a su familia, se había relacionado con muchos hombres atractivos y adinerados, pero ninguno había sido como él, ninguno había llevado la fuerza y el peligro como una segunda piel.

Dejó escapar una risotada por una broma de James, algo que la dejó pasmada porque creía que no sabía reírse, y se encontró admirando el tamaño de los bíceps que se intuían por debajo de la exclusiva tela de la chaqueta. Siguió bajando la mirada hasta los muslos y pensó que tenían que ser el doble de los de ella...

Felipe, como si pudiera notar que estaba mirándolo, se giró para mirarla en ese instante. Ella se quedó sin respiración, se le secó la boca y sintió una oleada abrasadora por todo el cuerpo. Era como si estuviese atrapada. No pudo dejar de mirar esos ojos oscuros hasta que él parpadeó y volvió a centrarse en sus colegas. Francesca soltó el aire y se llevó una mano al corazón desbocado.

Aunque su atractivo fuese algo escabroso, Felipe Lorenzi era el hombre más sexy que había visto en su vida... y era una pena que también fuese el más odioso.

Felipe no habría pensado jamás que se alegraría por aterrizar en Caballeros, pero elevó una plegaria de agradecimiento cuando la avioneta tocó suelo.

Había estado charlando con James y Seb sobre las cosas normales, sobre nada importante que no pudiera decirse delante de una... desconocida, hasta que, de repente, notó con fuerza la presencia de esa desconocida. Había pasado tan deprisa que le había sorprendido, había sentido una descarga eléctrica en la piel y se había preguntado qué se sentiría al tener sus labios debajo de los de él, a qué sabría...

Entonces, igual de deprisa, lo había sofocado todo y se había concentrado, como llevaba haciendo casi dos décadas, en el trabajo que tenía entre manos. Una atracción hacia Francesca Pellegrini era impensable.

Tampoco era para tanto. Ya había solventado sin problemas más de una atracción indeseada. Solo tenía que centrarse en lo que era importante y lo único importante era la seguridad de ella.

Sin embargo, había captado algo en su mirada que le había hecho pensar que esa atracción podía ser recíproca... pero podía solventarlo.

Francesca Pellegrini estaba vedada. Sus empleados firmaban esa cláusula que les prohibía acostarse con sus clientes y lo justo sería aplicársela a sí mismo. Además, ella estaba llorando a su hermano. Había visto a hombres muy curtidos perder la cabeza por el dolor. Él había estado a punto de perderla una vez, el dolor había sido tan fuerte que pudo saber que no quería volver a pasar por lo mismo, y no pasaría.

Había pasado la infancia solo en casi todos los sentidos y, si bien entonces había anhelado escapar de esa soledad, en ese momento la buscaba. Todas sus relaciones, desde las que tenía con sus empleados a las que tenía con las mujeres con las que salía, las llevaba con cierta distancia.

—¿Preparado, jefe? —le preguntó Seb con la mano en la puerta.

El aeropuerto principal de Caballeros, como casi toda la isla, estaba muy maltrecho. El dinero de los Pellegrini, y la intervención de Felipe para tocar algunos hilos, habían garantizado que el viaje fuese seguro. Miró por la ventanilla por encima del hombro de Francesca para comprobar hasta dónde habían llegado los daños. El tejado de la terminal había volado, los ventanales estaban rotos y había montones de escombros por todos lados. A unos metros de ellos, había un Boeing 737 tumbado de costado.

–¿Estás preparada? –le preguntó a Francesca en voz baja.

Ella miraba fijamente por la ventanilla, como si intentara asimilar el espanto.

–Si quieres, podemos cambiar la reunión para otro momento –añadió él.

–No voy a cambiar nada –ella levantó los hombros y ladeó el cuello–. Vamos.

Capítulo 3

Francesca supuso que el conductor del coche que los esperaba también era del equipo de Felipe y los llevó con mucho cuidado por carreteras embarradas y tan llenas de baches que ella supo que los daños tenían que ser previos al huracán. Se fue con ellos y James se quedó en la avioneta con el piloto.

La residencia del gobernador estaba al norte de la isla, lejos de la ciudad que gobernaba y en una zona que se había librado relativamente del huracán. Sin embargo, para llegar, había que atravesar San Pedro, la capital de la isla, que se había llevado la peor parte de la tormenta con las otras ciudades y pueblos del sur. Sintió un escalofrío al pensar que era la ciudad donde había pensado quedarse durante el viaje.

También atravesaron pueblos que se reducían a montones de maderas astilladas y chapas de metal que unas semanas antes habían sido la estructuras de las casas de sus habitantes, que en esos momentos se cobijaban bajo telas impermeables. Había gente por todos lados, viejos y jóvenes, niños desnudos, mujeres embarazadas y descalzas, personas con heridas evidentes que se cubrían con vendajes improvisados. La mayoría miraba el coche con rabia. Algunos tenían fuerzas para acercarse y otros les arrojaban cosas. Francesca se agachó en su asiento cuando la primera botella alcanzó el coche.

–No te preocupes –comentó Felipe–. Es cristal es antibalas y nada puede atravesarlo.

–¿Dónde estás toda la ayuda? –preguntó ella sin salir de su asombro–. ¿Dónde están las organizaciones benéficas que deberían estar aquí?

–Están concentradas en el sur de la isla. Ya viste cómo está el aeropuerto principal. El otro está peor. Tienen que traer la ayuda en barco. Las islas vecinas han hecho lo que han podido, pero a muchas también les azotó el huracán y el Gobierno no está ayudando como debería. Habría que despejar ese aeropuerto. Habría que hacer muchas cosas, pero no se hace nada.

Cuando llegaron al recinto donde estaba la residencia del gobernador, Francesca estaba más decidida que nunca a construir el hospital, pero no solo para honrar la memoria de su hermano, sino por esa pobre gente que estaba sufriendo la devastación del huracán y la incompetencia del Gobierno. Se sentía como si fuese a explotar por lo decidida que estaba.

La residencia del gobernador era una enorme villa blanca de estilo colonial que hizo que lo odiara antes de verlo. Había hombres armados por todos lados, hombres que deberían estar resolviendo las consecuencias de la devastación.

Felipe, como si le hubiese leído los sombríos pensamientos, la miró hasta que captó su atención.

–Guárdate para ti misma tus sentimientos hacia el gobernador. Debes mostrarle respeto o te expulsará a patadas y no volverá a recibirte jamás.

–¿Cómo nuestro respeto a un hombre al que ya desprecio?

–Tú eres la que quiere hacer el papel de política –él se encogió de hombros–. Fíngelo. Has leído los informes de Alberto sobre los proyectos antiguos de Pietro. Imagínate lo que haría tu hermano y haz lo mismo. Ahora estás jugando con los mayores, Francesca, ¿o prefieres que te lleve a casa?

–No –contestó ella sin pensárselo dos veces–. Puedo hacerlo.

–¿Puedes fingir respeto?

–Haré lo que haga falta.

Francesca tomó aire, se bajó del coche y subió los escalones de mármol que llevaban a la puerta principal con Felipe al lado. Seb y el conductor se quedaron en el coche.

–¿Te pasa algo en la pierna? –le preguntó ella al darse cuenta de que cojeaba un poco.

–Nada grave –contestó él mirando alrededor.

Pasaron por un arco detector de metales y los llevaron a una sala de espera muy grande pintada de blanco, con floreros enormes con flores blancas y con estatuas de mármol. El sofá era tan inmaculadamente blanco que ella se pasó la mano por la falda antes de sentarse.

–Si esta es la casa del gobernador, no quiero ni imaginarme lo pretenciosa que será la del presidente –comentó ella en voz baja cuando se quedaron solos.

–Ten cuidado –Felipe se inclinó para hablarle al oído–. Hay cámaras por todos lados y graban todo lo que hacemos y decimos.

Francesca no supo que la alteró más, si saber que la espían o el aliento de Felipe en la oreja. Además, también captó su olor, un olor especiado y caro que hizo que la boca se le hiciera agua y que se sentara muy rígida para no inclinarse sobre él y olerlo a conciencia.

Se agarró las manos y miró con detenimiento el cuadro de un yate que había en la pared de enfrente. No podía permitir que las reacciones de su cuerpo a Felipe la distrajeran de lo que tenía que hacer. Se había pasado la vida, de persona adulta, pasando por alto las insinuaciones de los hombres. Había rechazado a un montón de universitarios muy guapos, y siempre con una sonrisa apaciguadora y sin lamentarlo lo más mínimo.

No había querido tener idilios cuando estaba decidida a licenciarse *cum laude*. El sexo y los idilios podían esperar hasta que su profesión estuviera asentada.

Miró de reojo las manos que descansaban sobre los musculosos muslos que tenía al lado. Eran grandes, como todo él, los dedos eran largos y callosos y las uñas, cortas y prácticas, no se parecían en nada a las manos de manicura que llevaban los hombres del despacho de Pietro. Felipe era un hombre de los pies a la cabeza.

Una mujer alta y esbelta vestida con un impecable traje blanco entró en la habitación. El gobernador iba a recibirlos.

Francesca se armó de valor, se levantó, se alisó la chaqueta y tomó la funda del ordenador portátil. Tenía el corazón desbocado y los nervios le atenazaban las entrañas.

Podía hacerlo, iba a hacerlo, conseguiría que el gobernador aceptara la venta de los terrenos. Pietro se sentiría orgulloso y, de paso, la perdonaría.

Felipe se sentía como desnudo sin su pistola, que había dejado en el coche con Seb. No esperaba problemas dentro de la casa del gobernador, pero sí podía ver los bultos en los trajes de los guardias que se alineaban en las paredes del ostentoso comedor a donde los llevaron.

El gobernador estaba sentado a la mesa y estaba comiéndose una naranja que le habían cortado

en trozos. Le mujer alta que los acompañaba se quedó un paso detrás de ellos.

Él no se levantó, pero les hizo un gesto para que se sentaran. Felipe no había esperado que le cayera bien, pero tampoco había esperado que le cayera tan mal y tan pronto.

–Mis condolencias por la muerte de su hermano –dijo el gobernador en español y mirando los pechos de Francesca–. He oído decir que era un gran hombre.

Francesca miró a Felipe con un gesto de pánico y él entendió que no hablaba español. Felipe le hizo la traducción inmediatamente.

–Gracias –Francesca sonrió al gobernador como si fuese aceptable que un hombre de sesenta años la mirara babeando mientras hablaba de la muerte de su hermano–. ¿Habla italiano o inglés?

–No –contestó el gobernador antes de dirigirse en español a Felipe–. ¿Eres su guardaespaldas?

–He venido como traductor y asesor de la señorita Pellegrini –contestó él para no decir una mentira completa.

El gobernador se metió un trozo de naranja en la boca.

–Tengo entendido que quiere construir un hospital en mi ciudad.

Felipe disimuló el desagrado que le producía que le hablara con la boca llena.

–Sí, efectivamente. Creo que su hermano ya se puso en contacto con su oficina sobre los terrenos donde podría construirse.

Él notó la incomodidad de Francesca por sentirse marginada de su propia reunión. Le dirigió una mirada de advertencia para que se calmara.

El gobernador se metió otro trozo de naranja en la bocaza y volvió a mirar los pechos de Francesca como si intentara ver a través de la recatada ropa que llevaba. A juzgar por el brillo de sus ojos, estaba desnudándola mentalmente. Por el color de rabia en la cara de ella, también se había dado cuenta, pero lo miró de reojo para indicarle que no dijera nada.

–Doscientos mil dólares.

–¿Por los terrenos?

Él sonrió con la boca todavía llena de naranja.

–Para mí. Los terrenos son otros doscientos mil. Todo en efectivo.

Felipe miró fijamente a Francesca mientras se lo traducía y volvió a mandarle una advertencia con los ojos. Se lo habría advertido de viva voz, pero estaba seguro de que el gobernador hablaba un inglés perfecto. Ella, ante la incredulidad de él, aceptó sin pensárselo dos veces.

–Hecho.

–El hospital tiene que llevar mi nombre.

Ella dudó y Felipe supo el motivo; Francesca quería que llevara el nombre de su hermano. El gobernador notó su duda.

–Si no lleva mi nombre, tampoco daré el permiso.

Felipe volvió a traducírselo en un tono más cortante para que ella fuese más despacio y negociara mejor. Ella, sin embargo, estaba tan deseosa de conseguirlo que no veía el peligro.

–Dile al gobernador que estaremos honrados de que lleve su nombre.

Ella lo dijo en un tono tan agradecido que Felipe se preparó para que el gobernador se hubiese dado cuenta y empezara a pedirle más.

Una boca llena de immaculados dientes blancos sonrió de oreja a oreja.

–Entonces, trato hecho. El sábado que viene celebros una fiesta aquí –faltaba toda una semana–. Tráela. Tendré preparados los documentos, pero dile que traiga el efectivo –el gobernador chasqueó los dedos y la mujer alta se acercó–. Acompaña a nuestros invitados hasta el coche. Ya se marchan.

Mientras se levantaban, Francesca, sin dejar de sonreír, se dirigió a él.

–Por favor, dale las gracias al gobernador por su colaboración.

Prácticamente, Francesca salió de la villa dando saltos de alegría. Felipe esperó a que estuvieran dentro del coche y fuera del recinto para dirigirse a ella.

–¿A qué estás jugando? ¿Dónde has dejado la negociación? Además, ¿en qué estabas pensando para aceptar un soborno?

Ella dejó de sonreír.

–¿Qué te pasa?

–Has aceptado pagar un soborno en efectivo. Has aceptado traer cuatrocientos mil dólares al país más pobre del Caribe. ¿No te das cuenta de lo que pasa? ¿No te das cuenta del peligro?

–He hecho lo que había que hacer –contestó ella en tono desafiante–. Gracias por la traducción, pero te pagan para que me protejas y para que me asesores sobre mi seguridad. Si quiero tu opinión sobre algo más, te lo diré.

Daniele y Matteo le habían advertido precisamente sobre eso. Estaba tan empeñada en construir el hospital en memoria de Pietro que era un peligro para sí misma.

Francesca no entendía por qué estaba tan negativo Felipe. La reunión había salido cien veces mejor de lo que había esperado. Había esperado que le preguntaran durante horas sobre el hospital en sí, sobre lo que podía llegar a ser y sobre la cantidad de gente que preveían poder tratar. Ella se había cerciorado de que tenía todas las cifras y documentos preparados, pero, al final, todo se había reducido a una sola cosa: dinero... y la fundación filantrópica de Pietro tenía muchísimo.

Felipe estaba excediéndose con su trabajo de protector.

–¿Y qué pasa con tu profesión? ¿No lo has pensado? ¿Quieres acabar con ella antes de empezarla siquiera?

Ella, emocionada porque estaban acercándose al solar donde iba a construirse el hospital, tardó un poco en asimilar lo que había dicho.

–¿A qué te refieres?

–Si se llega a saber que has pagado un soborno al gobernador de San Pedro, tu profesión estará acabada. Se supone que los abogados están del lado de la ley.

Efectivamente, no lo había pensado. Se movió en el asiento mientras sentía cierto mareo y, por un instante espantoso, creyó de verdad que iba a desmayarse.

Estaba tan ansiosa por conseguir los terrenos que no se le había pasado por la cabeza que pudiera estar poniendo en peligro su profesión si pagaba un soborno al gobernador.

–Pietro pagaba sobornos –se dijo a sí misma para tranquilizarse.

–No. Tu hermano siempre fue lo bastante listo como para no pagarlos o no tan descaradamente como tú, y menos cuando hay cámaras que graban todo lo que dices. Jamás se habría puesto a sí mismo o a la fundación en una situación tan peligrosa. Actuaba con discreción y pagaba los sobornos mediante intermediarios. Deberías saberlo.

–Lo sabría si me lo hubiese dicho alguien. No estaba en ninguno de los expedientes.

Ni podría haberlo estado, se dio cuenta mientras se le helaba la sangre. Alberto le había dicho que se preparara para... allanar el camino con el gobernador, pero Alberto había estado medio desquiciado por el dolor y, naturalmente, no había nada por escrito. ¿Quién iba a ser tan tonto como para dejar por escrito que iban a infringir la ley aunque fuera por una buena causa?

–Si sabes tanto, ¿por qué no me lo has dicho tú?

Ella había estado tan orgullosa y tan aliviada por haber conseguido que el gobernador lo

aceptara que no se había fijado en nada más.

–Daba por supuesto que lo sabías y no podía decírtelo en medio de la reunión...

–Están siguiéndonos.

La voz de Seb interrumpió la acalorada conversación y Felipe se dio la vuelta para mirar por el cristal trasero.

–El Mondeo negro.

–Lo veo.

Felipe agarró el hombro izquierdo de Francesca para que no se diera la vuelta.

–Agáchate –le ordenó él.

–Pero...

Una pistola plateada apareció en la mano derecha de él.

–¿Para qué necesitas eso? –preguntó ella dando un grito.

–Alguien está siguiéndonos.

–¿Por qué lo sabes? –preguntó ella sin dejar de mirar la pistola–. Podrían estar haciendo el mismo camino que nosotros.

–Mi trabajo es saberlo y si no lo sé tampoco me arriesgo –contestó con una mirada implacable–. Ahora, agárrate.

La mano que había estado agarrándole el hombro fue bajando hasta que el brazo le cruzó el pecho como un segundo cinturón de seguridad. Un segundo después, cuando Seb apretó el acelerador, entendió el motivo.

Solo pudo contener un grito cuando se encontró volando sobre las carreteras bacheadas, que iban estrechándose y empeorando cuanto más al sur llegaban. Cuando esquivaron por milímetros a un camión que se acercaba de frente, cerró los ojos todo lo que pudo, se aferró al brazo de Felipe y no lo soltó hasta que se pararon con un chirrido de los frenos.

–Ya puedes abrir los ojos, estamos en el aeropuerto y los hemos perdido –comentó Felipe en tono tenso.

Lo soltó y le alegró ver que él hacía una mueca de dolor y sacudía el brazo que ella había estado agarrando con la fuerza de una boa constrictor. La pistola seguía tan tranquila en su mano derecha.

–¿Desde cuándo viajar a mil por hora por carreteras estrechas y llenas de baches es mantenerme a salvo? –preguntó ella dando salida a todo el miedo contenido–. ¿Podríamos habernos matado!

Se abrió la puerta de su lado y Francesca vio a James con una sonrisa de oreja a oreja.

–Ha sido un paseo divertido, ¿no?

–Tu colega está como un cencerro.

–¿Quién? ¿Seb? No te preocupes, ha dado un curso de conducción evasiva.

–Cállate, James –intervino Felipe antes de dirigirse a Francesca–. Lo siento si te hemos asustado, pero te había advertido de los peligros.

–Me habías advertido de los robos y el secuestro, pero no dijiste nada de que me montara en un coche y acabara en una montaña rusa al infierno. Tampoco dijiste nada de ir armado.

–¿Habrías preferido que nos alcanzaran? ¿Debería haberles preguntado con amabilidad por qué no seguían y qué querían? ¿Debería ir con un plumero para protegerte?

–Bueno... no...

–Entonces, vamos a montarnos en el avión antes de que nos encuentren y nos cuenten lo que quieren.

–Deberíamos ir al solar del hospital...

–Eso puede esperar.

–Pero...

Su mirada hizo que dejara de discutir. Era una mirada muy elocuente. Si no se bajaba del coche y se montaba en el avión en ese instante, la llevaría él. La adrenalina se le disparó solo de pensar que la llevaba en brazos...

¡No! Sería humillante que la acarreará como a una niña terca. Levantó la barbilla, se dio media vuelta y se bajó rechazando la mano tendida de James.

–No sé por qué me rechazas, yo no estaba en el coche –se quejó él.

Ella no pudo evitar media sonrisa por su atractivo añinado aunque también tenía una pistola en la mano.

–Cállate, James.

–Sí. Cállate, James –repitió Felipe mientras la seguía mirando hacia todos lados.

Seguía teniendo el corazón acelerado por la subida de adrenalina del trayecto hasta el aeropuerto y estaba tan enfadado por eso como por la estupidez de Francesca. La adrenalina era parte de su trabajo, pero no así. No volvió a guardar la pistola en el bolsillo de la chaqueta hasta que estuvieron en el aire.

Había visto el miedo de Francesca cuando la sacó. Mejor. El miedo podía llegar a ser muy útil si se sabía dominarlo. Ella lo había dominado bastante bien, pero tenía que aprender que su seguridad no era un juego, que no habría medias tintas en ese sentido. Cerró los ojos y tomó aire. No había sentido una responsabilidad así desde hacía diez años, desde el asunto de los rehenes que acabó con toda aquella destrucción y su baja en las Fuerzas Especiales por motivos médicos.

Cuando volvieron a aterrizar en Aguadilla, sanos y salvos, Francesca pudo respirar otra vez. Caballeros le había asustado más de lo que quería reconocer. Las pistolas que llevaban Felipe y sus hombres también le habían asustado, eran un recordatorio de todos los peligros que Daniele y Matteo habían intentado explicarle y que ella, ingenuamente, había considerado exagerados.

Felipe tomó el volante y los condujo por caminos rurales con vendedores de coco en los arcones. Tan pronto atravesaban lo que parecía la selva como salían a espacios despejados con el mar Caribe enfrente de ellos. Veinte minutos después de haber abandonado el aeropuerto, se detuvieron delante de un edificio muy bonito de un piso.

–Parece bonito –comentó ella en tono conciliador.

Felipe, muy rígido, no había dicho ni una palabra desde que salieron del aeropuerto. En ese momento, cuando la adrenalina había bajado, comprendía que la mezcla del miedo y de darse cuenta de que la había fastidiado había hecho que pareciera una niña malcriada. Felipe y Seb, en el coche, se habían limitado a hacer su trabajo, mantenerla a salvo. Además, recordaba que Felipe había intentado advertirle durante la reunión, pero habían sido advertencias por gestos que ella había pasado por alto por su ansia de cerrar el trato.

Tendría que disculparse.

–Es nuestra chabola –dijo James con un brillo en los ojos.

–No tiene nada de chabola –replicó ella–. Es muy bonito.

–No, no es para ti. Seb y yo nos quedaremos en la chabola mientras el gruñón y tú iréis a ese paraíso de siete estrellas que está un poco más arriba. Cuidado con las juergas...

Los dos hombres cerraron las puertas y la dejaron sola en el asiento trasero con Felipe delante,

que volvió a poner el motor en marcha.

–Espera, me sentaré delante contigo –sin embargo, ella no pudo abrir la puerta–. ¿Has puesto el seguro para niños?

–Abróchate el cinturón de seguridad –le ordenó él mientras daba la vuelta al coche–. Tardaremos unos minutos.

Francesca se dejó caer sobre el respaldo del asiento y se cruzó de brazos. Por su arrogancia y prepotencia, se esfumó todo lo que había sentido hacia él. Estaba diciéndole constantemente lo que tenía que hacer y jamás se disculpaba.

Ni el camino privado lleno de guardias de seguridad que llevaba el hotel Edén, un nombre perfecto, ni la idea de llamar a Daniele para darle la buena noticia podían levantarle el ánimo. Dentro de una semana, cuando los contratos estuviesen firmados, él viajaría hasta allí para ver el solar y terminar el proyecto, que había prometido empezar. Sin embargo, también tendría que contarle lo necia que había sido. Naturalmente, se enfurecería con ella. Ella también estaba furiosa consigo misma.

Se bajó del coche detrás de Felipe y lo siguió hasta el hotel. Había estado en muchos hoteles de muchas estrellas con su familia cuando era pequeña, pero ninguno podía compararse a ese. El hotel Edén era como una villa alta y extensa encima de una cala privada. Rezumaba lujo, una sensación que se amplificó cuando entró en el inmenso vestíbulo con una cascada en el centro que transmitía la sensación de calma que tanto necesitaba ella. Hacía que la residencia del gobernador pareciera una insignificancia.

Felipe se dirigió a la recepción con forma de herradura para inscribirlos y para intentar apaciguar la alteración que todavía sentía por dentro. Solo quería llegar a la privacidad de su suite antes de que dijera o hiciera algo que acabaría lamentando. Cuando les dieron las llaves, se dirigió, sin mirarla, a la mujer que lo había alterado de esa manera.

–Te han llevado el equipaje a tu suite. No veremos aquí después del desayuno... el lunes...

–¿El lunes?

–Mañana es domingo y no podrás ver a las autoridades que quieres ver.

–¡Pero Caballeros está en estado de emergencia!

–¿Has concertado las citas?

–No todavía –reconoció ella a regañadientes–. No quería precipitarme si no tenía el visto bueno del gobernador. Estoy pensando en llamar todo el mundo que tengo en la lista cuando llegue a mi habitación.

–No te verán mañana. Pese a sus defectos, Caballeros es un país religioso y se considera que el domingo es un día de descanso. Nos veremos el lunes.

–Si consigo que me citen mañana, volveremos mañana.

–Volveremos el lunes –él la miró fija e inflexiblemente–. Puedes aprovechar mañana para investigar bien lo que tienes entre manos y estar preparada.

–¿Qué quieres decir?

–Yo firmé un contrato para protegerte solo durante cinco días. El gobernador quiere su soborno el sábado que viene, dentro de una semana. Si quieres que me quede esos días de más, tienes que dejar de portarte como una niña malcriada, tienes que serenarte y tener las ideas claras antes de que vuelvas a meter la pata. Todavía no tienes las escrituras del solar y, tal y como me siento ahora, podría llamar a tu hermano para decirle que todos sus temores se han hecho realidad, que eres un peligro para ti misma y que deberías volver a casa. Buenas noches.

Se alejó dejándola boquiabierta, sabiendo perfectamente que, si no le gritaba y le llamaba de

todo, era por la amenaza de que hablaría con su hermano. Él creía que también le sentaría bien un día de descanso.

Un día en compañía de Francesca Pellegrini había bastado para que quisiera darse de cabezazos contra las paredes.

Capítulo 4

Un mozo la acompañó a su habitación, donde ya estaba su equipaje.

Había dado por supuesto que estaría en una de las habitaciones baratas, si un hotel así tenía algo barato, pero se encontró en una suite a ras de suelo tan grande, lujosa y espaciosa que se quedó con los ojos como platos.

Había creído que James estaba bromeando cuando dijo lo del hotel de siete estrellas y, aunque estaba emocionada por estar en ese paraíso bañado por el sol, también estaba lo bastante preocupada como para olvidarse, un rato, de todas las maneras que se había imaginado para hacerle daño a Felipe Lorenzi, ese hombre espantoso, arrogante y condescendiente.

Sabía que había cometido un error garrafal, pero él se había comportado como si ella hubiese sido la única persona que había cometido uno. Aunque tenía razón en una cosa, tenía que serenarse y aclarar las ideas.

Sacó el teléfono del bolso y llamó a Daniele. Esa vez sí contestó y recibió la noticia del solar con un entusiasmo moderado. Solo se animó de verdad cuando ella le preguntó, con delicadeza, si podría despedir a Felipe y contratar a otra empresa de seguridad para que la protegiera. Él se rio.

–Ya te dije que no iba a comer en tu manita. Se queda.

Él cortó la llamada antes de que ella pudiera confesar el soborno. Se frotó los ojos. Quizá fuera preferible que dejara pasar un par de días antes de contárselo. Creía que ya había recibido bastantes regañinas ese día. Sin embargo, Felipe se lo contaría...

Quería gritar. Lo había embrollado todo.

Sin embargo, había viajado a Caballeros para conseguir los terrenos y los había conseguido. Se construiría el hospital y, según había entendido, la fundación ya había pagado sobornos antes. Solo tenía que hablar con Alberto para que encontrara la manera de hacerlo sin perjudicar a la fundación... o a su profesión.

Como sabía que estaba demasiado alterada como para pensar con claridad, decidió que no iba a hacer más llamadas, eligió una botella de vino blanco del surtido bar, se sirvió una copa grande y fue al cuarto de baño para sumergirse en la enorme jacuzzi.

Ya era demasiado tarde para cambiar de hotel. Lo disfrutaría esa noche y se ocuparía de que al día siguiente los trasladaran a uno más barato.

Sin embargo, en vez de relajarse como había querido, la cabeza no dejó de darle vueltas. Todo lo que miraba, desde los grifos dorados al suelo de mármol, aumentaba la preocupación. Ese hotel era excesivo.

Suspiró, salió del baño, se secó, se vistió de prisa y corriendo y llamó a recepción.

–¿Podría decirme en qué habitación está Felipe Lorenzi, por favor? Estamos en la misma reserva, pero se me ha olvidado el número –mintió con los dedos cruzados.

Dio un ligero respingo cuando le dijeron el número.

–¿Habitación catorce? –confirmó ella.

Era la contigua a la suya. Con el corazón acelerado, aunque no tenía ningún motivo, decidió resolverlo, salió de su habitación y llamó a la puerta de al lado. Él entreabrió la puerta después de la segunda llamada.

–¿Pasa algo?

–¿Puedo entrar un minuto? –preguntó ella en el mismo tono gélido de él.

Solo podía ver la sombra de su cara y Felipe dudó un instante antes de contestar.

–Estaba a punto de ducharme.

–Quiero cambiar de hotel.

–¿Por qué?

–Un hotel así es muy caro.

–Eso no es asunto tuyo.

–Sí lo es. La gente trabaja mucho para recaudar fondos para la fundación de Pietro y los donan generosamente.

–¿Los donan generosamente para pagar sobornos?

–Eso es un imponderable –contestó ella–. Sé que lo hice mal, pero tú sabes tan bien como yo que no habríamos conseguido el permiso para construir el hotel sin pagarlo. No está bien gastarse el dinero de la fundación en algo tan frívolo como un hotel de lujo. Sería más apropiado un sitio como el de James y Seb.

Una sombra recorrió lo poco que veía de su rostro y replicó en un tono cortante.

–No lo paga la fundación.

–Entonces, ¿quién lo paga? –preguntó ella alarmada–. Yo no puedo permitírmelo con mi sueldo y tampoco...

–Tú tampoco estás pagándolo –la interrumpió él con impaciencia.

–¿Quién lo paga? –repitió ella antes de caer en la cuenta–. ¡Daniele! Le encanta alardear de dinero y...

–¿Querías hablar de algo más? –Felipe volvió a interrumpirla sin disimular su fastidio–. Estoy aquí sin nada de ropa y me gustaría ducharme. Si no te importa...

Francesca no pudo evitar que le presentara la imagen de él desnudo. Estaba desnudo...

–¿Algo más? –insistió él en tono tajante.

Estaba desnudo...

–No.

–Entonces, hasta el lunes.

Francesca se quedó un rato delante de la puerta cerrada con una mano en el cuello y el pulso, debajo de los dedos, latiéndole como las alas de un colibrí.

Se afeitó el cuello y se recortó la barba por primera vez desde hacía tres semanas. Se cortó y supo que había sido porque el remordimiento lo había desconcentrado. El remordimiento había ido en aumento desde que le cerró la puerta a Francesca.

Jamás había tenido esos problemas con un cliente y había tenido clientes y misiones cientos de veces más complicados que Francesca y ese trabajo. Su última misión con las Fuerzas Especiales fue mil veces más complicada.

No, en ese caso, era él. Le gustase o no, ella lo atraía y tenía que encontrar la manera de

sobrellevarlo sin que afectara a su relación laboral. Ya estaba afectándoles, a la relación y a él.

Esperaba que sus clientes les obedecieran a él y a sus hombres sin rechistar. Era una de las condiciones de todos los contratos. Los clientes los firmaban sabiendo que dejaban sus vidas en sus manos. Sus clientes, sin embargo, eran personajes muy importantes que lo único que tenían en común era que viajaban a sitios peligrosos.

Les había metido en la cabeza a sus empleados que solo los contrataban para protegerlos, que no eran consejeros o asesores. Los asuntos de los clientes no eran de su incumbencia.

El riesgo que corría Francesca por pagar el soborno no era de su incumbencia y tenía razón cuando decía que el propio Pietro los había pagado, aunque con mucha más discreción que ella. Ya había mirado hacia otro lado ante cosas mucho peores y estaba seguro de volvería a hacerlo en el futuro.

No podía entender que le enfureciera tanto que ella corriera unos riesgos que nunca le había importado que corriera otra persona.

Se había presentado ante su puerta cuando él estaba completamente desnudo. Ella tenía la melena mojada, su precioso rostro sin rastro de maquillaje, un vestido vaporoso y largo de color azul con un ligero escote y los dedos de los pies asomándole por debajo...

Se había excitado solo de verla. Había tenido que agarrar el picaporte con una mano y apoyarse la pared con la otra para no meterla en la habitación y tumbarla en la cama.

Eso solo había conseguido enardecer la rabia que ya lo dominaba.

Después de haber cerrado la puerta se había quedado inmóvil, intentando sofocar la excitación e intentando olvidarse de que su habitación era la contigua.

Un día libre de ella sería una bendición, sobre todo, cuando habían ampliado a una semana el tiempo que iban a tener que pasar juntos. Tenía que recordar que ella estaba de duelo y que la gente hacía cosas muy raras en esa situación. Ella necesitaba su ayuda y apoyo, no su censura o su rabia.

Sin embargo, solo Dios sabía cómo iba a pasar una semana con Francesca sin acostarse con ella.

Aunque era temprano, el día era tan soleado que bastó que Francesca echara un vistazo entre las cortinas para que se le pasara un poco el abatimiento. Los empleados del hotel ya estaban en marcha, aunque muchos bostezaban, y regaban con mangueras las abundantes flores y los senderos.

Ella también bostezó, pero ni se le ocurrió acostarse otra vez. No quería dormir más. Todavía recordaba con toda claridad los espantosos sueños de esa noche. Pietro estaba sentado a la pequeña mesa de la cocina de su piso en Pisa. Ella le había hecho café y se había reído mientras le contaba que creía que se había muerto. Él también se había reído y había dicho que había sido un malentendido. Entonces, había dejado de reírse y le había dicho que sabía cómo había reaccionado ella de verdad cuando le dijeron que había muerto.

Se había despertado con la almohada mojada y farfullando una y otra vez que lo sentía.

Por algún motivo, Felipe también había estado en el trasfondo de ese sueño.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

Tenía que dominarse y que su cabeza volviera a donde estaba antes de que se hubiese quedado dormida encima del grueso expediente que le había dado Alberto antes de que se marchara de Pisa. Se había sentado en la inmensa cama para releerlo y decidida a que todo lo que hiciese a partir de ese momento fuera honrado. Estaría preparada para cualquier situación que se le presentara y no haría nada más que pudiera perjudicar a su profesión o a la fundación de Pietro.

Se vistió y fue al restaurante principal del hotel, donde fue la primera en sentarse para desayunar. No quería estar sola. La noche anterior había pedido la cena al servicio de habitaciones y se había quedado en su habitación, pero anhelaba compañía en ese momento.

Sin embargo, todos los huéspedes seguían durmiendo... y habría seguido sola aunque estuviesen levantados. No era un hotel para viajeros solitarios. Se recordó sombríamente que había otro viajero solitario, pero él no quería la compañía de ella. Era más que evidente que le caía mal... y él también la caía mal a ella. Cuanto menos tuviera que ver con Felipe Lorenzi, más contenta estaría, y no tenía por qué verlo ese día.

Consiguió eludirlo hasta primera hora de la tarde.

Había vuelto a su suite para empezar a llamar a las autoridades que tenía que ver para sacar adelante el hospital. La mitad de los números estaban equivocados o el huracán había desconectado sus líneas telefónicas. Los otros, como había predicho Felipe, estaban tomándose el día de descanso y no querían hablar con ella, le habían dicho que llamara al día siguiente. Solo había podido hablar con Blue Train Aid Agency, la única organización benéfica que estaba activa en Caballeros. La trabajadora con la que habló, Eva Bergen, se mostró entusiasmada con el proyecto y concertaron una cita para el día siguiente. La experiencia de Eva en ese país sería muy útil y cortó la llamada sintiéndose mucho mejor. Tanto que decidió comprarse un traje de baño en alguna de las exclusivas tiendas del hotel y darse un baño.

Había cuatro piscinas para elegir. Eligió la rectangular y enorme, hizo unos largos y se tumbó en una tumbona con un libro y las gafas de sol puestas. Sin embargo, no podía concentrarse. Las páginas se convertían en una masa borrosa de palabras y no podía dejar de pensar en otra cosa, no en la semana que se avecinaba, sino en su protector. La verdad era que había estado pensando en él todo el rato.

Sin embargo, se alegró de tener el libro cuando vio al hombre alto con un ceñido traje de baño negro que caminaba por el lado opuesto de la piscina con una toalla colgada del hombro.

Si no hubiese estado especialmente sensible a cualquier indicio de él, también se habría fijado. No creía que hubiese ninguna mujer al borde de la piscina que no lo hubiese mirado, fuese joven o mayor.

Levantó el libro para taparse la cara con la esperanza de que la ocultara y rezó para que no la viera.

Quería que la próxima vez que la viera estuviese completamente vestida y con algo de confianza en sí misma, no con un bikini que la pondría en una situación de desventaja. Lo quisiera o no, iba a tener que pasar toda la semana siguiente con él y no sabía cómo iba a sobrellevarlo sin abofetear su atractivo y arrogante rostro.

Aunque fingía estar absorta en su novela, no pudo resistir la tentación de mirarlo disimuladamente y lo vio al borde de la piscina probando la temperatura del agua con los dedos de los pies. Se quedó sin respiración por su musculosa belleza a pesar de la distancia. Toda idea de esconderse se esfumó al empaparse con esa magnificencia que la ropa solo le había permitido intuir.

La piel bronceada resplandecía a la luz de la tarde, tenía un pecho amplio y musculoso con una ligera capa de vello que iba espesándose a medida que bajaba por el abdomen.

Se zambulló con una elegancia impropia de su tamaño y musculatura.

Oyó que una mujer suspiraba y tardó unos segundos en darse cuenta de que había sido ella misma.

Sus brazos lo propulsaron hasta el extremo, giró dentro del agua y volvió en sentido contrario.

Fue de un extremo a otro como si hubiese nacido para estar en el agua, para nadar... y ella no podía apartar los ojos de él, como si la hubiese hipnotizado.

Perdió la cuenta de los largos que había hecho antes de que saliera de la piscina.

El anhelo que había ido formándose mientras lo miraba se convirtió en una palpitación al ver las gotas de agua que la caían por el cuerpo y estuvo a punto de olvidarse de que estaba intentando ocultarse de él.

Volvió a taparse la cara con el libro, cerró los ojos y tomó varias bocanadas de aire para intentar que se le apaciguara el corazón y no se le saliera del pecho. No se dio cuenta de que tenía el libro boca abajo hasta que volvió a abrir los ojos. Cuando echó un vistazo por encima, Felipe se había marchado.

Había hecho cincuenta largos y seguía tenso.

Los ocho años en las Fuerzas Especiales le habían enseñado a dormir donde pudiera. Había dormido sin problemas apoyado en una roca, debajo de arbustos espinosos, en trincheras llenas de barro y con disparos sonando a lo lejos. Sin embargo, no podía pegar ojo en una cama enorme dentro de una suite que olía muy bien, no había pegado ojo en toda la noche y había sido por culpa de la maldita mujer que se alojaba en la suite de al lado.

Había pasado la mañana ideando tácticas para los próximos días y se las había mandado a James, a Seb y a los hombres que tenía desplegados en Caballeros.

Se sentiría mucho mejor si supiera qué querían aquellos hombres que los siguieron, pero encontrarlos había resultado tan imposible como encontrar el sueño.

En ese momento, otros dos de sus hombres estaban camino de Caballeros. Por la mañana, cuando volviera con Francesca, habría ojos y oídos por todos lados para que estuviera sana y salva.

Se frotó los ojos, suspiró y se levantó de la cama. El remordimiento y la rabia contra ella habían aumentado en la misma medida que la reprimenda a sí mismo.

El dominio de sí mismo y la disciplina eran los dos elementos esenciales de su trabajo. Los había adquirido en las Fuerzas Especiales, los había implantado en su empresa y se los exigía a sus empleados. Cuando las cosas se ponían feas, lo más importante era mantener la cabeza fría, aunque no siempre era suficiente, como sabía por experiencia propia.

No tenía la cabeza fría por culpa de Francesca, había cruzado el límite y tendría que disculparse. Esa había sido su intención antes de que saliera de la suite para ir a la piscina. Haría cincuenta largos, la buscaría y se disculparía.

Ella había estado al borde de la piscina. La había visto en cuanto pisó los azulejos que rodeaban la piscina, había visto que se tapaba la cara con un libro y que fingía que no lo había visto.

Había nadado con más energía que de costumbre, como si las brazadas fuesen a borrarle de la cabeza la imagen de Francesca en una tumbona con un bikini amarillo y diminuto. Tenía una curvas que podían hacer que cualquier hombre se echara a llorar... y había notado que no le quitaba la vista de encima.

Cuando terminó, no pudo resistir la tentación de mirarla otra vez mientras se secaba. Se había tapado la cara con el libro otra vez. Con la amenaza de una erección atenazándole las entrañas, había vuelto precipitadamente a su suite y se había dado una ducha de agua fría.

Ya se disculparía en otro momento.

No podía plantearse siquiera la posibilidad de llamar a su puerta. Si lo hacía, se metería en el sendero de la tentación cuando lo que tenía que hacer era evitarlo.

Dormir en la habitación contigua al cliente era lo habitual. Había acordado con el director del hotel que reforzaría las ya estrictas medidas de seguridad. No podía quitarse de la cabeza el recuerdo de ese Mondeo negro que los persiguió. Allí, en el hotel, Francesca estaba a salvo.

Como no quería seguir en compañía de sí mismo y estaba cansado del servicio de habitaciones, se puso unos pantalones negros de algodón, una camisa gris y decidió salir a cenar.

Había media docena de sitios donde podría cenar, pero solo le atrajo el restaurante y bar mediterráneo, que parecía el más desenfadado de todos y ofrecía música en directo.

Si hubiese podido elegir, habría buscado un sitio americano y se habría comido la hamburguesa más grande del menú, pero no quería conducir, quería estar rodeado de gente, comer algo y dormir.

El restaurante estaba lleno. Una barra ocupaba toda una pared y había un pequeño escenario y una pista de baile junto a la pared de enfrente.

Un camarero lo acompañó a una mesa libre y vio una figura solitaria sentada a una mesa del rincón y leyendo la carta. El corazón le dio un vuelco y, justo en ese momento, Francesca miró distraídamente alrededor y lo vio. Parpadeó rápidamente y volvió a bajar la cabeza.

Él se frotó la nuca. A los dos les había resultado fácil fingir que no se habían visto en la piscina, pero allí era imposible eludirla.

Capítulo 5

Quieres un poco de compañía? –le preguntó Felipe cuando se acercó a su mesa.

Ella llevaba un vestido muy bonito con flores y unos tirantes diminutos. Además, le entrevió un muslo.

Francesca lo miró con cautela y asintió con la cabeza. El camarero le retiró una silla y él se sentó fijándose en el vaso alto con un cóctel de muchos colores, una sombrilla y una paja.

–¿Qué estás bebiendo?

–Tequila *sunrise*. ¿Quieres uno?

–Me limitaré a una cerveza. ¿Has pedido?

–Sigo pensándolo.

El camarero se alejó a por la cerveza de Felipe. Él abrió la carta y observó que Francesca leía detenidamente la suya mientras se mordía el labio inferior.

–¿Has pasado bien el día? –le preguntó él por hablar de algo.

Ella se encogió de hombros sin mirarlo y tomó el vaso con una mano temblorosa.

–Los he pasado peores –contestó ella dando un sorbo con la pajita.

–No es una buena época para ti...

Él sabía que eso era decir poco, que había enterrado a su hermano hacía unos días.

Ella volvió a encogerse de hombros y, para espanto de él, empezó a parpadear para contener las lágrimas. Tomó una servilleta y se secó los ojos con una risa sombría.

–Felipe, no tienes que cenar conmigo. Sé que solo estás siendo amable, pero, si quieres sentarte en otra mesa, no me importa.

–No –él se sintió como un majadero, se pasó los dedos por el pelo y la miró hasta que ella lo miró a él–. Siento haberte hablado así.

Eso la sorprendió y dio otro sorbo del cóctel con la luz de la vela reflejada en los ojos.

–¿Le has contado a Daniele lo que pasó ayer con el gobernador? –le preguntó ella al cabo de un rato.

–No.

Le había dado muchas vueltas y había llegado a la conclusión de que, si bien ella había actuado precipitadamente, él había sido demasiado desagradable. Francesca se había quedado horrorizada cuando él le hizo ver que había puesto en peligro su profesión y a la fundación, pero también le había parecido que estaba mucho más enfadada consigo misma de lo que podía estarlo él. Se merecía la oportunidad de sacarlo adelante.

–Gracias –ella cerró los ojos–. Creo que ayer estaba alterada. No es una excusa, pero no he dormido bien desde la muerte de Pietro y lo único que me ha mantenido en pie ha sido la idea de construir el hospital. Prometo que, de ahora en adelante, seré más reflexiva.

–¿Por qué no tachamos lo que pasó ayer? –propuso él con delicadeza–. ¿Por qué no nos olvidamos de toda la acritud y empezamos otra vez?

–Me encantaría –susurró ella antes de tomar una bocanada de aire, ponerse muy recta y esbozar una sonrisa que hizo que el corazón le diera otro vuelco–. ¿Qué vas a comer? Ya que Daniele va a pagar la factura, yo voy a pedir lo más caro que haya en la carta. ¿Lo conoces? –le preguntó ella antes de que él pudiera sacarle de su error, como debería haber hecho el día anterior.

–¿A Daniele?

–Sí.

–Lo conocí hace un par de años en París, con su novia. Pietro me los presentó.

El velo de desolación que la había cubierto desde que se había sentado con ella se levantó por completo.

–¿Novia? ¿Daniele? –ella se inclinó hacia delante con un brillo en los ojos–. Nunca ha tenido novia, aunque sí ha tenido un montón de aventuras escandalosas.

–Ella estaba con él –Felipe se encogió de hombros–. Di por supuesto que era su novia, se comportaban como si fuesen una pareja.

–¿Daniele con una novia? Es increíble. ¿Lo sabía Pietro?

–Yo di por supuesto que sí.

El camarero volvió con la cerveza de Felipe y pidieron la comida antes de que Francesca se acabara el cóctel de un sorbo y pidiera otro.

–¿Qué hacíais todos en París? –le preguntó Francesca cuando estuvieron solos otra vez.

–Asistíamos a una fiesta de la embajada de Estados Unidos.

–¿Qué te pareció Daniele?

–Muy distinto de Pietro –la miró con los ojos entrecerrados–. Diría que tú te pareces más a él.

–¿A Daniele...?

–Pietro era más intenso y reflexivo –ella se puso roja y él siguió–. Tú eres impulsiva y competitiva, creo. Daniele me pareció lo mismo.

Ella asintió lentamente con la cabeza y con un gesto pensativo.

–Sí. Daniele es muy competitivo. Tiene que ser el primero en todo y no soporta perder.

–¿Y tú? ¿Acierto al creer que también eres competitiva?

–Me crié queriendo ser mejor que mis hermanos en todo –contestó ella con una sonrisa.

–¿Les has ganado alguna vez?

–Mi meta cuando era estudiante era mejorar los resultados de sus exámenes, y lo conseguí – Francesca esbozó una sonrisa maliciosa–. Fue muy gratificante. Incluso, adelanté un curso. Me gusta decir que soy la inteligente de la familia.

Él pensó que no lo era tanto a la hora de negociar y de aceptar sobornos, pero no lo dijo. Habían conseguido cierta armonía por primera vez desde que se conocieron y no estaba dispuesto a romperla.

–Sin embargo, cuando se trata de competitividad en serio, Daniele es peor –añadió ella–. Es despiadado.

–¿Siempre ha sido así?

–Desde que tengo uso de razón. Se crio sabiendo que la fortuna familiar pasaría a Pietro...

–¿Solo a Pietro?

–Los hermanos mayores heredan el patrimonio. Siempre ha sido así, desde hace siglos. Pietro lo heredó a la muerte de nuestro padre.

–¿Y tu madre?

–Ella tiene derechos de usufructo, pero los bienes físicos fueron directamente a Pietro.

–¿Pasarán ahora a Daniele?

–El patrimonio familiar, sí, siempre que Natasha no esté embarazada.

–¿Crees que podría estarlo?

–No lo sé y ninguno quiere preguntarlo, sería inhumano. Tendemos que esperar a comprobarlo.

–¿Y si está embarazada...?

–Entonces, tendremos la siguiente generación de Pellegrinis –Francesca esbozó una sonrisa más bien triste–. Si es un chico, heredará él, pero si es una chica heredará Daniele.

–No parece muy justo...

–Natasha heredará el patrimonio personal de Pietro esté embarazada o no. Tendrá suficiente para criar a un hijo y todos lo queremos y mimaremos independientemente del sexo.

–¿Y qué recibes tú del patrimonio familiar?

–Nada.

–Eso tampoco es justo.

–Sea justo o no, es así.

–¿No te enfurece?

Felipe no sabía por qué hacía tantas preguntas cuando la vida personal de Francesca no era de su incumbencia.

Llevaron el segundo cóctel y ella lo tomó con una sonrisa antes de beberse la mitad con la pajita.

–No se hereda solo el patrimonio –contestó ella dejando el vaso en la mesa–, también se hereda la responsabilidad. Yo me alegraba de no tenerla porque podría hacer lo que quisiera sin tener que pensar en nadie más. Te aseguro que la vida que he elegido es muy distinta de la que se esperaba de mí.

–¿En qué sentido?

–Se esperaba que me casara joven y tuviera hijos –contestó ella con una expresión seria–, como han hecho todas las mujeres de mi familia durante generaciones. En teoría, da igual que nosotras, las débiles mujeres, no heredemos nada porque nuestros maridos nos mantendrán.

–¿Y tú no lo querías...?

–Yo quería mantenerme sola y tener una profesión, como mis hermanos.

A Francesca le espantaba la mera idea de ser una mujer mantenida. Su madre había heredado dinero, pero, ingenuamente, se lo había dado a su marido para que lo invirtiera, se había considerado incapaz de administrarlo ella misma. Se acordaba de cuando era pequeña y su madre le pedía dinero a su padre para comprarse unos zapatos que necesitaba. No había sido un conflicto, su padre tomaba su cartera y le daba el dinero, pero a ella se le había quedado grabado. ¿Qué habría pasado si él se hubiese negado? ¿Qué habría hecho su madre? ¿Por qué no podía administrar su madre su propio dinero? ¿Por qué ella no iba a ganarse la vida por sus propios medios solo por haber nacido niña? ¿Por qué no podía ser como sus hermanos?

–No sé qué hará Daniele si el futuro de la familia Pellegrini recae sobre sus hombros –siguió ella intentando olvidarse de los recuerdos–. Era tan competitivo con Pietro que hizo una fortuna el doble de grande que la que Pietro habría heredado solo para demostrar que podía, pero también podía vivir como quería y sin las responsabilidades que tenía Pietro. Si hereda, tendrá que casarse y despedirse de la libertad.

Francesca sintió una opresión en el pecho al acordarse de su madre, que se tambaleaba en el sepelio de Pietro. Había hablado un rato con ella la noche anterior y le había contado que había

llegado bien al Caribe. Su madre estaba tan acostumbrada a su obstinación que no había intentado disuadirla, pero le había hecho jurar que no correría riesgos innecesarios.

–Olvídate de tus hermanos. Tengo curiosidad por ti. ¿No tienes un fondo fiduciario?

–No, pero me pagaron toda la educación y nunca quise nada más. Eso me basta, quiero labrarme mi futuro.

Un futuro en el que no tuviera que pedir dinero para comprarse lo más elemental.

–¿Siguiendo los pasos de Pietro...? –preguntó él con un escepticismo evidente.

Ella lo pensó un instante.

–No hay... no había mejores pasos para mí, pero no creas que quería convertirme en su clon femenino. Veía todo lo que Pietro estaba haciendo con su título de Derecho y yo también quería hacerlo.

–¿Derecho mercantil...?

–No –ella hizo una mueca de disgusto–. Me refería a cómo lo ha utilizado en beneficio de sus obras filantrópicas. Para él, el Derecho Mercantil solo era un medio para conseguir un fin y también lo es para mí hasta que termine las prácticas.

–¿Qué harás cuando estés plenamente cualificada?

–Voy a especializarme en Derechos Humanos –lo miró e hizo un esfuerzo para sofocar la opresión del pecho–. ¿No podemos dejar de hablar sobre mí y mi familia? ¿No podemos hablar de tonterías? Si no, acabaré llorando y abochornándonos a los dos.

Un par de horas más tarde, Francesca tenía el estómago lleno y la melancolía había desaparecido. La cena rápida que había pensado comer antes de retirarse a la soledad impuesta había consistido en tres platos.

Su animosidad hacia Felipe había ido desvaneciéndose a medida que pasaba el tiempo y, seguramente, habría ayudado el puñado de cócteles que se había bebido. Una banda de jazz tocaba en el escenario y había un ambiente bullicioso que le encantaba. Le apetecía soltarse la melena después de los traumas de la semana anterior... y la impresionante compañía ayudaba.

Felipe estaba demostrando no ser el dictador que ella se había imaginado. Seguía siendo arrogante, pero no como casi todos los hombres que había conocido en su vida, como si tuvieran derecho a serlo por naturaleza. La arrogancia de Felipe iba acompañada de una autoridad fruto de haberse pasado la vida adulta dando órdenes que se obedecían sin rechistar.

Se había quedado atónita cuando se había disculpado. No había conocido a ningún hombre que se disculpara y estaba segura de que los varones Pellegrini no sabían qué quería decir la palabra «disculpa», y tenía que reconocer que ella tampoco.

Eso hacía que tuviera un concepto muy elevado de él. Le parecía admirable que un hombre pudiera reconocer que se había equivocado.

Sabía que ella podía ser muy cabezota y era una parte de su personalidad que no le gustaba. Si bien en su cabeza querría disculparse por algo que hubiese hecho mal, su lengua se resistía inflexiblemente.

Se preguntó si esa autoridad de Felipe se extendería al dormitorio. ¿Qué tipo de amante sería? Había visto retazos de pasión bajo esa fachada serena y autoritaria, una pasión dirigida hacia ella, y había sentido un hormigueo en la piel solo de pensar en que la acariciaba con esas manos tan poderosas. ¿Qué se sentiría si la miraba fijamente con esos ojos oscuros en el culmen de la pasión? Se le contrajo el bajo vientre solo de pensarlo y su intensidad la dejó pasmada. Jamás

había pensado cosas así.

Pidió unos cafés irlandeses para los dos en cuanto se llevaron los postres y ella se rio cuando él arqueó las cejas.

–No es tan tarde... –se defendió Francesca.

–Me preocupa más tu cabeza mañana por la mañana.

–Mi cabeza estará muy bien –ella agitó una mano–. No he bebido tanto.

Él la miró fijamente y ella se rio cuando debería haberla callado.

–Es posible que haya bebido un poco, pero no estoy bebida, y tú has bebido lo mismo que yo.

–Soy el doble de grande que tú y lo aguanto mejor.

–Eres enorme –ella se inclinó para ponerle una mano en el antebrazo–. Seguro que haces mucho ejercicio.

–Todo el que puedo.

El vello negro que notaba debajo de la mano era mucho más suave que lo que se había imaginado y tenía la piel tersa y cálida.

–¿Estás casado? –le preguntó ella de repente.

–No.

Felipe retiró el brazo de debajo de su mano y se acabó la cerveza. Su contacto le había gustado demasiado como para que fuese algo bueno.

–¿Has estado casado alguna vez?

–No.

–¿Has estado a punto de casarte?

–No.

–¿Tienes novia?

Él suspiró. No quería hablar con Francesca sobre su vida amorosa. Debería haberse ido a la cama hacía mucho tiempo.

–No. En mi vida no cabe una relación sentimental.

–¿No cabe? ¡Qué cosas tan raras dices!

Dejaron los cafés irlandeses en la mesa, Francesca echó dos terrones de azúcar al suyo y los revolvió con fuerza.

–Eso lo estropea –le reprochó él–. ¿Ves? Has mezclado la nata.

–Necesito que esté dulce.

Ella tendría un sabor dulce. Su imaginación calenturienta, que no dejaba de verla con ese maldito biquini, estaba segura de eso.

–¿Por qué no cabe una relación en tu vida? ¿Necesitas una casa más grande?

Él estuvo a punto de reírse cuando ella terminó la pregunta guiñándole un ojo. Se había relajado a medida que avanzaba la velada y su antipatía hacia él era cosa del pasado. Francesca había resultado ser una compañía divertida que no se parecía nada a la niña malcriada que él había dado por supuesto que era.

Tenía que seguir recordándose que era su clienta, una clienta desconsolada y vulnerable, y que no podía bajar la guardia. Aquello no era una cita y no acabaría tomándose una copa en la suite de uno de los dos antes de...

No dejó que su imaginación siguiera adelante.

–Cuando termine mi trabajo contigo, volveré a Oriente Próximo y después iré a Rusia. Dirijo una empresa con trescientos empleados y exige mucha dedicación.

–¿Por qué te impide que tengas una relación...?

–No creo que haya muchas mujeres que sean felices con un hombre al que no ven durante meses y con el que pueden pasar semanas sin comunicarse.

–Natasha y Pietro pasaron meses sin verse –comentó ella–. No les perjudicó lo más mínimo y estuvieron juntos durante años.

Eso era lo que ella se creía. Sin embargo, él no diría nada negativo sobre su hermano cuando acababan de enterrar su ataúd. Algún día, saldría a la luz la verdad que él sospechaba sin pruebas, solo por intuición. Solo esperaba que, cuando sucediera, ella estuviese preparada mentalmente para soportarlo.

–Pietro era muy distinto a mí y, cuando yo desaparezco, suele ser por algún motivo peligroso. Mi empresa es lo primero, tiene que serlo. Mis hombres están desplegados por los sitios más peligrosos y hay que atender a cualquier eventualidad. En cualquier momento puede llegar una llamada pidiendo una evacuación.

–¿Qué pasaría si algo saliera mal en unos de tus trabajos mientras estás cenando conmigo? –preguntó ella.

Él levantó su teléfono.

–Es un teléfono vía satélite. Es normal entre los militares. Todos mis hombres tienen uno. Nos permite comunicarnos estemos donde estemos y no pueden piratearse.

–Entonces, si un cliente tuyo o uno de tus hombres tiene algún problema, ¿lo solucionarías aquí, sentado conmigo?

–Mi sede central funciona las veinticuatro horas del día y todos los días. Hay protocolos para cada circunstancia, pero, si sucede algo excepcional, me informarían permanentemente.

Se presentaban circunstancias todo el rato, era consustancial a ese trabajo. La gente buscaba protección por algún motivo y lo contrataban a él porque su empresa era la mejor. Ningún cliente había sufrido ningún daño durante los diez años que llevaba funcionando su empresa.

–Sin embargo, si algo sucediese en este momento, tú no lo solucionarías personalmente –insistió ella–. Entonces, si tienes empleados que pueden hacer que todo siga funcionando durante tu ausencia, no hay nada que te impida tener una relación.

–Solo me ausento de la sede cuando estoy en una misión. Ser el jefe significa que eres el responsable si algo sale mal.

–Me parece que eres un hombre que pone excusas. ¿Alguna mujer te ha roto el corazón? –le preguntó ella con los ojos entrecerrados.

–No, ni mucho menos, ninguna mujer ha estado cerca siquiera.

Ni lo estaría. Mientras estuvo en el Ejército, lo pasó muy bien con unas y con otras, a las mujeres les gustaban los uniformes. Había visto a amigos y compañeros que sentaban la cabeza y había comprobado la presión que era para ellos formar una familia, cómo afectaba a sus decisiones y prioridades, y había decidido que esperaría a dejar las Fuerzas Especiales para encontrar a alguien con quien sentar la cabeza. Hasta que mandaron a su unidad a una misión con rehenes y su vida se fue al garete y arrastró consigo cualquier idea de tener una familia. Estaba mejor por su cuenta. Se había criado en soledad y estaba acostumbrado, estaba más seguro.

Pensó en Sergio, en su esposa y en el hijo que esperaban. Pensó en los rehenes a los que habían intentado salvar, y la mitad no habían salido vivos. Sergio tampoco había salido vivo, un recuerdo que todavía lo desgarraba por dentro. Su hijo tenía nueve años, estaba muy sano y se criaría con un padre al que solo conocería por fotografías.

Francesca no dijo nada, se limitó a mirarlo con esos cautivadores ojos marrones que parecían absorberlo...

Entonces, de repente, se levantó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Me encanta esta canción! Vamos a bailar.

La banda de jazz había terminado su actuación y el DJ estaba poniendo música.

—Yo no bailo.

—Entonces, bailaré sola.

Se terminó el café irlandés, salió a la pista de baile y empezó a mover los hombros y las caderas al ritmo de una canción que le sonaba algo. Sin el más mínimo sentido del ridículo, con la melena morena resplandeciente por las luces, levantó los brazos y empezó a bailar. La alegría que se reflejaba en su cara debía de ser contagiosa porque otras dos mujeres salieron a la pista para bailar y cantar con ella como si se conocieran de toda la vida.

Debería haberla dejado en la pista y haberse ido a la cama. No era su niñera y su trabajo de protegerla no incluía que se cerciorara de que se acostaba sana y salva. A juzgar por la expresión de su cara, había recobrado fuerzas y no iba a acostarse en un futuro inmediato.

Sin embargo, suspiró, hizo un gesto a un camarero y le pidió otra cerveza. No podía marcharse ni apartar la mirada de ella. Tomó la cerveza y dio las gracias con la cabeza. Bebió un poco y la observó.

¿Cómo podía ser alguien tan desinhibido? ¿Era algo natural en ella o había hecho un esfuerzo para serlo? Sospechaba que era lo primero, que esa mujer que estaba en la pista de baile era lo que más se parecía a la auténtica Francesca que había visto durante el poco tiempo que llevaban juntos.

Tuvo la sensación de que llevaba semanas con ella.

Francesca no dejaba de mirarlo y de vez en cuando le hacía un gesto con un dedo para fuese con ella, a lo que siempre se negaba con la cabeza. Se cortarían una mano antes de bailar con alguien, y mucho menos con Francesca Pellegrini. Bastante tormento era verla moverse e imaginarse su cuerpo pegado al de él.

Otras veces, las miradas de ella eran fugaces, como si no pudiera evitar mirarlo, lo mismo que le pasaba a él con ella.

Se movió en su asiento y sonrió con sarcasmo cuando un camarero llevó un cóctel a cada una de las bailarinas. Aunque se fijaba mucho en los detalles, no supo cuándo los había pedido ella, pero eran tequilas *sunrises* y supo con toda certeza que los había pedido Francesca.

Volvió a mirarlo y le guiñó un ojo antes de beberse el cóctel y seguir bailando con desparpajo. Entonces, la risa que le brotaba del pecho se le quedó atragantada cuando uno de los tirantes se le cayó por el brazo. Ella se rio y se lo subió, pero volvió a caérsele acto seguido.

La atracción que había estado intentando reprimir toda la noche estaba adueñándose de él y la sangre le palpitaba en los oídos al ritmo de la música de fondo.

Se levantó. Era el momento de dar por terminada la velada antes de que hiciera algo de lo que se arrepentiría, como salir a la pista de baile y abrazarla con tanta fuerza que notaría cuánto la deseaba.

Capítulo 6

Felipe se marchó del restaurante y ya estaba en medio del vestíbulo cuando oyó unos pasos detrás de él.

—¡Te has marchado sin mí! —le acusó ella.

Él cerró los ojos todo lo que pudo y rezó para que tuviera fuerzas. Cuando volvió a abrirlos, se encontró el hermoso rostro de Francesca mirándolo fijamente y un poco congestionado por el baile. No parecía molesta por que se hubiese marchado, si acaso, parecía muy segura de sí misma.

—No era una... cita y sí era tarde —tuvo que recordarle él.

También tuvo que recordárselo a sí mismo. Cuando lo miraba así...

—¿Te he irritado otra vez?

Le hacía gracia esa falta de malicia. Había oído infinidad de veces que sus compañeros se quejaban porque las mujeres nunca se lo ponían fácil, que siempre esperaban que ellos interpretaran lo que estaban pensando y supieran que pasaba algo en vez de decírselo claramente.

—No, no me has irritado.

—Me alegro —Francesca lo agarró del brazo—. Entonces, puedes acompañarme hasta mi habitación.

Se la habría quitado de encima si ella no le hubiese parecido tan inestable. Ya estaba bastante irritado consigo mismo por haber permitido que la cena se alargara tanto y por haberse quedado a verla bailar cuando debería haberse escapado a la primera oportunidad que hubiese tenido.

Tomó aire y se puso en camino.

—Me lo he pasado de maravilla. Gracias por acompañarme.

—De nada...

—¿Y tú? —él no contestó y ella insistió—. ¿Te lo has pasado bien?

Él no estaba dispuesto a contestar esa pregunta, como mucho, dejaría escapar una especie de gruñido que no quería decir nada.

Afortunadamente, llegaron a su habitación y pudo soltarse el brazo mientras retrocedía un paso. Ella rebuscó en el bolso y sacó la tarjeta magnética, pero se le cayó al suelo.

—Vaya...

—Yo la recogeré —murmuró él.

Se incorporó y le abrió la puerta.

—¿Quieres pasar?

Él negó con la cabeza.

—Hay cerveza en la ne...

—Ya he bebido bastante.

Había bebido la mitad que ella, pero, como se había recordado una docena de veces esa noche,

estaba trabajando. Habría eliminado gran parte del alcohol después de haber bailado tanto, pero no estaba sobria ni mucho menos... Era imposible que estuviese sobria y él estaba acostumbrado a beber con hombres curtidos, no con mujeres esbeltas y con unas curvas que no podía quitarse de la cabeza.

Francesca se mordió el labio inferior y ladeó la cabeza.

–¿Me encuentras atractiva?

Felipe volvió a rezar para que Dios le diese fuerzas.

–Tengo que dormir un poco.

–No me has contestado a ninguna de mis preguntas.

El tirante se le bajó otra vez y él habló con los dientes apretados.

–No voy a contestar.

Se oyeron unos pasos. Él se dio la vuelta y vio a un hombre de su edad, más o menos, que se acercaba a ellos.

–Adentro.

La agarró de la muñeca y entró con ella. No quería que se supiera que iba a estar sola en su suite. Apoyó la espalda en la puerta cerrada. Podía contar hasta diez y marcharse.

Uno, dos, tres...

–Sí me encuentras atractiva –susurró ella con un brillo en los ojos.

Cuatro, cinco, seis...

Francesca se puso de puntillas y le pasó las manos por las mejillas con una suavidad que él no había sentido nunca.

–Tú también me pareces atractivo...

Siete, ocho...

Perdió la cuenta cuando notó su aliento sobre los labios y su boca encontró la de él. Aguantó la respiración, cerró los puños y se propuso no reaccionar. Ni podía ni debía.

Francesca no movió los labios. Él notaba su aliento e hizo todo lo que pudo para no inhalarlo. Entonces, se movió un poco, giró la cabeza para cubrir mejor su boca, para recorrerle con delicadeza los labios mientras le recorría las mejillas con los dedos, le acariciaba la barba y los subía hasta el borde de las orejas.

Él intentó dominarse y negar la sensación que lo abrasaba por dentro. Podría haberlo conseguido si no hubiese abierto la boca para respirar y su lengua no hubiese entrado como una flecha entre los labios entreabiertos. En ese instante, se sintió dominado por la suave calidez de su beso y sus dedos, que iban a haber retirado las manos de ella, la agarraron de la cabeza mientras la besaba como un hombre deshidratado bebía de un vaso de agua.

Jamás habría podido soñar que su sabor fuese tan dulce.

Ella le rodeaba el cuello con los brazos y él le rodeaba la cintura con un brazo para estrecharla contra sí. Francesca se derritió con un suspiro y el deseo se le disparó como un cohete. Le acarició las caderas y el trasero, que era redondeado y prieto... Era apetecible, era increíblemente delicada y femenina.

Se le había levantado la falda al ponerse de puntillas y tuvo que contener la respiración cuando se encontró con la tersura sedosa de su muslo y la abrazó con fuerza para poder devorar su boca otra vez. Su reacción lo dejó estupefacto, su voracidad era como la de él y lo enardecía.

Podría tomarla en ese momento si quisiera y ella lo recibiría con esos suspiros que cada vez eran más intensos... y deseaba tomarla, lo anhelaba como no había anhelado nada en su vida.

Subió las manos por los muslos hasta que llegaron a las bragas. Introdujo un dedo por debajo

de la escasa tela y estuvo a punto de soltar un gruñido cuando notó la cálida humedad.

Ella se retorció, le pasó un pie por la pierna, lo besó, lo lamió, le mordisqueó el cuello y se frotó las mejillas con su barba como un gato ronroneante. Él podía percibir el deseo en sus besos y olerlo en el calor que desprendía.

Le bajó las bragas, le acarició el delicado y tupido vello y notó que ella contenía la respiración. Presionó el pubis contra él, pero, antes de que pudiera llegar más lejos, le clavó las uñas en la carne a través de la camisa y se desmoronó contra él entre gritos y estremecimientos.

Hasta que se quedó inmóvil.

Felipe no pudo respirar durante un buen rato, y parecía que Francesca tampoco respiraba.

Lo único que pudo oír con claridad fue el bullir de la sangre en los oídos.

Era como si la neblina estuviese disipándose en la habitación. Fueron soltándose poco a poco y retrocedieron unos pasos con cautela.

¿Podía saberse a qué estaba jugando? ¿Se había vuelto loco?

Francesca se tapó la boca con las manos, como si estuviese rezando, y con los ojos casi fuera de las órbitas.

Él también estaba perplejo y resopló. Le habían faltado unos minutos para hacerle el amor y no tenía excusas. Por primera vez en su vida, había permitido que el deseo lo guiara y el desprecio por sí mismo le dejaba un regusto amargo en la boca.

Tenía treinta y seis años y no podía hacer lo que había hecho. No debería haberla acompañando a su suite cuando la había deseado desde el mismo momento que la vio.

–Tengo que marcharme.

Ella levantó bruscamente la cabeza y retrocedió otro paso. Él lo interpretó como que estaba de acuerdo y, con el corazón acelerado, fue hasta la puerta y salió.

Francesca se cubrió la cabeza con la almohada para no oír que llamaban a la puerta. Sabía quién era y no quería verlo, no quería volver a verlo nunca más, no podía verlo, era demasiado humillante.

Prefería bailar desnuda por las calles de Caballeros y que el gobernador la mirara cayéndosele la baba que volver a ver a Felipe. Le abrasaban las mejillas solo de pensar en cómo la había desarbolado solo con un toque. ¡Un toque!

¿Cómo era posible que no hubiese sabido que eso podía ocurrir? ¿Cómo iba a haberlo sabido si ni siquiera había besado a un hombre?

Se había quedado espantado, no le extrañaba que se hubiese marchado corriendo. Y pensar que lo odiaba cuando había ido al restaurante...

Solo había querido besarlo.

Había sido su sonrisa, había curvado imprudentemente esos labios impresionantes y a ella se le había acelerado el pulso, se había pasado casi toda la cena imaginándose lo que sentiría con sus labios sobre los de ella.

Efectivamente, la curiosidad había matado al gato.

Ni siquiera podía reprochárselo al alcohol, aunque le gustaría. La había desinhibido considerablemente, pero el beso lo había dado ella, no el tequila *sunrise*. Había jugado con fuego y se había quemado, pero no iba a abrir la puerta al hombre que había encendido ese fuego.

Sonó el teléfono que tenía al lado y quiso gritar que la dejaran en paz, pero levantó el auricular.

–¿Qué?

–Si no abres la puerta dentro de un minuto, la tiraré abajo.

Él colgó antes de que ella pudiera encontrar las palabras para contestarlo. Se puso la bata y entreabrió la puerta antes de que Felipe cumpliera su amenaza.

Ya estaba allí. No esperó a que lo invitara a entrar y se limitó a abrir la puerta y a entrar con un vaso de agua burbujeante en la mano.

–Bébetelo –le ordenó él entregándole el vaso–. Te ayudará a sobrellevar la resaca.

–No tengo resaca.

Estaba segura de que la sensación de náusea no tenía nada que ver con el alcohol, aunque el dolor de cabeza quizá sí tuviese algo que ver...

–Bébetelo.

¿Cómo podía tener él un aspecto tan impecable? Se había duchado, se había puesto el traje gris hecho a medida y todavía tenía el pelo mojado.

Ella obedeció y se bebió ese líquido, que no era tan asqueroso como se había imaginado.

–¿Puedo sentarme? –preguntó él tomando una bocanada de aire.

–Si quieres... –contestó ella aunque habría querido decirle que se largara y que la dejara sola con su humillación.

Felipe se sentó en la butaca del rincón y le hizo un gesto para que ella se sentara en el sofá. Se sentó con cautela, consciente de la humillación que la desgarraba, e intentó poner una cara de entereza, intentó que pareciera que le daba igual lo que él pensara de ella.

Sin embargo, le importaba... y mucho.

–Tengo que pedirte disculpas por lo que hice anoche. No debería haberme aprovechado de ti.

Lo que menos se había esperado era que le pidiera disculpas y lo miró con detenimiento. El corazón se le ablandó al ver que no estaba enfadado con ella, que estaba enfadado consigo mismo, y eso también le soltó la lengua.

–Tú no te aprovechaste de mí. Si acaso, yo me aproveché de ti, yo empecé.

–Estabas bebida –replicó él inexpresivamente.

–No tanto como para no saber lo que estaba haciendo.

Notó una calidez palpitante entre las piernas al acordarse de lo maravilloso que había sido y de lo mucho que anhelaba repetirlo. No había tenido ni idea de que eso existía en ella. El deseo y la curiosidad habían brotado y se habían convertido en algo que ella no había podido dominar.

Además, él había participado plenamente. Había estado tan centrada en flagelarse y pensando en la brusca salida de él de su suite que había dejado a un lado la reacción de Felipe. Ella no tenía experiencia, pero había notado su erección contra el abdomen y sabía lo que significaba eso. La había deseado tanto como ella lo había deseado a él.

–Dirijo mi empresa con reglas muy estrictas. No se pueden tener relaciones con los clientes.

–¿Así lo llamas? ¿Relaciones?

–Los dos sabemos lo que quiere decir –Felipe se llevó una mano a la frente–. No me guío solo por las reglas. Se trata de ti. Eres demasiado joven para andar tonteando con hombres tan mayores que podrían ser...

–¿Mi hermano mayor?

–Francesca –él apretó los dientes–, estás a mi cargo por un motivo muy serio. Eres demasiado joven y vulnerable para meterte en una aventura pasajera.

–Mi madre se casó a los diecinueve años y a mi edad ya estaba embarazada de Pietro. Si mi familia se hubiese salido con la suya, ya estaría casada y con hijos. Si quiero meterme en una aventura pasajera, soy lo bastante mayorcita para tomar esa decisión.

–Pero no me negarás que estás vulnerable y desconsolada –él se levantó–. Eres mi cliente y no puede haber nada entre nosotros. ¿Lo has entendido?

Ella lo miró fijamente mientras captaba toda la tensión que irradiaba. No la había mirado a los ojos desde que entró en la suite.

–Contéstame una cosa, a una de las cosas que te pregunté anoche, y quiero que me contestes. ¿Te atraigo?

–Da igual la atracción que sienta –contestó él con un gruñido.

–Anoche no dio igual.

–Anoche fue un error que no volverá a repetirse.

–¿Estás seguro...?

Él fue hasta la puerta con los dientes apretados.

–Se acabó la conversación. Si quieres visitar el solar del hospital y reunirte con la organización benéfica, será mejor que te vistas. Nos marchamos dentro de treinta minutos.

Felipe se marchó de la suite sin decir nada más. Francesca, una vez sola, se llevó las rodillas a la barbilla y se abrazó las piernas. Podría empezar a bailar otra vez. A pesar de los miedos por haber cometido un error garrafal, Felipe la deseaba y saberlo le aliviaba el dolor de su rechazo. Si él lo hubiese negado categóricamente, ella se habría hecho un ovillo como un erizo y se habría quedado hibernando hasta que hubiese estado segura de que podía mirarlo sin morir de vergüenza. Sin embargo, que la atracción fuese recíproca hacía que todo fuese mucho más soportable, aunque él se empeñara en que la noche anterior hubiese sido algo aislado.

Por fin, se incorporó, tomó aire y se obligó a concentrarse en lo que era importante. Estaba en el Caribe por un motivo que no era ni unas vacaciones ni un hombre.

La mujer de Blue Train Agency con la que iba a reunirse le había prometido hablar del hospital, de las necesidades de la gente y de cómo tendría que sortear la burocracia que le quedaba. Tenía que estar alerta y actuar con profesionalidad, no haciéndose fantasías sobre cómo derribar las defensas de Felipe.

El día pasó deprisa y fue mucho más fructífero de lo que había esperado. Eva Bergen, de Blue Train Agency, había ido a recibirla al aeropuerto de Caballeros, como había prometido, acompañada por dos hombres de Felipe. Luego, habían pasado el día visitando el solar donde esperaba levantar el hospital y se habían reunido con algunas de las autoridades con las que tendría que tratar cuando, el sábado, el solar pasara a ser de la fundación de Pietro. Al final, después de concertar algunas citas con otras autoridades para el día siguiente, volvieron a Aguadilla.

Dejaron a Seb y James en su alojamiento y ella se quedó en la parte de atrás del coche para hacer más llamadas sin que le distrajeran los poderosos muslos de Felipe.

La primera llamada fue a Alberto y saltó el buzón de voz.

–¿Algún problema? –le preguntó Felipe cuando la oyó maldecir en voz baja.

Él empleó el mismo tono sombrío que había empleado desde que se marchó de su suite esa mañana. Evidentemente, su arrepentimiento por sus... relaciones significaba que estaba decidido a mantener toda la distancia que permitiera la situación. Durante el día, había dejado que Seb estuviera al lado de ella como protección principal, aunque había estado lo bastante cerca como para escuchar todas las conversaciones y prevenir cualquier amenaza que pudiera presentarse.

No la había mirado a los ojos ni una sola vez.

En cierto sentido, ella agradecía esa distancia porque le había permitido concentrarse en lo que había que hacer.

–He estado intentando ponerme en contacto con Alberto para que se ocupe del dinero que tiene que mandar antes de la fiesta del gobernador –le explicó ella–. Él sabrá qué hacer con el soborno sin que salpique a la fundación, pero no contesta el teléfono.

Alberto se ocupaba de la economía de la fundación hasta que las empresas y el patrimonio de Pietro fueron dividiéndose. Cuando habló con él en el sepelio de Pietro, le había asegurado que remitiría el dinero cuando se cerrara el trato.

–Está bajo control –le comunicó Felipe–. Mis hombres lo transportarán. El dinero llegará el sábado a Aguadilla.

–¿Por qué lo sabes?

–Porque yo lo he organizado.

–¿Qué? ¿Cuándo?

–Ayer.

–Pero... ¿Cómo? ¿Por qué?

–Decidí que la mejor manera de sacarte del embrollo en el que te habías metido era resolverlo yo mismo antes de que te metieras más todavía.

Francesca tardó un rato en recuperar la voz.

–Esto no tiene nada que ver contigo, estás aquí para protegerme...

–Exactamente. ¿Una joven con un maletín lleno de dinero...? Cuatrocientos mil dólares es una fortuna para la gente de Caballeros. Serías irresistible para todos los ladrones que andan por ahí.

–¿Cómo iban a enterarse? –protestó ella–. Es una transacción privada entre el gobernador y yo.

–Una transacción privada, un soborno, que se pactó en un sitio que, como te advertí, estaba lleno de cámaras que grababan todo lo que decías. Es una forma de limitar los perjuicios. El dinero del solar saldrá de la fundación, pero el dinero del soborno tendrá un origen distinto. No dejará ningún rastro que lleve a la fundación de tu hermano o a ti misma.

–¿Has hecho todo eso para limitar los perjuicios...?

–Sí, pero no me preguntes cómo, no quiero mentirte.

Francesca cerró los puños e hizo un esfuerzo para respirar. Sabía que debería estarle agradecida por haberle salvado de sí misma, que no debería estar queriendo pegarle.

–Te agradezco que hayas pensado en mi profesión –ella habló con mucho cuidado y haciendo un esfuerzo para respirar–, pero no vuelvas a hacer nada al margen de mí. Si vuelve a pasar algo, habla conmigo antes de actuar.

–Si hubieses tenido las ideas claras, no habría tenido que hacer nada.

–Eso fue antes –replicó ella en tono tenso–. Cometí un error...

–Y lo que hice evitó que cometieras otro.

–Cometí un error y estoy haciendo todo lo posible para no cometerlo otra vez, y no es justo que me lo restriegues todo el rato por la cara. ¿Tú no has cometido un error en tu vida? ¿Naciste perfecto?

Él no contestó y condujo hasta el hotel en silencio. Una vez allí, cada uno se fue a su suite sin decir nada más.

Capítulo 7

Francesca cerró la carpeta que tenía sobre las piernas, suspiró y se frotó los ojos. Era más de medianoche. Se había quedado en su suite desde que volvieron al hotel y había releído los documentos de la fundación. Deseó haberse llevado algunos de los expedientes que debería estar estudiando para sus prácticas y se maldijo por no haberlo pensado. Cuando volviera a Pisa, volvería a centrarse en los estudios.

Durante todas esas horas leyendo, había llamado al servicio de habitaciones y no había bebido nada más fuerte que café solo, pero, aun así, se le cerraban los ojos. Todos los tequilas *sunrises* de la noche anterior estaban pasándole factura, estaba agotada.

Tenía que dormir un poco, pero la aterraba cerrar los ojos y se preguntaba si no habría alguna pastilla que le garantizara dormir sin soñar nada.

Sus pensamientos, como siempre, volvían hacia Felipe. A medida que avanzaba la noche, su furia por su comportamiento prepotente había ido esfumándose poco a poco.

Se preguntaba dónde estaría. ¿Habría salido o se habría quedado en su suite como ella? Los tabiques del hotel eran tan sólidos que no los atravesaba ningún sonido.

Llevada por un impulso, descolgó el teléfono de la mesilla y marcó el número de su habitación.

–Sí... –contestó él casi inmediatamente.

–Soy yo, Francesca Pellegrini.

Hizo una mueca de fastidio consigo misma. ¿Por qué había dicho su apellido?

Hubo un breve silencio antes de que el hablara en un ligero tono burlón.

–¿Qué puedo hacer por ti, Francesca Pellegrini?

Sus palabras fueron como una caricia, tenía una voz de ensueño.

–Quería darte las gracias... por sacarme del agujero en el que me había metido y había metido a la fundación... y... y... –tuvo que hacer un esfuerzo enorme para decirlo– y te pido disculpas por haber sido tan desagradecida...

–Disculpas aceptadas.

–¿Sin más?

–Sin más.

–¿No quieres que me arrastre sobre cristales rotos como penitencia?

Una risa grave le llegó por el oído y le retumbó por todo el cuerpo.

–Basta con la disculpa. Además, yo también tengo mi parte de culpa. No fuiste ingrata, tuviste razón al enfadarte conmigo. Debería haberte consultado mis planes.

–¿Por qué no lo hiciste?

–Estaba enfadado contigo y con toda la situación. Me parecía que habías sido imprudente.

–Y fui imprudente –reconoció ella–. ¿Siempre intentas cerrar los agujeros que se cavan tus

clientes?

–No –contestó él después de una pausa.

–¿Te enfadas mucho con tus clientes?

–No –volvió a contestar él después de otra pausa–. Yo no soy quién para enfadarme con ellos o arreglar sus problemas. Me pagan para que los proteja, no para que tenga una opinión.

Sus confesiones hicieron que una calidez maravillosa se adueñara de ella. Levantó las rodillas y se acurrucó contra el cabecero.

–Entonces, debo de ser especial...

Él volvió a reírse.

–Es una forma de decirlo.

–¿Soy el cliente más pesado que has tenido?

–Eres el más... enrevesado –contestó él con ironía.

–Siempre he sido enrevesada.

–Estoy seguro.

–Es tarde, debería dejarte tranquilo.

Sin embargo, no quería dejarlo tranquilo, quería oír esa voz durante toda la noche. Entonces, se le ocurrió algo.

–¿Te he despertado?

–Estoy viendo una película en la cama.

–¿Es buena?

–Lo bastante mala como para recordarme que la televisión me espanta.

–La televisión no puede espantarte –replicó ella con una indignación fingida.

–¿No irás a decirme que eres una de esas teleadictas?

–Me encanta la televisión –reconoció ella–. Si me dejaran en una isla desierta y solo me permitieran llevarme una cosa, sería una televisión.

–Eres una bárbara.

–Una bárbara con montones de CD.

Él volvió a reírse y ella notó la calidez que le recorría todo el cuerpo, desde el lóbulo de la oreja hasta los dedos de los pies. Pensar que Felipe también estaba tumbado en la cama...

–¿Has salido a cenar? –le preguntó ella.

–He llamada al servicio de habitaciones.

–Yo también.

–¿Qué has pedido?

–Jambalaya. ¿Tú?

–Lo mismo.

No había ningún motivo racional para que Felipe consiguiera que resplandeciera, aparte de que hubiese comido lo mismo que ella...

Se hizo otro silencio y esa vez lo rompió Felipe.

–Deberíamos dormir un poco.

–No estoy cansada.

Era mentira, estaba agotada, pero hablar con Felipe le daba fuerzas. Aunque quería algo más que una conversación por teléfono. La naturalidad de la charla y el trasfondo sutil la animaron...

–¿Quieres venir a mi suite a tomar algo?

Se hizo otro silencio tan largo que le dio tiempo a que el corazón se le acelerara mientras esperaba.

–Buenas noches, Francesca.

Felipe lo dijo con tanta delicadeza que el corazón le dio un vuelco y no le dolió demasiado que él no contestara a su pregunta. Él colgó y ella se llevó al auricular al pecho durante un rato.

A la mañana siguiente, cuando Felipe entró en el vestíbulo, lo primero que vio fue a Francesca sentada en un sofá con las piernas elegantemente cruzadas y leyendo un periódico.

Ella, como si tuviese un sexto sentido, levantó la cabeza y lo miró. Esbozó una sonrisa que hizo que él sintiera una opresión en el pecho.

La saludó con un gesto de la cabeza.

Esa mañana se había recordado con firmeza todos los motivos que tenía para mantenerse alejado de esa mujer hipnótica. Cuando colgó el teléfono después de la conversación nocturna, tenía un dolor entre las piernas que le duraba todavía cuando se había despertado.

Su llamada le había sorprendido con la guardia baja y su voz ronca le había llegado a través de la línea telefónica y se le había metido en las venas antes de que pudiera levantar las barreras para contenerla.

Sus disculpas también le habían sorprendido con la guardia baja. Francesca no era una mujer que se disculpara fácilmente.

Saber eso de ella lo alteraba de muchas maneras, pero no tanto, ni mucho menos, como el esfuerzo que tuvo que hacer para rechazar su invitación a tomar algo. No fue capaz de rechazarla con palabras porque todo su cuerpo, y su lengua, estaban pidiéndole a gritos que aceptara.

Debería haber terminado la llamada después de que ella se disculpara, no debería haber permitido que esa voz ronca lo arrastrara a una conversación más íntima.

Todavía tenían que pasar cinco días juntos y se alegraba de que ya pudieran pasarlos sin pelearse. Aunque quizá pecara de optimista. La conocía desde hacía poco tiempo, pero sabía muy bien que no se podía esperar que la vida fuese fácil con Francesca, ni durante solo cinco días. Lo hacía todo con pasión y lo sentía todo con pasión. Él había sentido esa pasión en sus propias carnes y anhelaba sentirla otra vez.

No había conocido a nadie como ella, no había deseado a nadie como a ella, nunca había tenido una erección por una voz... Había tenido que obligarse a sí mismo a darle las buenas noches.

–¿Preparada? –le preguntó él en tono enérgico.

No iba a permitir que el hechizo en el que habían caído durante la conversación por teléfono afectara al trabajo que tenía entre manos. Solo había sido una llamada telefónica, se recordó con rabia, no habían estado desnudos en una sauna.

Naturalmente, sus pensamientos evocaron inmediatamente esa imagen que no se le borraba de las retinas y que la mostraba tomando el sol con un bikini amarillo y diminuto.

Afortunadamente, en ese momento estaba completamente tapada por un sencillo vestido azul que le llegaba a las rodillas, una chaqueta negra entallada y unos zapatos de tacón negros. Llevaba el pelo recogido en una trenza y parecía dispuesta a entrar en un tribunal, pero también estaba sexy como una sirena.

Abrió un poco los ojos ante su tono, pero no se alteró.

–Cuando quieras.

Recogieron a Seb y James en su alojamiento y fueron al aeropuerto charlando despreocupadamente. Si no fuera por el brillo de sus ojos cada vez que lo miraba, podría haber creído que se había equivocado al haber captado un trasfondo sensual en su invitación a tomar

algo. Sin embargo, el brillo era resplandeciente, ella resplandecía aunque nunca la había visto tan dueña de sí misma y sosegada.

Cuando se reunió con la autoridad encargada del servicio sanitario de la isla, quien también esperaba su soborno, él se quedó impresionado de su manera de utilizar una combinación de datos, encanto e inteligencia para que aceptara darle su nombre a un ala del hospital en lugar del soborno.

–¿No se te ocurrió emplear esa táctica cuando negociabas con el gobernador? –le preguntó él mientras volvían al aeropuerto.

Ella negó con la cabeza y arrugó los labios con fastidio.

–Ojalá pudiera borrar esa reunión y fingir que no se había celebrado. Estaba tan emocionada por haber conseguido que aceptara que, sinceramente, si me hubiese pedido que le sirviera la luna en una bandeja de plata, lo habría hecho. No pensé en las repercusiones. Debería haber estado mucho más preparada.

Le admiró su capacidad para no quitarle hierro a sus fallos. Cuanto más la observaba, más cosas encontraba que admiraba, desde el profesionalismo hasta las ganas de vivir.

–No has cometido el mismo error esta vez.

–Intento aprender de los errores –Francesca lo miró a los ojos y sonrió–, no repetirlos.

Lo que había dicho se parecía tanto a lo que él pensaba que estuvo tentado de agarrarla...

Desde aquellos momentos disparatados y embriagadores en la suite de ella, había hecho todo lo que había podido para no recordarlos, para no recordar la dulce calidez de sus besos apasionados, la delicadeza de sus labios o la suavidad sedosa de su piel, pero no conseguía olvidar el grito de sorpresa que dejó escapar cuando llegó al clímax con tocarla solo una vez. Se le tensaban todos nervios al recordarlo.

Sabía que no podía volver a cometer el error de quedarse solo con ella en una habitación.

–Jefe...

La voz de James se abrió paso entre sus pensamientos. Habían entrado en el aeropuerto de Caballeros, donde estaba esperándolos el piloto.

–¿Qué?

–¿Ve ese Mondeo negro?

Felipe siguió la dirección de su mirada y vio, a unos diez metros de su avioneta, el coche que los había seguido desde la casa del gobernador hacía tres días. Miró alrededor mientras pensaba algo.

–Quédate aquí –le ordenó a Francesca antes de bajarse del coche.

Seb y James, conscientes del peligro, se quedaron con ella y con el motor en marcha sin que nadie tuviera que decírselo.

Felipe, con la pistola en la mano y sin dejar de mirar al coche, se dirigió hacia la avioneta con una despreocupación engañosa. Si era una emboscada, no dejaría que Francesca quedara en medio de un fuego cruzado.

–¿Cuánto tiempo lleva ese Mondeo ahí? –le preguntó al hombre que había dejado con el piloto.

–Tres horas. Tres hombres.

–¿Alguna actividad?

–No. He intentado encontrar información de la matrícula, pero ya sabe cómo es este país, incluso antes del huracán. Ahora, mientras hablamos, estamos intentando el reconocimiento facial.

Felipe hizo un gesto sombrío con la cabeza y se dirigió al piloto.

–Prepara el despegue.

El motor de la avioneta se puso en marcha mientras volvía al coche.

–¿Qué pasa? –le preguntó Francesca mientras él abría la puerta–. ¿Son los hombres que nos siguieron el otro día?

–Eso parece –él le tendió una mano dispuesto a echársela al hombro si se resistía lo más mínimo–. Hay que largarse.

Le reconoció el mérito. Francesca no titubeó ni pidió más respuestas. Lo miró a los ojos, indicándole que confiaba en él, tomó su mano y la agarró con fuerza mientras iban apresuradamente a la avioneta con James al otro lado de ella y Seb detrás.

El piloto despegó cuando casi ni se habían abrochado los cinturones de seguridad.

–Supongo que esos hombres significan problemas –comentó ella sin perder la calma.

–Yo también tengo que suponerlo.

–No puede ser una coincidencia que estuviesen en el aeropuerto. ¿Qué crees que quieren?

–Esa es la pregunta del millón de dólares.

Y él daría un riñón por saber la respuesta.

–¿Crees que saben lo del dinero? –preguntó ella al cabo de un rato en silencio.

–Me apostaría todos mis ahorros.

Se secó el sudor de la frente, se soltó el cinturón de seguridad y fue a la parte delantera de la avioneta a contarle a sus hombres lo que había pensado.

Después, cuando ya habían dejado a James y Seb en su alojamiento y se habían quedado solos, se lo contó a Francesca. Ella había permanecido notablemente serena. Él habría hecho como una docena de llamadas y ella se había quedado a su lado en silencio, no lo había interrumpido ni le había hecho preguntas, le había dejado que hiciera lo que tenía que hacer.

–James y Seb van a venir con nosotros.

–¿A nuestro hotel?

–También van a venir tres de los hombres que están en Caballeros. Entre todos, cubrirán y vigilarán todas las entradas del hotel.

Cuando la amenaza a Francesca era evidente, no iba a confiar su seguridad al servicio de seguridad del hotel. Se podía sobornar a esos guardias, pero no a sus hombres.

Ella hizo un gesto de escepticismo.

–¿Crees que los hombres del aeropuerto van a venir aquí?

–No sé qué van a hacer y por eso voy a prepararme para cualquier eventualidad.

–En Aguadilla hay mucha seguridad y en nuestro hotel también. No podrían llegar a nosotros...

–Es posible que tengas razón, pero no voy a arriesgarme.

No pensaba dejar nada al azar. La seguridad del aeropuerto de Aguadilla podía compararse con la de cualquier aeropuerto de Estados Unidos o Europa y sus aguas se patrullaban a todas horas. En teoría Francesca debería estar a salvo siempre que se quedara en Aguadilla... en teoría.

Felipe sabía desde hacía mucho tiempo que «en teoría» no quería decir absolutamente nada. La gente era impredecible, sobre todo, la sometida a alguna presión.

Su intuición le decía que esos hombres iban detrás del dinero, no de Francesca. La primera vez los siguieron desde la casa del gobernador y eso tenía que querer decir que algún empleado personal del gobernador les había informado.

Sin embargo, podía estar equivocado, podían querer el dinero y un rehén para pedir un rescate. Quizá no estuviesen vigilándolos para encontrar algún rastro del dinero, quizá estuviesen esperando una oportunidad para llevársela. Había estado en la primera línea de una misión con rehenes que había salido mal. La idea de que secuestraran a Francesca...

Se le revolviaron las entrañas.

Había visto apagarse los ojos de Sergio y de los otros compañeros caídos. No podía llegar a imaginarse que los ojos de Francesca también se apagaran. Tenía que estar concentrado para protegerla y mantenerla a salvo.

Había demasiadas hipótesis.

Francesca sabía que debería estar mordiéndose las uñas de pánico. Esa sería la reacción normal si unos desconocidos te seguían en una de las islas más peligrosas del mundo.

Sin embargo, estaba a salvo en Aguadilla con Felipe y su ejército de guerreros. Aguadilla, al contrario que Caballeros, era un paraíso de verdad.

Había sentido auténtico miedo cuando se dio cuenta de que los hombres que los habían seguido después de la reunión con el gobernador estaban vigilando su avioneta, pero le había bastado una mirada a los ojos oscuros de Felipe para tranquilizarse, sus ojos le habían dicho todo lo que necesitaba saber, que no permitiría que le pasara nada.

No había conseguido respirar hasta que fueron desde el coche hasta la avioneta sin incidentes. Si hubiesen querido llevársela, habían tenido una oportunidad. Estaban buscando el dinero, el dinero que, estúpidamente, ella había accedido a llevar en efectivo a Caballeros.

Por eso, no estaba atenazada por el miedo, sino por el remordimiento mezclado con una euforia extraña, le bullía la sangre en las venas. Nunca se había sentido tan viva, el sol le acariciaba la piel, el olor dulzón del aire le llenaba los pulmones, apreciaba con intensidad todas las nimiedades que daba por sentadas en la vida cotidiana, como si las viviera por primera vez.

La vez que había estado más cerca de esa sensación fue hacía dos noches, en brazos de Felipe.

Lo siguió por el hotel y se maravilló de su porte. Volvió a fijarse en la leve cojera, la única imperfección que le encontraba a ese hombre imponente... en cuyos brazos anhelaba estar otra vez.

Cuando llegaron a sus suites, ella fue a darle las gracias y a disculparse, una vez más, por todos los problemas que le habían acarreado las cosas que había hecho ella. Sin embargo, Felipe se adelantó.

–Entra en la mía mientras recojo mis cosas.

–¿Por qué? ¿Vamos a cambiarnos de hotel?

–Voy a cambiarme de habitación –contestó él con un gesto serio–. Voy a cambiarme a tu habitación. No puedes estar sola hasta que sepamos quiénes son esos hombres y qué quieren.

Él, en vez de sentirse tan emocionado como ella ante la idea de que compartieran una suite, parecía como si le hubiesen encargado la tarea de cuidar a una planta carnívora y hambrienta.

Lo siguió a su suite, idéntica a la de ella, y se sentó en el sofá mientras el sacaba de un armario una bolsa de lona de color caqui y la dejaba sobre la cama. Luego, fue al vestidor y volvió cargado de ropa.

–¿Te quedas mucho a dormir en casa de un amigo? –le preguntó ella para intentar destensar el ambiente.

–Esto no es un juego –replicó él mirándola con los ojos entrecerrados.

–Lo sé.

–Pues no actúes como si lo fuera.

–¿Qué quieres que haga? ¿Me escondo debajo de la cama? Es evidente que quieren el dinero. Solo están vigilándonos hasta que sepan que ha llegado el dinero. ¿Cuándo lo esperas?

–El sábado. Te parece evidente, ¿no? Creía que estabas formándote para ser abogada. No hay evidencias de nada y vamos a actuar como si cualquier cosa fuese posible.

–Si me quisieran a mí, ya lo habrían intentado.

–¿Por qué lo sabes? –preguntó él con los dientes apretados.

–Es una conjetura con fundamento.

–Pero una conjetura.

Sin embargo, ella no estaba diciendo nada que Felipe no hubiese pensado ya. Fuera quienes fuesen esos hombres, ya habían tenido la oportunidad de llevarse a Francesca si eso era lo que querían. Eran personas cautelosas, no eran toxicómanos alocados, pero también eran estúpidos. El colmo de la estupidez era aparcar a unos metros de la avioneta y esperar durante tres horas sin intentar siquiera buscarse una coartada, pero los estúpidos eran los más peligrosos.

Su intuición coincidía con la de Francesca, querían el dinero.

Podría quedarse en su suite tranquilamente, seguro de que ella estaría a salvo en la suya, pero no quería correr ese riesgo con ella, le daba un sudor frío solo de pensarlo.

¿Qué pasaría si su intuición, formada durante casi dos décadas de análisis en situaciones peligrosas, estaba equivocada?

Por eso no mezclaba el trabajo con el placer, se dijo a sí mismo mientras iba al cuarto de baño para recoger sus cosas de aseo. Le nublaban el juicio y hacía que uno dudara de sí mismo.

Le gustara o no, la atracción hacia Francesca y la opresión en el pecho por estar cerca de ella iba creciendo. Todos sus sentidos se aguzaban como si ella fuese un imán que los tensaba.

Le costaba hacerle frente. Tenía que tener la cabeza despejada para protegerla con eficiencia, pero todo se complicaba por cómo lo miraba. Estaría bien si pudiera no hacerle caso, pero ya sabía que era imposible no hacer caso a Francesca Pellegrini.

Podía estar una noche en una suite con ella y que no pasara nada, pero más...

–Mañana por la mañana voy a llevarte de vuelta a Pisa –le informó él mientras dejaba la bolsa de aseo con sus cosas y se preparaba para la furibunda protesta de ella.

–Ni hablar –replicó ella olvidándose al instante de la despreocupación.

–Aquí corres demasiado peligro. Pisa es segura. Si pudiese llevarte en este instante, lo haría, pero no puedo conseguir un avión hasta mañana por la mañana y no hay vuelos comerciales antes. Nos iremos a primera hora.

–No pienso abandonar el proyecto.

–No vas a abandonarlo –él no iba a permitir que ella volviera a poner un pie en ese país–. Tienes el permiso para la venta y te has reunido con el responsable de Sanidad del Gobierno. Yo le entregaré el dinero al gobernador y Daniele puede ocuparse del todo lo demás, él es quien construirá el hospital...

–Voy a ir a la fiesta del gobernador –afirmó ella tajantemente–. Si no voy, él lo considerará una ofensa, retirará el permiso y el hospital no se construirá.

Felipe soltó un improperio. Ella tenía razón. Faltaban cuatro días para la fiesta, tiempo más que suficiente para elaborar un plan para proteger a Francesca y el dinero.

–Volveré a traerte para la fiesta –concedió él–, pero nos marcharemos a primera hora. Serías una diana parada si te quedaras. Voy a llevarte a casa, donde estarás a salvo, y no voy a discutir más sobre este asunto. Cuando te traiga otra vez, no tendrás nada que ver con la entrega del dinero. Harás exactamente lo que te diga.

Felipe cerró la bolsa de lona con más fuerza de la necesaria y esperó otro arrebato. Sabía que parecía un tirano, pero le daba igual. Jamás había sentido algo parecido al miedo gélido que había

sentido cuando reconoció ese coche, ni siquiera cuando se dio cuenta, demasiado tarde, de que había metido a sus hombres en una trampa.

Sin embargo, no llegó ningún arrebató.

Cuando volvió a mirarla, Francesca tenía las piernas cruzadas y lo miraba con una expresión pensativa. Hasta que esbozó una sonrisa antes de hablar.

—¿Significa eso que ahora sí vamos a tomar algo?

Capítulo 8

Tengo hambre.

Habían pasado una hora en la suite de ella. Toda una hora sin hacerle caso y trabajando con su ordenador portátil en el escritorio del rincón. Francesca, por su parte, se había sentado en la cama inmensa y lo había observado con interés aunque él no le había hecho caso.

Ella podía captar que la tenía presente. Lo notaba en cada uno de sus movimientos y era tan intenso como ella lo tenía presente a él. La única diferencia era que él se empeñaba en fingir que no existía. La ridícula regla de no tener relaciones con los clientes implicaba que estaba dispuesto a resistirse.

La consideraba responsabilidad suya y estaba haciendo todo lo que podía para mantenerla en la caja donde la había metido, pero ella estaba dispuesta a hacer todo lo que pudiera para salir de esa misma caja.

–Tengo hambre –repitió Francesca.

–Siempre tienes hambre –replicó él sin levantar la mirada del ordenador–. Llama al servicio de habitaciones.

–Ya les llamé anoche. Solo son las siete. Si me paso otra tarde aquí metida, me dará un ataque. Voy a salir a comer algo, ¿me acompañas?

Entonces, él giró la cabeza para mirarla con los ojos entrecerrados.

–He aceptado marcharme mañana por la mañana y entiendo por qué crees que necesito tu protección esta noche –siguió ella en un tono muy dulce–, pero no voy a ser una prisionera en esta suite. Si no quieres ir conmigo, llama a uno de los hombres que tienes alrededor del hotel para que me acompañe.

Sabía que él no haría algo así y también sabía que intentar conversar con él cuando estaban en la suite de ella era como intentar sacarle sangre a una piedra. Sin un ordenador que le sirviera de parapeto, tendría que hablar con ella.

La furia se reflejó en los ojos de Felipe, pero ella le aguantó la mirada.

–Comeremos algo y volveremos. Nada de beber y bailar, ¿entendido?

–¿Por qué no lo escribes en un papel para que no lo olvide? Te lo firmaré si quieres.

–No me tientes –gruñó él.

–Hago lo que puedo... –ella se levantó–. Voy a ducharme y a ponerme guapa antes de que nos marchemos. ¿Le parece bien, mi señor...?

Francesca fue al cuarto de baño entre lo que estaba segura que eran improperios en español.

Felipe esperó a oír el chasquido del pestillo y volvió a maldecir cuando no lo oyó. No había echado el pestillo de la puerta intencionadamente. Se frotó la frente con un nudillo para intentar no pensar en lo que estaba pasando detrás de esa puerta.

¿Iba a ponerse guapa? Era imposible que Francesca fuese más deseable de lo que ya era.

Oyó el sonido de la ducha. No podía pensar que estaba desnuda.

Sonó un correo electrónico que entró en el buzón y agradeció la distracción. Era el informe de una misión de reconocimiento de uno de sus equipos destinados en el norte de África que preparaba el viaje de trabajo del presidente de una empresa petrolífera estadounidense.

La puerta del cuarto de baño se abrió cuando casi había terminado de escribir la respuesta. Levantó la mirada antes de que pudiera evitarlo. ¡Francesca solo llevaba una toalla!

–No te preocupes por mí –ella pasó a su lado y dejó una nube de olor frutal–. Solo voy a cambiarme.

Felipe apretó los dientes para contrarrestar lo que le bullía la sangre y volvió a mirar el correo que estaba contestando, pero era como si ella le hubiese metido una bala en el cerebro y se hubiese quedado sin concentración.

Parpadeó para centrarse, pero aunque ella había desaparecido en el vestidor, él solo veía brazos desnudos y una melena morena que le caía por la espalda hasta casi rozarle ese trasero redondeado que la toalla recubría tan tentadoramente.

Se golpeó con los nudillos en la frente y volvió a maldecir con violencia. Efectivamente, estaba tentándolo y se notaba en cada mirada y en cada movimiento.

Las promesas que se había hecho a sí mismo los últimos días se pusieron a prueba cuando ella salió al cabo de un rato.

Se había puesto un vestido rojo de estilo chino que era muy recatado, que no mostraba más carne de la necesaria y que caía hasta justo encima de las rodillas, pero... se ceñía a todas y cada una de las curvas...

Entonces, se fijó en que se había puesto maquillaje. No mucho, pero sí lo suficiente como para que sus ojos marrón claro fuesen más seductores de lo que ya eran y que sus labios fuesen más... besables. Se había secado el pelo con un secador y la caía como una sábana de seda. En los pies llevaba unas sandalias negras y altas.

–¿Quieres ducharte antes de que nos vayamos? –le preguntó ella mirándolo con un brillo en los ojos que le abrasó las entrañas.

Él cerró el ordenador dando un golpe.

–Terminemos con esto de una vez.

Francesca dio vueltas a la copa de vino blanco mientras observaba a Felipe, que estudiaba la carta.

Solo la había mirado una vez desde que se sentaron y fue una mirada que la taladró cuando pidió vino. Ella, en cambio, se encogió de hombros. Estaban en un restaurante del hotel al lado de una piscina muy grande y con una iluminación tenue.

Su intención había sido sacar a Felipe de la suite para que hablara. Cuando habían conseguido tener una conversación de verdad, habían demostrado que las cosas podían ir bien entre ellos y quería volver a encontrar esa armonía.

Sabía que él la deseaba, pero ¿de qué servía si lo reprimía a cada paso que daba? Quería que también deseara su compañía, que la viera como a ella misma, como a Francesca, no como a la hermana pequeña de Pietro ni la hermana pequeña de Daniele, no como a la clienta cretina que había aceptado un soborno porque no sabía lo que hacía y a la que había que salvar de sí misma y de los malos, fueran quienes fuesen.

Esperó a que terminaran de tomar nota para dirigirse a él.

–¿Adónde vas a ir cuando termines este trabajo?

–A Oriente Próximo.

–¿No vas a volver unos días a casa?

–¿Por qué quieres saberlo?

–Estoy dando conversación. Ya sé que es fastidioso, pero uno de los dos tiene que hacer el esfuerzo.

Felipe dejó de mirar al infinito y la miró a ella, que ladeó la cabeza con un gesto más suave.

–Felipe, por favor, ¿no podemos tener una conversación normal como personas normales?

Él contuvo un suspiro. Era mucho más fácil para él olvidarse de la tensión en las entrañas si no tenía que oír esa voz ronca y no tenía que mirar a esos ojos cautivadores que tenían el poder de hipnotizarlo.

La petición de ella no era irracional, él estaba siendo irracional.

–¿Sigues viviendo en España? –preguntó ella al tomar el silencio de él como una conformidad.

–No.

–Entonces, ¿dónde vives?

–En ningún sitio.

–¿En ningún sitio?

–En ningún sitio. No tengo residencia fija.

–Pero... –Francesca se pasó un mechón por detrás la oreja y un pequeño pendiente con un diamante resplandeció—. ¿Dónde está tu hogar?

–Donde esté yo –Felipe se encogió de hombros—. Tengo un dormitorio en el avión y es fácil encontrar un hotel. Todo lo que tengo se transporta y se almacena fácilmente.

Ella se inclinó hacia delante con la frente arrugada.

–¿A dónde te mandan las cartas, las facturas, los extractos del banco? Tienes que tener una dirección para abrir una cuenta en un banco.

–No lo exigen todos los bancos si sabes dónde buscar. Mi empresa no es una empresa típica. Mi trabajo es mi vida, lo ha sido desde que entré en el Ejército.

–Ya, lo entiendo –ella hizo una mueca—. Eres todo un machote que va por el mundo protegiendo a los débiles y desamparados.

Él dejó escapar una risa gutural.

–La mayoría de las personas que protejo no tienen nada de débiles. Suelen ser empresarios, autoridades oficiales y organizaciones benéficas, personas que van a países en guerra o con elevadas tasas de delincuencia. Mi trabajo es permitir que hagan su trabajo con seguridad.

–¿Y eso por qué impide que tengas un hogar? Todo el mundo necesita uno.

Él sacudió la cabeza. Por eso habría preferido quedarse en su suite. Allí habría podido trabajar con su ordenador portátil, habría leído los informes de sus empleados por todo el mundo, habría dado órdenes e instrucciones y, además, habría garantizado la seguridad de Francesca.

En esa mesa, solo podían hablar mientras esperaban la comida y, como había comprobado la noche anterior en el otro restaurante, le gustaba hablar con Francesca más de lo que le convenía. Cuando hablaban, ella no era solo la mujer cautivadora que hacía que le bullera la sangre, se convertía en carne y hueso.

Cuanto antes terminara la comida, mejor.

–¿Y tu familia? –preguntó ella sin hacer caso de la necesidad de él de estar en silencio—. ¿Los ves a menudo?

–No.

–Pero, ¿tienes familia?

Felipe suspiró. Ella no sabía parar. Si entraba en la carrera judicial, sería una interrogadora muy buena.

–Tengo una madre, abuelos, tíos, primos... Sí, tengo una familia.

–¿Los ves a menudo?

–No.

–¿Por qué?

–Porque estoy demasiado ocupado.

–¿Estás demasiado ocupado para ver a tu madre?

–La visito siempre que puedo. Nunca he estado muy unido a los demás y no me pierdo gran cosa.

–¿No tienes hermanos?

–Soy hijo único.

–¿Malcriado?

–No –contestó él con una risa áspera.

–¿No tienes padre?

–Murió hace cinco años.

–Lo siento –ella ablandó el gesto–. Yo perdí a mi padre el año pasado. Es doloroso, lo sé.

–Tampoco fue una gran pérdida. No lo conocía casi –Felipe se inclinó hacia delante cuando vio que ella iba a hacer otra pregunta–. Mi madre me crio sola. Estaban casados, pero mi padre no estaba casi nunca y tampoco le daba mucho dinero. Ella tuvo tantos trabajos para darme comida y un techo que tampoco estaba casi nunca en casa, pero ella no estaba ausente porque quisiera, como mi padre. No tenía ni el tiempo ni el dinero para llevarme a Madrid a ver a su familia. Vivíamos en Alicante, a cientos de kilómetros de ellos. Si mi padre no hubiese sido un buscavidas egoísta, nuestras vidas habrían sido muy distintas. Por eso, su muerte no me pareció dolorosa. Fui a su entierro por respeto, pero no voy a fingir que lo lloré. Apenas lo conocía.

Su padre no había valido para la vida familiar. Era un hombre que siempre estaba de un lado a otro buscando algo grande, que siempre acababa en nada. Sin embargo, eso grande siempre fue más importante para él que su esposa y su hijo.

Tan poco importante era su padre en su vida que casi nunca pensaba en él y mucho menos hablaba de él, pero, como Francesca parecía dispuesta a interrogarlo, lo más sencillo era darle todos los datos objetivos y acabar con eso.

–Ha tenido que ser complicado para ti y para tu madre –comentó ella con la compasión reflejada en los ojos.

Afortunadamente, la alegre camarera les llevó la comida. Un chuletón para él y ensalada de atún y pasta para ella. Francesca se concentró en su comida y él creyó que iba a dejar de interrogarlo, pero se equivocó.

–¿Cuántas veces vas a ver a tu madre?

–Intento ir en Navidad y en su cumpleaños.

–¿Nada más? ¿Dos veces al año?

Él cortó un trozo de carne sin hacer caso de la censura implícita. No tenía que justificarse con ella.

–Si yo viera a mi madre dos veces al año, me mataría –siguió Francesca–. Ya cree que vivo demasiado lejos de ella, y estoy a veinte minutos andando.

–Tú eres su hija. La relación es distinta.

–Díselo a mis hermanos.

Ella puso los ojos en blanco, pero el brillo se apagó enseguida y él, con el corazón encogido, supo que estaba pensando en Pietro.

–Pietro era un buen hijo con ella –añadió ella en voz baja–. Viajaba por todo el mundo, pero no se olvidaba de llamarla todas las noches. Daniele es lo contrario. Siempre estoy recordándole que la llame. Ella se preocupa por nosotros y la muerte de Pietro la ha destrozado.

–Sois una familia unida –comentó él.

–Sí, he sido muy afortunada.

Afortunada hasta que su hermano, al que adoraba, había muerto trágicamente.

–Tu vida y tu entorno son muy distintos a los míos.

–Mi vida y mi entorno son distintos a los de casi todo el mundo, pero nadie es igual, todos tenemos nuestras preocupaciones.

–Tú te has criado en una familia unida y adinerada, ¿qué preocupaciones tuviste?

–¿Yo personalmente? Ninguna grave. Fui una privilegiada, una afortunada, y por eso quiero dedicarme a los Derechos Humanos.

–¿Quieres repartir algo de tu buena suerte?

–Puedes burlarte, pero lo digo en serio. Ya podría tener un marido e hijos, pero quiero que mi vida tenga algún sentido.

Él podía imaginarse todo lo que tenía que haber trabajado para demostrar su valía. Sabía cómo eran las cosas entre las grandes fortunas, había protegido a suficientes personas que vivían en ese mundo como para saber que todavía estaba dominado por los hombres. No pudo ser fácil para Francesca haberse opuesto a los deseos y expectativas de su familia.

–Podrías dirigir la fundación de Pietro.

–¿Estás burlándote de mí otra vez? –preguntó ella arqueando una ceja.

–Es absoluto. Hoy has sido una auténtica profesional y Pietro habría estado orgulloso de ti.

Ella se sonrojó de placer.

–¿Tú crees...?

–Estoy seguro. También estoy seguro de que Alberto volverá pronto a trabajar. Podría ayudarte y guiarte... y evitarte problemas.

Ella sonrió y frunció el ceño antes de encogerse de hombros.

–No es por mí. Quiero que se construya el hospital en Caballeros en recuerdo de Pietro, pero yo no quiero seguir ese camino filantrópico. Eso era suyo y, una vez se hayan asentado las cosas, trabajaremos como una familia para que la fundación continúe, pero yo no voy a dirigirla. Es posible que lo haga Natasha.

Se quedó callada y comió en silencio. Evidentemente, sus pensamientos estaban a miles de kilómetros, con su familia.

Él la observó con detenimiento. Estaba afligida aunque no lo pareciera. Había captado indicios durante el tiempo que habían pasado juntos. Algunas veces, cuando estaba hablando con alguien, se quedaba mirando al infinito con la frente arrugada, como perpleja. Entonces, de repente, se recomponía y volvía a centrarse en la persona que tenía delante. Estaba pasándole en ese momento.

–¿Cuándo fue la última vez que hablaste con tu madre?

Él estuvo a punto de reírse por lo monotemática que era.

–Hace un par de meses –él tuvo que seguir al ver su exagerada incredulidad–. No estamos tan

unidos como lo estás tú con tu madre. Toda su vida giraba alrededor de mí y de ocuparse de que tuviera mis necesidades cubiertas, pero, para conseguirlo, tenía que trabajar quince horas al día. No llegué a conocerla casi.

No la conocía casi en ese momento.

Necesitaba una cerveza.

Felipe levantó una mano antes de que ella pudiera hacerle otra pregunta.

–Fue hace mucho tiempo. No he vivido con ella desde hace unos veinte años. Nos respetamos, pero ella no es como tu madre, no es de las que se aferran a los demás.

–Mi madre no se aferra –replicó ella en tono defensivo antes de taparse la boca para contener la risa–. Sí, sí se aferra, pero no me importa, me gusta.

–Y a mí me gusta la relación que tenemos mi madre y yo. Nos viene bien a los dos.

Ella lo miró con incredulidad y se encogió de hombros como si quisiera indicar que era algo que no podía discutir.

–¿Ha mejorado su vida?

–Mucho. Le he comprado una casa y un coche y le mando dinero periódicamente. No tiene que trabajar. Tiene amigos y sale con hombres. Ahora tiene una vida, la que no había tenido antes.

–¿Le has comprado una casa? –preguntó ella más animada.

Él gruñó al sentir la amenaza de que ella pudiera ahondar más en su vida.

–¿No podemos hablar de otra cosa?

–De acuerdo. Cuéntame por qué te metiste en el Ejército.

–Porque estaba volviéndome un delincuente juvenil sin la autoridad de un padre y sin la posibilidad de encontrar un empleo decente porque nadie se ocupaba de obligarme a ir al colegio.

–¿Cuánto tiempo estuviste en el Ejército?

–Ocho años.

Habían sido los mejores años de su vida. La camaradería, el compañerismo... Después de haber pasado la infancia solo, el Ejército le había dado la familia que siempre había anhelado... y Sergio había sido el hermano que siempre había añorado.

¿Cómo iba entender todo eso la mujer que tenía enfrente? Su familia era una familia todo lo unida que podía ser una familia. Ella jamás había comido sola cuando era una niña, con la única compañía de la televisión. Nunca había estado sola. Nunca había añorado nada, se lo habían puesto todo en bandeja.

Entonces, ¿por qué tenía que hacer un esfuerzo para no contarle el resto?

Eran esos ojos. Cada vez que miraba esos ojos sinceros, notaba una palpitación por todo el cuerpo. Se había frotado las manos una y otra vez, pero todavía podía notar la suavidad de su piel y lo sedoso de su pelo como si lo hubiesen marcado. Cuando ella había estado con Eva, la trabajadora de la organización benéfica, había reconocido el olor de Francesca sin pensarlo.

Conocía su olor.

Los dos habían terminado sus platos durante la conversación, y él no se había dado ni cuenta.

Había llegado el momento de dar por terminado ese suplicio que le gustaba demasiado.

–Ya podemos volver a la suite –comentó él poniéndose de pie.

Ella lo miró con tanto dolor reflejado en los ojos por su brusquedad que se sintió como si hubiese pateado a un cachorrillo, como un desalmado.

Sin embargo, Francesca se cruzó de brazos en vez de obedecer y apretó los dientes con obstinación.

–Creo que voy a tomar un postre.

Capítulo 9

Puedes dormir en mi cama... –comentó Francesca con desenfado mientras Felipe se hacía un camastro en el suelo.

Él no la miró. Había vuelto a no hacerle caso y a hablar con monosílabos desde que se había empeñado en comer un postre.

Su insistencia en quedarse había sido un retroceso. Felipe se había relajado durante la comida y se había abierto a ella, no mucho, pero sí lo suficiente como para que se le aligerara el pecho y le brotara la esperanza. Había sido una conversación entre dos adultos que disfrutaban de la compañía del otro. Incluso, la había mirado algunas veces como si quisiera comérsela, con un brillo de deseo muy intenso en los ojos... Hasta que se había retraído en un abrir y cerrar de ojos.

En ese momento, volvía a mirarla como si quisiera tirarla al mar.

–¿Por qué no dejas de hablar y te preparas para acostarte? –gruñó él–. Mañana va a ser un día muy largo.

–No estoy cansada.

–Lee un libro.

Le gustaría saber qué se necesitaba para que él se olvidara de los motivos para resistirse y la tratara como a una mujer, eso era lo único que quería.

–Me cambio en el cuarto de baño, ¿no?

–¡Sí!

–De acuerdo. No tardaré. Intenta no echarme de menos.

No tardó en ponerse la camiseta enorme que usaba para dormir y en lavarse la cara y los dientes mientras se preguntaba si tendría valor para intentar una seducción hasta el final.

Aunque tampoco podía creerse que estuviese pensando esas cosas.

La muerte de Pietro le había hecho ver lo corta y voluble que podía llegar a ser la vida, y los peligros de Caballeros se lo habían confirmado. Cuántos años había pasado estudiando y había dejado a un lado cualquier idea de vida sentimental para que no la distrajera... No había vivido la vida, había ido quemando etapas.

Felipe no se parecía nada a los hombres ricos y aburridos que sus padres habían ido llevando a su casa, antes de que ella se escapara a la universidad, con la esperanza de que su hija cazara a uno de ellos y se casara para que la mimaran con todos los lujos. El único parecido que tenía con ellos era la inmensa fortuna.

Francesca no había querido que la mimaran. Su madre se había casado joven y se había conformado con vivir una vida llena de actividades sociales en la que el mayor problema cotidiano era que el color de las uñas entonara con el de la ropa. Francesca había querido mucho más, había querido ser como sus hermanos y su primo Matteo. También se esperaba que sentaran

cabeza y tuvieran hijos, pero cuando fueran mucho mayores. Se esperaba que primero tuvieran unas trayectorias profesionales maravillosas, cuando se había esperado que ella fuese un adorno en la maravillosa trayectoria profesional de su marido. No había querido ser un adorno ni deberle nada a un hombre. Había querido tener su propia trayectoria profesional y había sabido desde muy pequeña que la única manera de conseguirlo era estudiar muchísimo para sacar las notas más altas que pudiera y que sus padres tuvieran que tomarla en serio.

Lo había conseguido. Había habido muchas lágrimas y peleas, pero ellos habían acabado aceptando sus deseos. No habían dejado de presentarle hombres ricos, pero el tono había sido distinto, ya no tenían expectativas, solo cierta esperanza.

Si seguía trabajando con fuerza, haría el examen el Colegio de Abogados al cabo de dos años y podría ejercer de abogada. Luego, pasaría algunos años más encarrilando la profesión que había querido tener toda la vida. Entonces, solo entonces, podría pensar en casarse, cuando supiera que su independencia, que tanto le había costado conseguir, no se vería amenazada y que el matrimonio sería entre iguales.

Ese había sido el plan.

Sin embargo, no había contado con ese despertar, con ese deseo embriagador e inexplicable. Aunque no quería explicarlo, quería vivirlo, sentir esas sensaciones maravillosas que se habían adueñado de ella, dirigidas todas hacia Felipe.

Él no era un hombre que fuese a mimar a una mujer. Era fuerte y protector, pero nunca trataría a una mujer como a una mascota.

Además, él tampoco quería tener una relación sentimental.

Si pasase algo entre ellos, solo sería una aventura corta y agradable que no pondría en peligro los caminos que habían elegido. El único inconveniente, se reconoció Francesca con tristeza, era el «si».

Sería más fácil si supiera cómo se seducía a un hombre, y más todavía a un hombre que estaba decidido a mantenerla a metro y medio de distancia. ¿No se suponía que se seducía con lencería sexy? Ella llevaba ropa interior bonita, pero nada que pudiera llamarse sexy o lencería.

Solo se tenía a sí misma.

Cuando volvió a la suite se encontró a Felipe de rodillas a lado de la enorme bolsa de lona caqui. La miró fugazmente, cerró los ojos y farfulló algo antes de que sacara su neceser.

—Voy a ducharme.

Un instante después, se oyó el elocuente chasquido del pestillo.

Francesca tomó aire, apagó todas las luces, menos la de la mesilla, y la habitación tuvo un aire seductor. Entonces, se tumbó en la cama e intentó poner una pose insinuante, pero se sintió ridícula y probó otra pose. Esa hizo que se sintiera más ridícula todavía. Después de intentar varias, se sentó con las piernas estiradas y cruzadas en los tobillos y la cabeza apoyada en el cabecero.

Felipe pasó tanto tiempo en el cuarto de baño que las dudas empezaron a adueñarse de ella. ¿Habría interpretado mal lo que sentía por ella? ¿Se había imaginado aquellas miradas ardientes de deseo, como cuando un niño que soñaba con ver a Santa Claus juraba que lo había visto por la ventana de su dormitorio montado en su trineo? ¿Solo era su imaginación desbordante de ilusiones?

Ella notó cuándo iba a salir él de su refugio y tragó saliva llevándose una mano al corazón acelerado.

Se abrió la puerta del cuarto de baño y se miraron a los ojos.

La miró durante un instante de más y pasó a su lado para dirigirse al camastro que se había

hecho junto a la puerta. Observó todos sus pasos con el corazón en la boca. Lo había visto solo con el traje de baño cuando estuvieron en la piscina, pero habían estado a cierta distancia. De cerca, su grandiosidad era tal que la dejaba sin respiración y el pulso se le desbocaba. De cerca, el abultamiento en los ajustados calzoncillos negros no podía pasar inadvertido. Hasta un hombre heterosexual lo miraría dos veces.

Se fijó en una marca blancuzca que tenía en la pantorrilla derecha y salió del ensimismamiento.

—¿Qué te pasó en la pierna?

—Un disparo —contestó el con un gruñido.

Su respuesta hizo que pulsara el interruptor que tenía detrás y encendió la luz de la esquina.

Se llevó una mano a la boca.

No era solo una marca blancuzca, había un hundimiento en la carne que le cubría la mitad de la pantorrilla. Una punzada gélida la atenazó por dentro.

—¿Qué te pasó? —consiguió susurrar ella.

—Los peligros de la vida en el Ejército.

—¿Te dispararon en una batalla?

—Algo parecido.

Francesca creyó que iba a desmayarse y tomó aire sin poder apartar la mirada de la herida.

Felipe era militar y lo había sabido desde antes de haberlo conocido. Su trayectoria en el Ejército, incluido el tiempo que estuvo en las Fuerzas Especiales, era lo que hacía que fuese tan eficiente en lo que hacía, lo que le había dado los cimientos para levantar la empresa tan próspera que tenía en ese momento.

Sin embargo, cuando había pensado en las Fuerzas Armadas, las pocas veces que lo había hecho antes de haber conocido a Felipe, se las había imaginado como esos juegos de ordenador a los que jugaba Daniele cuando era joven y ella era mucho más joven. Le habían prohibido verlos, pero, naturalmente, ella los había ojeado a escondidas. No había pensado en serio lo que sería participar en una guerra de verdad, que te dispararan porque querían matarte, no por diversión.

Alguien había disparado a Felipe y había querido matarlo.

Él debió de captar el espanto de ella porque su expresión se endureció.

—Lo siento si mi herida te repugna.

—No —ella sacudió la cabeza como si quisiera enfocar otra vez la mirada—. No pienses eso. Yo no lo pienso, Felipe...

Entonces, entendió la cojera que le había visto algunas veces.

Felipe, como si quisiera que dejara de fijarse en su herida, se metió en el camastro que había improvisado, ahuecó la almohada y se tumbó de espaldas mirando al techo con un brazo por encima de la cabeza.

Francesca apagó la luz del rincón y solo quedó encendida la de la mesilla.

Estaba helada por dentro. Si el que le disparó hubiese tenido mejor puntería, ese hombre que estaba tumbado al lado de su puerta no estaría allí. Habría dejado este mundo como Pietro, solo sería un recuerdo. Aunque no un recuerdo para ella porque no lo habría conocido.

Se acordó de que Daniele había dicho que a Felipe le habían dado la baja en el Ejército por motivos médicos, ¿o lo había dicho Matteo?

—¿Por eso dejaste el Ejército?

Vio que él hacía un gesto de fastidio aunque la luz era muy tenue.

—Sí. La herida significaba que ya no era un soldado eficiente. Es el procedimiento habitual, no fue nada personal.

–¿Te habrías quedado si hubieses podido?

–Me habría quedado todo el tiempo que me hubiesen admitido. Me encantaba aquella vida.

–¿Te encantaba ir a zonas en guerra?

Él dejó escapar una risa ronca.

–Lo creas o no, sí. El peligro me estimulaba, como a todos. Me encantaba todo lo relacionado con la vida en el Ejército. El mejor día de mi vida fue cuando pasé la selección para entrar en las Fuerzas Especiales. El peor fue cuando me dieron la baja.

Él supo, en cuanto sintió la bala, que era el final de su vida en el Ejército y el final de todo lo que había querido. La bala le había astillado el hueso y había llegado a hablarse de amputación.

Los interminables meses de rehabilitación, cuando sudaba la gota gorda para andar un poco y tenía que sobrellevar el dolor de la herida y la oscuridad de lo que había perdido, le habían recordado que estaba hecho para estar solo.

Cuando no había nadie más, el único dolor que podía temer era el físico y se había demostrado que podía soportarlo. El dolor físico lo sobrellevaba con firmeza, dolía pero no le dejaba desolado y vacío por dentro.

Francesca, por una vez, se quedó en silencio. Aunque sabía que no duraría mucho y acertó.

–¿Por eso entraste en el sector de la seguridad? ¿Para seguir sintiendo la descarga de adrenalina?

–El mundo está lleno de peligros, pero hay gente que sigue teniendo que ir a esas zonas peligrosas. Yo sabía que podía darles la protección que necesitaban y que había otros muchos soldados que podían servir para esas misiones.

Sin embargo, no Sergio. La primera bala que lo alcanzó lo hizo directamente en el corazón.

–¿Recibes la misma satisfacción que en el Ejército?

–Es una satisfacción distinta.

Aunque había puesto toda su energía, jamás se habría imaginado el éxito de su empresa. Tenía más dinero del que podría gastarse aunque viviese mil años y estaba en la lista de contactos de las personas más poderosas del mundo, pero sabía que si pudiera volver al Ejército a cambio de todas sus riquezas, se desprendería de sus bienes materiales sin pensárselo un segundo.

–¿Nunca echas de menos una vida normal? –susurró ella en el silencio.

–¿A qué llamas una vida normal?

–Una que no sea completamente nómada

–No.

Mientras lo negaba, su cabeza, por primera vez en su vida, se planteó vagamente la posibilidad de tener un hogar con una belleza de pelo negro...

Dejó a un lado esa idea. No estaba hecho para llevar una vida normal y rutinaria.

–Basta de charla. Empezaremos temprano. Duerme un poco.

–Pero...

–Lo digo en serio. Se acabó la conversación.

Sin embargo, sabía que tenía muy pocas posibilidades de dormir cuando sabía con certeza que Francesca estaba desnuda debajo de esa camiseta enorme.

Cerró los ojos con la esperanza de que su cabeza no pensara en ella desnuda.

Era una tortura. Anhelaba meterse en la cama con ella. Sin embargo, repasó los motivos para que tuviera que quedarse donde estaba.

Primero: era su cliente.

Segundo: estaba desconsolada...

–No son ni las diez y no estoy cansada. Nunca me acuesto tan pronto.

El mero sonido de su voz hacía que se le tensaran las entrañas.

–Lee un libro –replicó él con los dientes apretados.

Se hizo el silencio otra vez, pero él pudo notar que cambiaba el ambiente, que ella cambiaba de estado de ánimo.

–Lee un libro, basta de charla, duérmete –ella lo imitó de repente–. Das un paso adelante y dos atrás, ¿no? Te abres a mí y me hablas como una persona y normal y acto seguido te comportas como si quisieras olvidarte de mi existencia. ¿Tratas así a todos tus clientes?

Él dominó un gruñido por el dolor que pudo captar en su voz.

–¿Cómo?

–Como si fueran un fastidio que hay que soportar. Algunas veces me parece que hasta te caigo mal.

Felipe volvió a apretar los dientes. ¿Qué quería que dijera? Caerle bien no tenía nada que ver con lo que sentía por ella.

–Con los otros clientes es distinto.

Nunca le había costado mantener una distancia profesional. Nunca había querido arrancarles la ropa.

–Entonces, ¿es verdad! –ella, rápida como una centella, se destapó y se levantó de la cama–. Te caigo mal. Creía que lo que te espantaba era la atracción entre nosotros. –Francesca fue al vestidor y encendió la luz con un manotazo–. No me había dado cuenta de que te caigo mal.

–No...

Se quedó mudo cuando ella se quitó la camiseta. Podía verla claramente a pesar de la distancia, desde los abundantes pechos con aréolas oscuras hasta el suave vello entre las piernas.

Era celestial, una muestra del paraíso en un maravilloso envoltorio femenino.

Entonces, ella agarró el vestido que había llevado antes y él entendió lo que estaba haciendo. Se levantó de un salto y le tapó la puerta del vestidor.

–¿Adónde crees que vas?

–A beber algo. A donde sea, pero lejos de ti.

Lo miró con los ojos como ascuas y todo el cuerpo vibrando por la rabia, pero él, por mucho que lo intentara, no podía evitar que sus ojos la devoraran, desnuda ante él, sin el más mínimo bochorno y dominada por la furia.

Entonces, levantó la barbilla y se puso el vestido por encima de la cabeza. Las tentadoras curvas desaparecieron mientras se alisaba el vestido y se soltaba el pelo. Le cayó por la espalda y él no pudo evitar imaginarse lo que sentiría si ese pelo cayera sobre él con toda su suavidad gloriosa.

–Apártate –dijo ella con frialdad.

–No.

Lentamente, sin dejar de mirarlo con rabia, se acercó a él. Cuando estuvo tan cerca que pudo olerla, ella levantó las muñecas y se las ofreció.

–Si piensas tratarme como a una prisionera, será mejor que me ates porque solo así vas a evitar que salga de esta habitación.

Una descarga eléctrica saltó entre ellos. Fue tan real que Felipe creyó oír el chasquido. También sintió una oleada ardiente por dentro y el corazón acelerado...

Sus manos se levantaron como si tuviesen voluntad propia y estiró los dedos hacia ella. Sintió un arrebató de deseo tan intenso que tuvo que clavar los pies en el suelo para no tomarla en

brazos.

–No vas a salir de la suite –replicó él con la voz ronca.

–No voy a quedarme con alguien que ni me mira y que se molesta cada vez que abro la boca.

Sin saber cómo, le tomó las delicadas muñecas entre los dedos y tiró de ella hasta que tuvo sus pechos aplastados contra el pecho.

–No me caes mal –él la miró a los ojos y a los labios que suplicaban que los besaran–. ¿No lo notas?

Se miraron durante un rato, hasta que la rabia que brillaba en sus ojos fue dejando paso a otro brillo que lo alcanzó directamente en las entrañas.

Francesca miró con impotencia al hombre que la agarraba de las muñecas con tanta fuerza que nunca podría soltarse, pero que, sin embargo, no le hacía el más mínimo daño.

La humillación que había caído sobre ella como una ducha de agua fría al darse cuenta de que había anhelado a un hombre que no la soportaba se desvaneció a medida que se empapaba con la calidez de él, con la sensación de estar pegada a ese hombre que su cuerpo anhelaba.

No apreció conscientemente el cambio en él, cómo la furia se convirtió en algo como lava ardiente, cómo él respiraba con más fuerza sin dejar de mirarla...

–No puedo dejar de excitarme cada vez que oigo tu voz –siguió él en voz baja–. No puedo dejar de querer besarte cada vez que te miro. No puedo dejar de querer poseerte cada vez que te huelo. Es una tortura desearte así.

–Entonces, deja de resistirte –susurró ella.

Más tarde, no se acordaría del momento en que los labios de él se fundieron con los de ella. Era como si, de repente, se hubiese desatado una bestia que vivía dentro de ellos. El beso de él y la respuesta de ella no tuvieron nada de delicado. Le explotaron todas las terminaciones nerviosas y se abalanzó sobre él. Felipe le rodeó la cintura con las manos y ella le rodeó el cuello con los brazos, se besaron como si se necesitasen para respirar, con los labios separados y devorándose el uno al otro.

Introdujo los dedos entre su pelo, lo besaba y lo mordisqueaba, todos sus sentidos se desbordaban con su olor y daba rienda suelta a toda la voracidad que había sentido por él. Notaba su erección, dura y enorme, contra el abdomen y sus manos le recorrían todo el cuerpo. La evidencia de su deseo le daba vértigo y aumentaba el de ella. El deseo que había sentido durante el toqueo inducido por el alcohol, y que había llegado más lejos de lo que los dos habían esperado, había sido como un sueño carnal, pero eso... sobria... lo sentía todo maravillosamente, era vertiginosamente intenso y apremiante, su cuerpo solo anhelaba la posesión completa.

Dejó de besarla para agarrarla de la cintura y levantarla como un bailarín la levantaría a su pareja. El pelo le cayó sobre sus hombros y giró la cara para aspirar su olor.

–Dios, te deseo... –murmuró él con la voz entrecortada.

La sentó en el borde de la cama, la tumbó de espaldas y se puso encima de ella, la aplastó con el corazón tan alterado que ella pudo notarlo sobre su corazón desbocado. Los labios se entrelazaron en otro beso voraz y él le subió la mano por el muslo para levantarle el vestido hasta la cintura.

Ella, que necesitaba acariciarlo, bajó los dedos por su espalda y se deleitó con la suavidad de su piel y con los músculos que se contraían cuando los tocaba. Luego, siguió hasta el trasero, le agarró la cinturilla de los calzoncillos y tiró de ellos. Felipe le tomó la mano y los dos bajaron a lo largo de las caderas hasta que la erección quedó libre.

Abrió los ojos como platos al sentir la potencia de su excitación en el interior del muslo, y una

palpitación le recorrió todo el cuerpo al saber que era por ella. Su propia excitación le había derretido esa zona que él estaba a punto de poseer.

Jamás había soñado que fuese capaz de esa carnalidad desinhibida, que su carne pudiera sentir como si fuera un ser vivo, que el deseo pudiera palpitar como si fuera un tambor y sintiera el ritmo en cada poro.

Eso... Eso...

Levantó las piernas por instinto y rodeó la cintura de Felipe para apremiarlo, hablando con su cuerpo un idioma que no había aprendido.

La punta de su erección encontró el punto donde tenía que estar sin que ninguno de los dos la guiara y entró con una acometida.

Fue tan rápido que su cerebro tardó un instante en percibir el dolor. Entonces, el resoplido de alivio que había dejado escapar se convirtió en un resoplido de impresión.

Felipe se quedó helado.

El deseo embriagador se desinfló como un globo pinchado y, con espanto, miró el rostro pálido de Francesca.

No era posible...

Oía sirenas y campanadas en la cabeza.

No era posible...

Salió de ella con todo el cuidado que pudo, puso los pies en el suelo, se agarró la nuca y se clavó los dedos ahí. Los latidos del corazón estaban desacompañados.

Ella no se movió.

Se sentó en el borde de la cama y miró la moqueta durante un rato, mientras ella seguía tumbada en la cama mirando el techo sin decir nada.

Quería vomitar y notó un movimiento a su lado cuando Francesca también se sentó.

Un dedo tembloroso le tocó el hombro.

–Felipe...

Él levantó lentamente la cabeza y vio su reflejo en el espejo de la pared. Creyó que no volvería a reconocerse nunca más.

Capítulo 10

Cuando consiguió respirar, se levantó y se subió los calzoncillos. Luego, se dio la vuelta para mirar a la figura encorvada que estaba en medio de la cama. Todavía llevaba el vestido puesto.

Francesca tenía los ojos muy abiertos y él captó un brillo desafiante y desdichado a la vez.

Suspiró, volvió a sentarse en el borde de la cama y se tapó la cara con las manos.

–Deberías habérmelo dicho –comentó él con una voz baja pero firme.

–Si te lo hubiese dicho, habrías parado.

–¡Claro que habría parado! –exclamó él mientras se acordaba de otra cosa que le ponía los pelos de punta–. Ni siquiera teníamos protección.

–Tomo la píldora –murmuró ella.

–¿De verdad? –le preguntó él–. ¿No estás diciéndolo por decirlo?

–No –ella sacudió la cabeza–. Tenía muchos dolores todos los meses y la píldora los alivia.

–Francesca... –él levantó la cabeza y la miró a los ojos–. ¿En qué estabas pensando?

Ella no contestó.

–¿Querías que me odiara a mí mismo?

Ella negó con la cabeza y parpadeó varias veces. Si lloraba, no podría soportarlo. ¿Cómo era posible que fuese virgen?

–Por amor de Dios, di algo, dime qué hay en esa cabeza.

–Creía que querías que me callara –susurró ella con una sonrisa abatida.

Él cerró los puños y juró con todas sus fuerzas. Ella cerró los ojos todo lo que pudo. Felipe intentó suavizar el tono.

–Francesca, por favor, dime por qué no te pareció oportuno informarme de que eras virgen. ¿No entiendes cuánto me aborrezco por lo que ha pasado? Ya me habría despreciado bastante, pero descubrir que...

Levantó las manos con desesperación. Siempre había tratado con mujeres experimentadas que no esperaban nada de él. ¿Acaso Francesca, al entregarle su virginidad, esperaba algo más?

–¿Por qué no me paraste los pies? –añadió él.

–Porque quería que sucediera –contestó ella en una voz tan baja que a él le costó oírla.

–¿Por qué? Nunca habrá nada entre nosotros, ¿no lo entiendes? Tú y yo no podremos llegar a nada ni cuando esto termine y dejes de ser mi cliente.

–¿Por qué? ¿Soy demasiado joven para ti? –preguntó ella con la voz temblorosa–. Tengo veintitrés años, no trece. Soy lo bastante mayor para casarme, votar, conducir, trabajar, cometer errores y para saber lo que puedo esperarme.

–¡No! –él levantó la voz cuando perdió los estribos–. No quiero tener relaciones sentimentales, ya te lo dije. Eras una virgen de veintitrés años por algún motivo, y supongo que es porque estás

esperando al hombre adecuado para casarte. ¡Yo nunca podré ser ese hombre!

–¡Y yo no quiero que seas ese hombre! –gritó también Francesca–. Deja de sacar conclusiones sobre mí. No estaba... reservándome. ¿No me has escuchado? Te he dicho muchas veces que voy a tardar años en sentar la cabeza, hasta que tenga mi despacho de abogados. Primero quiero asentarme en mi profesión, gracias, y cuando decida casarme será con alguien que pueda tratarme como a una igual, y tú no eres ese hombre.

–Entonces, ¿por qué? –él se agarró la nuca y respiró con fuerza–. Por favor, explícamelo para que no me pase el resto de mi vida odiándome por haberme aprovechado de tu vulnerabilidad... y no me digas que no eres vulnerable. Hace unos días enterraste a un hermano al que adorabas y eso te afecta aunque no te des cuenta en el momento.

Ella se pasó las manos por la cara e intentó dominar los temblores del cuerpo. Cuando se había imaginado a los dos juntos, y creía que no había pensado en otra cosa durante los últimos días, había dado por supuesto, ingenuamente, que él no se daría cuenta de que era virgen y que ella podría disimular el dolor porque todo el mundo decía que solo duraba un momento.

Había sabido perfectamente que, si él se enteraba de que era virgen, ensancharía la barrera que ya había levantado entre los dos... y ver su espanto y cómo se aborrecía a sí mismo por lo que habían hecho hacía que se sintiera más desdichada y abochornada consigo misma que lo que se había imaginado que podría sentirse.

¿Tan espantoso había sido que no hubiese dicho que era virgen? Era su cuerpo. ¿Acaso no era libre de hacer lo que quisiera con él?

Se hizo el silencio mientras ella ordenaba las ideas e intentaba controlar las lágrimas que estaban esperando a derramarse.

–Sé que la muerte de Pietro me ha afectado –susurró Francesca–. Ha hecho que viera lo corta que puede ser la vida. Podría contraer una enfermedad mortal, podría atropellarme un coche o podría ser víctima de un desastre natural. Todos los días muere alguien. Tú has estado por las calles de Caballeros conmigo y has luchado en batallas, deberías saber lo frágil que es la vida –una lágrima le rodó por la mejilla y se la secó antes de seguir–. No pretendo ser morbosa. Intento que entiendas cómo eran las cosas antes de que Pietro muriera. Sabía, desde que tenía uso de razón, que no heredaría nada y recuerdo que mi madre me acariciaba el pelo cuando tenía siete años y me decía que era muy guapa, que tenía mucha suerte porque podría elegir un marido rico y vivir siempre rodeada de lujos. En teoría, mi belleza y el nombre de mi familia me bastarían para tener un gran porvenir, pero me acuerdo de que me daban náuseas solo de pensarlo. Daniele tampoco iba a heredar, pero se ganaría muy bien la vida. Entonces, ¿por qué iba a ser distinto en mi caso? ¿Solo por ser chica? ¿Por qué iba a depender mi porvenir de la buena fe de un hombre al que no había conocido siquiera? ¿Por qué iba a tener que rogar que me dieran el dinero que necesitaba para comprarme ropa cuando podía ganarlo y llevar las riendas de mi vida? Creo que en ese momento decidí tomar mi propio camino y que también podía hacer todo lo que hicieran mis hermanos, y hacerlo mejor. Me he pasado toda la vida trabajando para conseguirlo, pero no he vivido recluida. He salido de noche y me he divertido, pero no he tenido... relaciones. Veía a mis amigas con sus novios y veía que sus relaciones les consumían, y yo sabía que no podía permitirme esa distracción.

Felipe no dijo nada, se limitó a escucharla con los ojos entrecerrados. Ella lo miró a los ojos e intentó sonreír, pero se secó otra lágrima.

–Hasta hace once días, nunca había tenido la sensación de que todo podía acabar en cualquier momento. La muerte de mi padre fue terrible, pero ya tenía setenta y tantos años y había estado

enfermo durante mucho tiempo. Pietro solo tenía treinta y cinco años y estaba en plena forma. Acababa de casarse y tenía todo un porvenir por delante, hasta que se lo arrebató algo tan inocuo como la niebla. ¡La niebla!

Le daban ganas de reírse por lo disparatado y despiadado que había sido aquello. Había sido demoledor ver cómo se desvanecía su padre poco a poco, pero había conservado las facultades y el sentido del humor hasta el final. Habían tenido tiempo para prepararse. Sin embargo, nada había podido prepararlos para la muerte de Pietro.

–Todas esas personas que han muerto en el huracán de Caballeros también tenían porvenires y familias, otra personas que las amaban. Si les ha pasado a Pietro y a ellos, podría pasarme a mí.

Felipe quiso hablar, pero ella levantó una mano para detenerlo.

–Me queden días o décadas de vida, quiero vivirlos para ser lo mejor que pueda, pero también quiero sentirlo. Tú haces que sienta cosas que no había sentido antes. Sentimientos buenos y sentimientos que me asustan, pero sentimientos de verdad –sentimientos que quería conocer porque, si no, podría llegar a no conocerlos–. ¿No lo entiendes?

Él la miró a los ojos antes de agachar bruscamente la cabeza.

–No sé si esos sentimientos se despertaron al darme cuenta de lo impredecible que es la vida o solo fue al catalizador... –ella intentó esbozar una sonrisa–. Mejor dicho, sí lo sé. Si te hubiese conocido en circunstancias distintas, también te habría deseado. Lo que no sé es si hubiese hecho algo. No espero nada de ti ni quiero nada que no sea esto. No creas que te aprovechaste de mí, te entregué mi cuerpo libremente, como tú me entregaste libremente el tuyo –Francesca intentó sonreír otra vez, pero la barbilla le tembló demasiado–. Ya está.

Mientras escuchaba, a Felipe se le iba esfumando la furia que sentía contra Francesca y contra sí mismo. Ella, acurrucada en la cama enorme, parecía tan vulnerable que le dolió el corazón.

Con el pulso alterado, se acercó a ella, le tomó las manos y les dio un beso. Ella intentó esbozar otra sonrisa temblorosa que hizo que a él le doliera más el corazón.

–Te hice daño, ¿verdad? –le preguntó él en voz baja.

Ella arrugó los labios y asintió con la cabeza.

–Fue culpa mía. Si hubieses sabido...

–Si hubieses sabido que era tu primera vez, lo habría hecho despacio, no como un toro en celo.

–Si hubieses sabido que era mi primera vez, no lo habrías hecho de ninguna manera, y por eso no te lo dije –replicó ella haciendo una mueca.

Él se rio y notó cierto alivio en el pecho por el desenfado de ella.

–Tienes razón. He presupuesto muchas cosas sobre ti, cariño –Felipe le acarició la mejilla–. Es consustancial a mi vida. Trabajo con hombres y, en general, también protejo a hombres.

Las mujeres siempre habían estado en la periferia de su vida, hasta su madre, quien había trabajado tanto para darle de comer que él no había podido aprender ninguno de los secretos femeninos. Las mujeres eran un misterio. Se había acostado con muchas, pero no tenía ni idea de cómo funcionaban sus cerebros. Francesca era la que había entendido más.

–Las mujeres siempre me han parecido una especie distinta –reconoció él–. Me creí hasta la última palabra de la descripción que me dio tu familia de ti, que eras un peligro para ti misma, algo que no habría hecho si hubieses sido un hombre.

–Es posible que tuvieran razón –susurró ella.

Él negó con la cabeza porque sabía que ella estaba refiriéndose a su precipitada y entusiasta reacción ante la petición del gobernador de un soborno en efectivo.

–Al principio, estuviste a punto, pero pronto encontraste la fuerza que necesitabas. Lo que

intento decir, con mi torpeza habitual, es que no he sabido mirar más allá de lo que presuponía de ti y que estaba demasiado ocupado resistiéndome a mi atracción hacia ti, que no he visto quién eres de verdad por todo eso.

–¿Cómo me ves ahora?

–Como alguien fuerte. Eres una luchadora, cariño.

Le cayó otra lágrima por la mejilla y él se la secó con el pulgar.

–No tan fuerte en este momento –murmuró ella.

Él se inclinó hacia delante y le tomó la cara entre las manos.

–He visto llorar a hombres más grandes que yo. No tiene nada que ver con la fuerza ni hay que avergonzarse de ello.

Ella suspiró, asintió con la cabeza y se puso muy recta, como si se hubiese repuesto.

–Debería ponerme el camisón.

Las piernas le tambalearon un poco mientras iba al vestidor y cerraba la puerta. Salió un momento después con el camisón puesto, se quedó en la puerta y se pasó un mechón por detrás de la oreja.

–¿Qué pasa ahora?

A él le dolía el corazón de ver su vulnerabilidad y todavía no podía darle la espalda.

–Ahora, cariño, dormiremos un poco.

Se tapó con las sábanas y abrió los brazos. Ella se acercó con indecisión, apagó la luz de la mesilla y se metió en la cama. Él la abrazó en silencio con la cabeza dándole vueltas a todo lo que había pasado... y con las entrañas doloridas por el deseo insatisfecho.

Felipe, en vez de remediarlo, se limitó a acariciarle el pelo y a pasarle los dedos con delicadeza por lo alto de la espalda.

Jamás había abrazado así a una mujer. Siempre había rehuído esa intimidad.

No podía quedarse abrazándola así, pero tampoco podía soltarla todavía.

Esperó a que la respiración de Francesca fuese profunda y serena para soltarla y tumbarse en la cama improvisada que se había hecho en el suelo, para intentar calmar la cabeza y el corazón acelerado y dormir un poco.

Abrió los ojos al oír algo. La suite estaba oscura, todo estaba en silencio, pero algo lo había despertado.

Entonces, volvió a oír el sonido que lo había despertado. Un gemido.

Se levantó y se metió en la cama, donde encontró a Francesca hecha un ovillo y llorando encima de la almohada.

–Cariño...

Le puso una mano en la cabeza y ella se quedó parada, hasta que, un momento después, giró la cara y abrió los ojos.

–Felipe...

Él le apartó el pelo de la cara mojada.

–¿Qué te pasa?

Ella arrugó la cara y las lágrimas le cayeron por las mejillas como un reguero plateado en la oscuridad de las sombras.

–¿Una pesadilla?

Ella asintió bruscamente con la cabeza y él la incorporó un poco para abrazarla con fuerza.

–Sshh... –susurró él dándole un beso en la coronilla–. Ya ha pasado.

Francesca sollozó aferrándose a él como si fuese su tabla salvadora.

–Ya ha pasado –repitió él sintiéndose completamente inútil.

Había abrazado a compañeros cuando sollozaban por la pérdida de otro compañero, pero jamás los había abrazado y había oído cómo se le desgarraba el corazón. Si pudiera, le arrancaría ese terror que se había adueñado de ella y lo enterraría para siempre.

–Ha pasado.

Ella sacudió la cabeza y le rozó la barbilla con el pelo.

–No pasará nunca.

La abrazó hasta que dejó de estremecerse y las lágrimas se secaron.

–Mejorará –susurró él acariciándole el pelo–. Tardará, pero mejorará algún día.

–¿Cómo? –preguntó ella inexpresivamente sobre su pecho.

–Sé lo que es la pérdida. El dolor tiene que aflorar. Has estado tan ocupada durante el día que aflora por la noche.

Ella se quedó un rato en silencio antes de volver a hablar en voz baja.

–No es dolor, es remordimiento.

–¿Remordimiento por Pietro?

Ella asintió con la cabeza.

–¿Por qué sientes remordimiento, cariño? Tú no ibas en el helicóptero con él.

Se hizo otro silencio y cuando replicó por fin, lo hizo en una voz tan baja que le costó oírla con claridad.

–Cuando mi madre me llamó para decirme que había muerto mi hermano, creí que se refería a Daniele. Él siempre viaja en helicóptero. No me di cuenta de que era Pietro hasta que me pidió que la acompañara a decírselo a Natasha.

–¿Por qué sientes remordimiento por eso?

–Porque lo primero que sentí cuando me di cuenta de que era Pietro fue alivio porque no era Daniele.

Francesca esperó su reacción, una condena aunque fuese leve. Él solo la abrazó con más fuerza y le dio un beso en el pelo.

–No se lo he contado a nadie –susurró ella–. Intenté negármelo a mí misma, pero él no deja que lo olvide.

–¿Quién...?

–Pietro. Me persigue en sueños. Sabe lo que siento, sabe la verdad y no va a dejar que me olvide.

–Eso es imposible –replicó él con delicadeza–. Dicen que los sueños son nuestro subconsciente que se dirige a nosotros, y sé que es verdad por experiencia propia. Solo es eso.

–¿Es mi subconsciente culpable que se dirige a mí? –preguntó ella tragándose más lágrimas.

–Sí, pero no tienes que sentirte culpable por nada.

–Tengo que sentirme culpable de muchas cosas.

–¿Deseaste la muerte de Pietro?

–¡No! –le idea era tan atroz que Francesca se soltó de su abrazo y se sentó–. Claro que no. Era mi hermano y lo quería.

–Y él lo sabía –Felipe le tomó una mano y entrelazó los dedos con los de ella–. Él era tu héroe.

Ella sonrió con melancolía y apretó la mano que tenía agarrada.

–Sí, lo quería de verdad, pero nunca estuve tan unido a él como a Daniele. Se marchó a la

universidad cuando yo tenía seis años y solo tengo un recuerdo vago de haber vivido con él. Era un ser mitológico que aparecía de repente con regalos muy bien pensados. Se sentaba conmigo, me hacía preguntas y escuchaba con atención todas mis respuestas. Me animaba en todo lo que hacía y era un hermano mayor fantástico, pero...

—¿Pero?

—Había una distancia, nunca conecté afectivamente con él. Daniele también es mucho mayor que yo, pero era un hermano como Dios manda. Me tomaba el pelo y me torturaba, pero yo también le tomaba el pelo y le torturaba a él. Cuando fui a la universidad, siempre aparecía cuando le apetecía si estaba en Pisa y me sacaba en su coche nuevo o en el último juguete carísimo que se hubiese comprado. Me llevaba de compras, me invitó a mi primera copa legal...

—Él era el divertido —resumió Felipe.

—Sí, eso es, el divertido. No era culpa de Pietro. Lo criaron como al hijo mayor, sabiendo que recibiría el patrimonio familiar y que tenía la responsabilidad de conservarlo para la próxima generación. Era muy serio. Cuando empecé a trabajar en su despacho de abogados, esperé ver otro aspecto de él. Creía que iríamos juntos a comer y que tomaríamos copas después de trabajar.

—¿Lo hicisteis?

—No tuvimos tiempo. Empecé mis prácticas hace unos meses y Pietro no estaba casi nunca, siempre estaba viajando. Me pusieron a las órdenes de uno de los abogados más veteranos.

Francesca suspiró y volvió a tumbarse con la cabeza al lado de la de él. Durante todo aquel tiempo había pensado que por fin llegaría a conocer a su hermano mayor, pero todo se desvaneció en un instante.

—Era difícil llegar a conocer a Pietro —comentó Felipe—. Trabajé muchas veces con él en sus misiones filantrópicas. Era un buen hombre y disfrutaba con él.

—¿Pero?

Él se puso de costado para mirarla. Estaban tan cerca que las narices se tocaban.

—Mantén cierta distancia con la gente. Creo que muy pocas personas lo conocían de verdad.

—Ojalá todo hubiese sido distinto entre nosotros y hubiésemos estado más unidos.

—Lo entiendo. Pietro era un hombre que hacía todo lo que podía con las cartas que le habían dado. Estoy seguro de que su intención no era dejarte al margen.

Francesca lo miró y sintió que se le había aligerado el pecho aunque lo tuviese increíblemente lleno.

—Gracias —susurró ella.

—¿Por qué?

—Por escucharme y no juzgarme.

Él la besó en la punta de la nariz y ella se acordó de lo que había comentado sobre el subconsciente.

—¿Qué era lo que te daba pesadillas a ti?

Francesca captó un destello de dolor en sus ojos. Le dio una palmada en la mejilla y le acarició la barba.

—¿Ocurrió cuando te hirieron? —añadió ella.

—Ese día perdí a mi mejor amigo —él puso una mano encima de la de ella—. Lo vi morir.

—Felipe... —susurró ella con una lástima que sentía en el centro del pecho.

—Las Fuerzas Especiales hacen muchas misiones consideradas secretas. Solo puedo decir que una guerrilla de un país del norte de África tomó como rehenes a un grupo de ejecutivos españoles. Mi unidad acudió a rescatarlos. Nuestro servicio de inteligencia no acertó del todo.

Nos dijeron que había tres secuestradores, pero había ocho. Fue una carnicería. Perdimos a diez de los rehenes y a tres de mis hombres. Sergio fue el primero. Llevábamos juntos desde el período de instrucción, cuando teníamos dieciocho años. Nos presentamos juntos a las Fuerzas Especiales, éramos como hermanos. Fui testigo en su boda y padrino de su hijo. Ese día lo perdí todo, mi hermano, mi familia militar y la profesión que amaba.

Francesca, con el corazón en la boca, lo miró a los ojos y deseó de todo corazón poder encontrar las palabras para aliviarle el dolor. No le extrañó que entendiera tan bien el dolor de ella. Tenía que llevar diez años luchando contra sus propias pesadillas.

De repente, entendió perfectamente que quisiera protegerla tanto y tener previstas todas y cada una de las eventualidades. Entendió incluso la empresa que había creado para proteger a civiles sin dejar nada al azar. Se apostaría cualquier cosa a que nunca habían secuestrado a uno de sus clientes.

También entendió su soledad. Era un hombre que había pasado solo la infancia, que se había sentido integrado en el Ejército y al que le habían arrebatado todo en una misión catastrófica. Esa vez fue ella quien lo rodeó con los brazos y lo abrazó hasta que él apoyó la cabeza entre su cuello y el hombro y le rascó la clavícula con la barba. Se tragó el nudo que tenía en la garganta, cerró los ojos e intentó asimilar cómo había cambiado todo.

Esa unión que sentía con Felipe en ese momento...

¿El sexo llevaba siempre a esa intimidad afectiva?

¿Cómo era posible que los hombres pudieran tener tan fácilmente aventuras intrascendentes?

¿Cómo podían ir de cama en cama Daniele y Matteo sin importarles lo más mínimo?

Ella había dado por supuesto que podría hacer lo mismo, pero lo que había pasado esa noche entre Felipe y ella iba mucho más allá del sexo.

Tenía la cabeza tan llena que le costó dormirse, pero no soñó nada cuando lo consiguió.

Capítulo 11

Por la mañana, cuando Francesca se despertó, se encontró la cama vacía y oyó el sonido de la ducha. Miró el reloj y vio que eran las siete. La noche más larga de su vida había pasado muy deprisa.

Cuando Felipe salió del cuarto de baño vestido con un traje azul marino y corbata, no entendía que pudiera mantener tan impecables los trajes, ella sintió una timidez muy rara.

–¿Qué tal te sientes? –le preguntó él mirándola con esa mirada penetrante que hacía que el corazón le diera un vuelco.

–Podría dormir todo el día.

–Puedes dormir en el avión. Vamos con retraso y también tendrás que desayunar en el avión. No quiero meterte prisa, pero tenemos que estar en el aeropuerto dentro de una hora.

–Me pondré en marcha.

Se levantó de la cama, pasó a su lado y se encerró en el cuarto de baño. Se miró en el espejo y esperó ver el reflejo de una cara distinta. Se sentía distinta, como si su mundo hubiese cambiado.

Todo lo que había pasado esa noche, incluida la pesadilla, le parecía como un sueño. Felipe la había encontrado en su momento más bajo y la había sacado de allí. La había escuchado sin juzgarla, la había abrazado y la había consolado. Luego, le había contado la parte más oculta de sí mismo, le había confiado eso.

No podía describir lo que significaba, pero sí sabía que lo significaba todo.

El corazón le latió sin orden ni concierto y eso no podía ser bueno. Era malo, muy malo.

Se frotó la cabeza con champú y se la rascó con las uñas. No podía estar enamorándose de él, era imposible, hacía solo cinco días que lo conocía.

Eso la tranquilizó.

Respiró algo mejor, se echó acondicionador en la mano y se lo extendió por el pelo.

Eso era el dolor... Felipe le había dicho muchas veces que el dolor hacía que fuese vulnerable y en ese momento entendía lo que había querido decir.

El deseo mezclado con el cariño de él y los secretos compartidos estaban nublándole los sentimientos. Estaba segura de que si lo hubiese conocido en otras circunstancias también lo habría deseado, pero sus sentimientos no serían tan extremos. No se sentiría como si estuviese en el borde de un precipicio y estuviera esperando a caer en unas profundidades aterradoras y desconocidas.

El dolor, la situación en la que se encontraban... Todo se había aliado para que sintiera cosas que no eran verdad.

No estaba enamorándose de él.

Seguía repitiéndose eso cuando salió del cuarto de baño para entrar apresuradamente en el

vestidor, y seguía repitiéndoselo cuando estaba vestida, había metido todo en la maleta y fue con él.

Todavía estaba repitiéndoselo cuando él le dirigió esa sonrisa que le derritió las entrañas.

–Mis hombres están en sus posiciones –le comunicó él.

Era el momento de marcharse.

Francesca miró el avión blanco que los esperaba a lo lejos.

–Creía que íbamos a ir en el avión de Pietro.

–No podía llegar hasta esta tarde y he pedido uno de los míos.

–Siempre he querido viajar en avión privado y ahora tengo dos distintos en una semana. Estáis malcriándome.

–¿No viajabas en el avión de la familia cuando eras pequeña?

–¿Qué avión de la familia? Había una fortuna familiar enorme, suficiente para darnos una educación privada y que conociéramos el mundo, pero mantener el castillo cuesta una fortuna y...

–¿Tu familia tiene un castillo? –preguntó él con sorpresa.

–Está en medio de la finca familiar. Creía que lo sabías.

–Pietro no me lo contó.

–Creo que no le gustaba mucho. Pasábamos allí las vacaciones de verano, pero no vivíamos. Tenía demasiadas corrientes de aire según mi madre. Ahora se alquila para actos de empresas y a buscadores de fantasmas.

–¿Buscadores de fantasmas?

–Se dice que está encantado.

–¿Has visto algún fantasma?

–No, y los he buscado por todos lados.

Felipe se rio.

–Una vez, cuando yo tenía unos ocho años, Daniele se escondió detrás de una tumba del cementerio y se abalanzó sobre mí fingiendo que era una fantasma.

–Él tendría dieciocho...

–Sí, era muy maduro para su edad.

Él se rio con más fuerza todavía y sacudió la cabeza.

–¿Tu familia tiene un cementerio propio? Es algo poco corriente, ¿no?

–Y una capilla. También tenía su propio sacerdote hasta hace cincuenta años. Toda la familia de mi padre, desde el siglo xv, está enterrada allí –ella intentó esbozar una sonrisa, pero se había quedado sin ganas de sonreír–. Enterramos a Pietro al lado de mi padre. Supongo que Daniele y yo también acabaremos ahí algún día.

–Es un mundo muy distinto al mío –comentó Felipe pensando en la parcela del cementerio de Alicante que había comprado para enterrar a su padre–. No puedo remontarme a más de cuatro generaciones de mi familia.

–¿Lo has investigado? –le preguntó ella con un brillo de curiosidad en los ojos.

–Mi madre lo investigó el año pasado, pero no encontró nada emocionante y lo dejó.

–Siempre puedes encontrar algo emocionante en el pasado –insistió ella–, pero los problemas empiezan cuando alguien vive en el pasado. Tenemos que respetar el pasado y mirar hacia el futuro. Si no, todo se queda estancado.

–¿Lo dice la voz de la experiencia?

–Si mi familia, durante generaciones, hubiese pensado en mantener el castillo en vez de cerrar las habitaciones que se hacían inhabitables, no estaría como está ahora –Francesca se encogió de hombros con una sonrisa maliciosa–. Aunque ahora será asunto de Daniele si Natasha no está embarazada. Que se ocupe él.

–¿Pietro no hizo nada?

–Llevó albañiles y artesanos de la zona para que arreglaran un ala, la parte que se alquila, pero... –ella suspiró– pero no pudo seguir adelante.

El coche se detuvo delante del avión. Ella se paró cuando entraron en la cabina y asintió con la cabeza.

–Es precioso.

Eso, su avión favorito, era lo más parecido que tenía a una casa. Tenía dormitorio, cuarto de baño completo, comedor y un despacho. Había decidido, hacía mucho tiempo, que como estaba siempre viajando de un país a otro, podía hacerlo cómoda y elegantemente.

Tomaron asiento a los lados de una mesa de caoba y cinco minutos después estaban volando.

–Por cierto, ¿no nos acompañan James y Seb?

Francesca miró por la ventanilla como si esperara verlos volando con unos reactores en la espalda.

–Se han quedado a Aguadilla con los demás hombres para preparar nuestro regreso.

–¿Qué hay que preparar?

–Solo el pequeño detalle de ocuparse de que cuatrocientos mil dólares y tú entren y salgan de Caballeros sin que les pase nada.

–Ah, eso.

¡Eso! Como si su seguridad no significase nada para ella cuando lo significaba todo para él.

–¿No vas a preguntarme nada sobre los detalles?

Ella se encogió de hombros con una despreocupación absoluta, pero con los ojos cansados.

–Felipe, estoy completamente segura de que tienes previstas todas las contingencias. No necesito saber los detalles. Dime qué tengo que hacer y cuándo y yo lo haré.

Felipe sintió una oleada de calidez, como si le hirviera toda la sangre. Todos los días de la semana había alguien que le dejaba su vida en sus manos, pero la confianza absoluta de Francesca significaba más para él que la confianza de todas esas personas juntas.

Había perdido la cuenta de las veces que se había jugado la vida durante los últimos dieciocho años, pero lo había aceptado desde el principio como parte de su trabajo. Sin embargo, por primera vez, estaría encantado, no solo dispuesto, de dejarse la vida si así evitaba que le pasara algo a alguien, a ella, a Francesca. Podrían acribillarle las piernas a balazos si eso evitaba que ella resultara herida.

Entonces, ella esbozó la más soñadora de las sonrisas.

–Puedes ponerme al tanto de lo que sea importante mientras me proteges en Pisa.

–¿Que te proteja en Pisa? –preguntó él arqueando una ceja.

–Claro. Esos hombres que han estado siguiéndome podrían ir hasta Italia para buscarme. No me dejarías a mi suerte, ¿verdad?

Hasta Felipe, que veía peligros por todos lados, tuvo que reírse por lo absurda que era esa idea, pero la sangre se le espesó como si fuese melaza.

Él había pensado volar a su sede central en Londres después de haber repostado en Pisa, pero...

¿Iba a desperdiciar la oportunidad de pasar un tiempo tranquilo con esa mujer cautivadora y

lejos de los peligros de Caballeros?

Ya le daba igual que hubiese infringido las reglas y hubiese cedido al deseo.

Se había despertado con la pierna de ella por encima del muslo y su cuerpo pegado al de él... y con una erección enorme. Había tenido que arrastrarse fuera de la cama cuando había querido tumbarla de espaldas y hacerle el amor con la delicadeza que había faltado la otra vez, antes de que se enterara de que era virgen.

Sin embargo, su prioridad era llevarla a su casa sana y salva. Hacer el amor, si volvía a hacer el amor con ella, tendría que esperar hasta que tuvieran el tiempo y la tranquilidad para hacerlo como deberían haberlo hecho la primera vez.

Se habían contado intimidades que iban más allá de sus cuerpos, que también deberían haberlo disuadido de hacer el amor con ella.

Cuando era más joven, había pensado que sentaría la cabeza cuando saliera del Ejército, pero, después de la muerte de Sergio y de que le dieran la baja, solo había podido imaginarse una vida solo. Había aprendido a valerse solo cuando era niño y a conformarse con esa soledad. Para él, era lo normal. Lo había entendido durante aquellos días largos y sombríos en los que luchaba para volver a andar.

Sin embargo, Francesca tampoco estaba buscando algo serio. Ninguno de los dos quería una relación propiamente dicha y él ya había infringido su propia regla...

En Pisa no estaría protegiéndola, serían dos adultos que disfrutaban el uno del otro durante un breve paréntesis en sus vidas.

Todo se resumía en algo muy sencillo. No quería que la noche anterior fuese su única noche juntos.

–Podría enseñarte el castillo si quieres... –siguió ella tentadoramente.

–Eso ya es una oferta que no puedo rechazar.

–Y, naturalmente, obedeceré todas y cada una de tus órdenes.

–¿Todas y cada una de mis órdenes?

Francesca se tapó la boca y bostezó. Los ojos estaban cerrándosele. Estaba guapa hasta con ojeras.

La palpitación que sentía en las entrañas lo tentaba a llevarla a su dormitorio, pero apareció un tripulante con la bandeja con café que había pedido y, cuando se marchó, ella estaba profundamente dormida.

El corazón se le salía del pecho mientras llevaba a Felipe al ascensor que subía a su piso. Él se había empeñado en llevarle el equipaje, además de su bolsa de lona.

Todavía no podía creerse que hubiese tenido el valor de invitarlo a que se quedara con ella. Había reunido ese valor por el deseo y el cariño que había visto en sus ojos mientras el avión se elevaba entre las nubes.

Los dos sabían que era solo hasta que volvieran a Caballeros, no hacía falta decirlo en voz alta. Ninguno de los dos quería algo serio o duradero.

Sin embargo, una vez allí, el valor iba abandonándola. Jamás había invitado a un hombre a su casa, salvo que fuese un familiar. Abrió la puerta principal y tomó aire.

–¿Quieres un café?

Él estaba mirando alrededor con un interés evidente.

–Estaría bien, gracias.

Lo llevó a la cocina mientras daba gracias a Dios porque el sitio estaba bastante ordenado.

–Me temo que no tengo leche.

–Me gusta solo.

–Dame un minuto para que llame a mi madre y le diga que he vuelto.

Afortunadamente, el teléfono de su madre estaba desconectado y tuvo que dejar un mensaje para decirle que había llegado bien a casa. Dejó el teléfono en la isla de la cocina y tragó saliva. La presencia de Felipe hacía que el espacio se encogiera, aunque era muy grande.

–Es muy bonito –comentó él–, y mucho más grande de lo que parece desde fuera.

–Gracias.

Francesca llenó de agua una cafetera e intentó controlar el temblor de las manos. Eran unos movimientos torpes y forzados, como si se hubiese olvidado de usar las extremidades.

–No tengo ningún mérito –siguió ella–. Es de Daniele y yo se lo he alquilado, con un pequeño descuento –añadió ella con una sonrisa fugaz.

–¿Qué ha sido de tu independencia? –preguntó él en broma.

–Soy independiente, no estúpida.

Francesca intentó mantener un tono despreocupado, pero le costaba mucho cuando tenía presente que estaba sola con Felipe en su casa. La emoción le estremecía todo el cuerpo, pero los nervios no se quedaban atrás.

–Daniele tiene muchos pisos. Si quiere alquilarle uno a buen precio a su hermana pequeña mientras ella termina los estudios, la hermana pequeña tendría que ser tonta para negarse. Vine aquí cuando empecé la universidad.

–¿Estudiaste Derecho en Pisa?

Ella asintió con la cabeza y abrió la nevera.

–Por cierto, no tengo leche... Ya te lo había dicho, ¿verdad?

Notó que le abrasaban las mejillas por haber parecido una necia balbuciente.

Él se acercó, cerró la nevera y la atrapó contra la puerta. Le tomó las caderas con las manos grandes y cálidas, le hundió los dedos en la carne y su olor especiado hizo que se le aguzaran los sentidos.

–Tranquila, cariño –murmuró él mirándola–. No voy a morderte.

Entonces, la besó con una avidez tan embriagadora que se sintió mareada cuando la soltó.

–¿Mejor? –preguntó él con una sonrisa.

–No –contestó ella con atrevimiento.

Felipe dejó escapar un sonido que fue una mezcla de risa y gruñido y volvió a besarla, y el suspiro de ella le alivió la opresión que había estado sintiendo en el pecho desde que se despertó. Cuando ella le devolvió el beso con esa pasión que solo podía ser de Francesca, una sensación que no había sentido nunca le llenó el corazón.

¿Cómo había podido llegar a considerarse capaz de resistirse a ella?

Francesca Pellegrini era una mujer como ninguna, una mezcla embriagadora de fuerza y vulnerabilidad que protegería aunque le costara la vida.

Dejó de besarla, le tomó la cara entre las manos y la miró a los ojos. Los ojos marrón claro dejaron escapar un destello mientras ella le tomaba las manos con fuerza, retrocedió sin dejar de mirarlo y lo llevó al dormitorio a través de la sala.

Las persianas estaba cerradas y solo entraban algunos rayos de sol entre las tablillas, pero él no se fijó en nada más mientras ella lo llevaba a una cama grande con almohadones y se tumbaba de espaldas.

Él, tan deprisa que no supo cómo lo hizo, se puso encima, le sujetó la cara entre las manos y se empapó de toda la belleza que tenía debajo. Luego, la besó despacio, deleitándose con la suavidad de sus labios, absorbiendo la dulzura de su sabor y del perfume de jazmín.

Cuando se apartó para volver a mirarla, ella sonrió y le acarició la barba incipiente antes de incorporarse un poco para besarlo. Luego, bajó las manos de la cara al cuello y el borde de la camisa. Sus dedos le tomaron los botones con tanta torpeza que no pudo creerse que la primera vez no se diera cuenta de su falta de experiencia.

La agarró de la cintura y la elevó un poco hasta que se quedaron cara a cara.

No dijeron nada.

No había nada que decir. Todo lo que ella quería decir se reflejaba en sus ojos y, a juzgar por su expresión, ella estaba interpretando la mirada de él como él interpretaba la de ella.

Él le tomó una mano y se la llevó al pecho. ¿Alguna vez le había latido el corazón con tanta fuerza?

Ella, indecisa pero con más confianza, le desabotonó la camisa hasta que la abrió del todo y pudo quitársela. Con las pupilas dilatadas, le dio un beso en la base del cuello y se rozó la mejilla contra la piel. Sus delicadas manos le acariciaron el pecho como si lo exploraran. Él cerró los ojos cuando la sangre se le convirtió en lava. La respiración se le entrecortó cuando ella bajó las manos por el abdomen y las paró en la cinturilla de los pantalones.

Lo besó en los hombros mientras le buscaba el botón del pantalón con un titubeo mínimo.

La noche anterior la había tomado con un deseo repleto de una rabia enloquecedora. En ese momento, el deseo era tan ardiente como entonces, pero no había nada más que pusiera en peligro la avidez que lo abrasaba por dentro. Estaban ellos dos solos y la atracción que habían sentido desde la primera vez que se vieron.

Se estiró un poco para que pudiera bajarle la cremallera con comodidad y ella se la bajó con las mejillas sonrojadas. Francesca tragó saliva antes de bajarle los pantalones con los calzoncillos, y abrió los ojos como platos cuando la erección quedó libre.

—¿Puedo... acariciarla?

Jamás había estado con una mujer que lo mirara, de arriba abajo, con un deseo tan descarado. Sin embargo, también había timidez y la mezcla era embriagadora.

Él le acarició el pelo como había soñado hacerlo desde lo que le parecía toda una vida.

—Puedes acariciarla y hacerme lo que quieras.

Ella estaba segura de que él podía oír los latidos de su corazón. Ella los oía retumbar en sus oídos con un ritmo casi doloroso.

Todo era muy distinto esa vez.

El día anterior había estado tan furiosa y dolida que le había dado igual estar desnuda delante de él.

En ese momento, se sentía como la virgen que había sido. No podía creerse que estuviera allí y que eso estuviese pasando.

Tomó aliento, se incorporó para arrodillarse también y se quitó el vestido por encima de la cabeza. Lo tiró al suelo, se quitó el sujetador y, con las manos temblorosas, se bajó las bragas. Se alegró de haberse olvidado de abrir las persianas cuando se marchó del piso. Podía verlo claramente y él podía verla, pero en una penumbra que lo suavizaba todo, que le daba un aire romántico.

Se tragó el miedo y se obligó a mirarlo a los ojos, y supo que toda su vida recordaría el deseo que se reflejaba en ellos.

Felipe se quitó del todo los pantalones y la ropa interior y volvió a arrodillarse enfrente de ella. El vello del pecho de él le rozaba los pezones y le producían un cosquilleo por todo el cuerpo.

Ella puso las manos en su pecho, como había hecho hacía un rato, y lo exploró con los dedos antes de hacerlo con la boca. Su piel era más suave que lo que recordaba de la noche anterior, aspiró su olor viril y notó que la excitación se adueñaba de ella.

Oyó que él tomaba aire cuando le acarició la erección con la mano. También era más suave de lo que se había imaginado, pero muy dura y palpitante. La noche anterior, cuando los dos perdieron la cabeza, todo había sido tan apremiante que no había visto la erección antes de tenerla dentro. Era magnífica, como todo él, y no era nada fea, como siempre se había imaginado que era el miembro viril.

Él volvió a introducir las manos entre su pelo, pero no hizo ningún gesto de indicarle nada o de que esperara algo, dejó que ella hiciera lo que quisiera y que llegara hasta donde se atreviera a llegar.

Ella bajó la cabeza y le rozó la punta con los labios.

Su gruñido fue el estímulo que necesitaba para abrir la boca y metérsela. Entonces, él se apartó antes de que llegara más lejos.

–Lo siento –se disculpó él con la voz ronca–. Me encanta, pero no quiero... explotar todavía.

La idea hizo que ella vibrara más por dentro. Él debió de captarlo porque la besó en los labios.

–Podrás hacerlo otra vez, cariño, cuando me domine mejor –murmuró él sobre su boca–. Esta vez se trata de ti.

Le emocionaba saber que tenía la capacidad de hacer que Felipe perdiera el dominio de sí mismo, y le emocionaba más pensar que tendrían otros momentos...

Se recordó que no quería nada serio o duradero, sabía que tenía que recordárselo a sí misma.

No estaba enamorada de él, lo deseaba. Si se sentía como si estuviera dominada por algún tipo de encantamiento y que solo podía ver y oír a Felipe, entonces...

Entonces, la tumbó y la besó con tanta pasión que dejó de pensar por completo.

Le hizo el amor despacio, como si la venerara.

Le recorrió hasta el último rincón del cuerpo con los labios y la lengua. Cada caricia la derretía un poco más y enseguida la redujo a una masa de nervios ardientes y sensuales. Parecía como si supiera exactamente lo que quería y necesitaba, le mordía por algunos sitios y era delicado en otros, entre los muslos y allí, en el mismísimo centro de su placer, la arrastraba con la lengua hasta que explotó como hizo la noche que estaba bebida, pero esa vez fue mucho más profundo y largo, más...

Cuando se incorporó para besarla en la boca, la cabeza le daba vueltas, tenía el corazón desbocado y el mundo que la rodeaba había desaparecido, solo quedaban Felipe y ella... y la necesidad imperiosa de que la poseyera.

Esa vez, cuando entró, estaba más que preparada para recibirlo, para sentirlo, para que la llenara, para que la completara...

Entonces, él empezó a moverse y ella perdió lo poco que le quedaba de sí misma.

Era abrumador, no podía hacer nada para detenerlo, para que no la arrastrara esa oleada, y a Felipe con ella. Entonces, antes de que supiera lo que estaba pasando, ya no se sentía arrastrada, se sentía elevándose a un mundo que la deslumbraba con el resplandor de sus estrellas de todos los colores, un mundo hecho solo de placer.

No supo cuánto tiempo estuvo allí y el regreso a la tierra fue suave, como una pluma que caía

lentamente llevada por la brisa.

Cuando aterrizó y abrió los ojos, Felipe estaba encima de ella y notaba su aliento cálido en el cuello. Al cabo de un buen rato, se tumbó a su lado y la miró con el mismo brillo en los ojos que sabía que tenía que tener ella.

Entonces, una sonrisa de oreja a oreja le iluminó su maravilloso rostro.

–Ha sido...

–¿Mejor? –preguntó ella con la voz temblorosa.

–No, increíble –se le borró la sonrisa–. No te habré hecho daño, ¿verdad?

Francesca le acarició una mejilla y metió un muslo entre los de él. Jamás se había imaginado esa sintonía con nadie, el sentirse como si hubiese sido uno con él.

–Ya solo puedes hacerme daño si no volvemos a hacerlo nunca más.

Capítulo 12

Se pasaron el resto del día en la cama y cuando cayó la noche, un hambre más convencional se apoderó de ellos y pidieron comida por teléfono. Ella encontró una botella de vino y lo consumieron todo en la cama.

Estaba casi segura de que eso era un sueño. Nada le parecía real aunque lo sentía con una intensidad increíblemente vívida. No quería analizar lo que significaba, solo quería disfrutarlo mientras durara antes de que volviera a la vida real.

La noche dejó paso al día y se despertó en una cama arrugada y vacía. El pánico le atenazó la garganta y se levantó de un salto justo cuando Felipe entraba con dos vasos de cartón tapados y una bolsa de papel marrón.

–No he encontrado nada en tu cocina y he traído el desayuno –comentó él con una sonrisa mientras le entregaba uno de los vasos–. Es un barrio muy agradable. Siempre había creído que Pisa solo tenía su famosa torre, pero me ha sorprendido.

Ella se fijó en que llevaba unos vaqueros desteñidos y una camiseta negra impresa con la portada de un disco de un grupo punk. No lo había visto nunca con vaqueros y no había tenido ni idea de que le gustaba la música punk.

–También traigo una noticia. Han atrapado a los hombres que nos perseguían.

–¿De verdad? ¿Cuándo? ¿Cómo?

–Tengo muchos contactos. Uno es ministro de Asuntos Exteriores de un país que no voy a decirte. Todos se pusieron en contacto con el presidente de Caballeros y le amenazaron con paralizar la ayuda internacional. Hace una hora me confirmaron que los hombres que nos perseguían están detenidos. Uno de ellos era un empleado de la casa del gobernador y los otros dos eran primos suyos. Han avisado al gobernador de que si te pasa algo el sábado podría perder al cargo –él sonrió con ironía–. Desgraciadamente, la corrupción llega a todas partes. Tengo la sensación de que el presidente va a llevarse parte del soborno.

–Amenazas, chantajes, sobornos, corrupción... Bonita manera de gobernar un país.

Él se rio aunque con los ojos serios.

–Pasa en todos lados en cierta medida, pero en Caballeros es más exagerado. Eso no significa que el sábado vaya a ser coser y cantar. Aun así, vamos a tomar todas las precauciones.

–Lo sé.

No se esperaba menos de Felipe. La amenaza que habían supuesto esos hombres no la había asustado tanto como debería porque sabía que él haría todo lo que pudiera para que estuviera salvo.

–¿Significa eso que ya no tienes que quedarte para protegerme?

Ella aleteó las pestañas aunque tenía el corazón encogido por el pánico. Los ojos de él dejaron

escapar un destello mientras abría la bolsa de papel.

–Tampoco hay que correr riesgos, ¿no?

–Desde luego que no.

–Además, me prometiste una visita al castillo.

–Es verdad –ella asintió con la cabeza–. Allí estaré mucho más segura. A lo mejor deberíamos quedarnos en el castillo hasta que tengamos que volver.

–¿No te dan miedo los fantasmas?

Francesco le puso una mano en el pecho y le dio un beso en el cuello.

–Contigo para protegerme, los fantasmas no se atreverán a hacerme nada.

Esa mañana, más tarde, salieron hacia el castillo en un resplandeciente deportivo que había conseguido Felipe. Francesca había hablado con su madre creyendo que tendría que ir a visitarla de camino, pero se quedó muy aliviada al enterarse de que se había ido a pasar el día con su hermana, la tía Rachele. Habría sido difícil explicarle qué estaba haciendo con Felipe y no podía pedirle a él que se quedara en el coche.

Su madre era una de las personas más fuertes y serenas que conocía. Había cuidado a su marido enfermo durante años y había enterrado a su hijo mayor sin alterarse, pero, por primera vez, le había parecido una persona mayor al oír su voz.

Su pobre madre estaba pasándolo mal.

Afortunadamente, vivía con su hermana menor. Las dos mujeres vivían en la inmensa villa de las colinas de Pisa y se volvían locas mutuamente, pero no sabrían qué hacer si no se tuvieran. La tranquilizaba saber que Rachele estaba allí.

Ella no había dicho que iba a llevar a un invitado al castillo. Aunque no había heredado nada de la residencia, la tradición siempre había permitido que los familiares directos tuvieran sus habitaciones y pudiera utilizar al castillo. Pietro no había cambiado eso y ella tenía una llave del ala familiar.

Estaba a unos treinta y cinco kilómetros de Pisa y notó el cosquilleo de emoción que siempre sentía por dentro cuando lo vio. No pudo evitar mirar a Felipe para ver su reacción. Él se giró hacia ella con una ceja arqueada.

–Caray, sí que es un castillo...

–Espera a que nos acerquemos –ella se rio–. Verás lo ruinoso que está.

El castillo, rodeado por una muralla de unos siete metros con torreones en las esquinas, estaba en un alto. Cuando estuvieron más cerca, pudo comprobar lo que quería decir Francesca cuando decía que los Pellegrini habían dejado que se deteriorara durante décadas. Se veían aleros que se caían y que la mampostería había perdido lustre.

Entraron en el patio, donde solo había otros tres coches. También había unos andamios y él supuso que era la última parte de la rehabilitación que había emprendido Pietro.

–¿Dónde están los albañiles?

–La rehabilitación se ha parado un par de meses en señal de respeto –le explicó ella encogiéndose de hombros–. Hay algunos empleados y ya les he avisado que veníamos.

–¿Sabe tu familia que me has traído?

–No. Solo vienen a visitar el cementerio. Mi padre y yo éramos los únicos a los que nos gustaba venir aquí –Francesca miró a lo lejos–. ¿Te importa si voy al cementerio?

–Claro que no. Te acompañaré si quieres.

Dejaron sus cosas en el coche y fueron a la capilla de color salmón que, al contrario que el resto del castillo, estaba en un estado de conservación perfecto, lo que demostraba que era una familia con raíces en el pasado, como decía Francesca. Ella había sido la primera en romper con las expectativas generadas a lo largo de generaciones y la admiraba más de lo que podía decir con palabras.

El cementerio era muy bonito y tenía filas, una detrás de otra, de tumbas y lápidas muy bien cuidadas. Se quedaron de pie, en silencio y con la cabeza inclinada junto al lugar donde habían enterrado a Pietro, al lado de su padre.

La tumba estaba llena de floreros con flores y él se preguntó qué se sentiría al formar parte de una familia que se querían tanto y que se protegían entre sí casi implacablemente. Además, no solo quienes tenían vínculos de sangre. Natasha, la viuda de Pietro, era tan Pellegrini como si hubiese nacido con ese apellido. Según lo que le había contado Francesca, la habían acogido como a una más.

Por primera vez, pensó en su padre más con pesar que con indiferencia. Había sido alguien que había estado entrando y saliendo de sus vidas. En ese momento, allí de pie, sentía lo que podría haber sido su infancia y lamentaba no poder llorarlo como un padre se merecía que lo lloraran.

Pensó en su madre, quien ya vivía una vida cómoda y rodeada de lujos, pero tan alejada de él durante su vida adulta como lo estuvo durante su infancia. La admiraba muchísimo y sabía que esa admiración era mutua. Sin embargo, ¿cómo iban a construir una relación verdadera si no se habían puesto los cimientos?

Entonces, pensó en Sergio, a quien sí lloró como si hubiese perdido un hermano de verdad.

—¿Volvemos al castillo? —preguntó Francesca en un tono sombrío que lo sacó del ensimismamiento.

Él asintió con la cabeza. Estar con Francesca era distinto a cualquier otra cosa que hubiese hecho antes. Tenían un tiempo limitado y quería sacarle todo el partido antes de que se despidieran para siempre.

Las habitaciones de la familia estaban en la parte sur del castillo, donde no habían empezado todavía las obras de reconstrucción. Francesca lo llevó por un pasillo ancho y oscuro que le recordó a algunas películas de miedo que había visto cuando era un niño a quien no vigilaba nadie, y podía entender que los impresionables niños Pellegrini creyeran que había fantasmas.

El cuarto de Francesca era increíble.

—¿Dormías aquí cuando eras pequeña? —le preguntó él sin salir de su asombro.

—Sí. No es muy... infantil, pero a mí me encantaba. Me sentía como una princesa.

—¿Los Pellegrini no descienden de la realeza?

—Llevamos generaciones sin usar los títulos —Francesca se encogió de hombros—. Es ridículo. ¿Cómo vas a llamarte príncipe o duque si ese título ya no significa nada?

La habitación, muy amplia, estaba empapelada con un papel verde y oro que alguna vez fue deslumbrante y que, como el resto del castillo, había perdido el lustre. El techo, como los pasillos, era un artesonado de madera oscura, la misma madera que se había empleado para hacer la enorme cama con cuatro postes, el cabecero y todos los muebles. Unas cortinas de terciopelo rojo colgaban de las altas ventanas y hacían juego con la colcha.

—Si alguna vez me decido a comprarme una casa, estaría tentado de tener un dormitorio así.

—Cómprate un castillo, puedes permitirte.

–Tendría que ser más caliente que este.

El sol de principios de otoño que brillaba fuera no se percibía dentro de esos gruesos muros. Si podía elegir, él prefería estar al aire libre. Prefería no imaginarse lo gélido que sería el castillo en pleno invierno.

–Ya te dije que había muchas corrientes.

Se tumbó en la cama boca abajo y con la barbilla apoyada en las manos.

–¿Llamo a un empleado para que enciendan la chimenea?

–Si tienes frío, tengo un sistema mucho mejor para que entres en calor.

–Estoy helada.

Él empezó a calentarla mucho más eficientemente que una docena de chimeneas llameantes.

La estancia en el castillo pasó mucho más deprisa de lo que le habría gustado a ella. El cocinero, entusiasmado de poder hacer algo, los deleitó con platos deliciosos y cuando no estaban comiendo o haciendo el amor, exploraban el castillo y los alrededores. Aparte de la iglesia, lo único que se había mantenido a lo largo de las generaciones eran los viñedos y la bodega.

Felipe también le había dedicado tiempo a preparar la vuelta a Caballeros. Había estado en contacto con sus hombres, habían planificado y coordinado estrategias, pero ella no quería saber los detalles, eso se lo dejaba a los profesionales, eso no le preocupaba lo más mínimo y era maravilloso no tener preocupaciones, pero...

–Todo esto resulta muy raro –comentó ella mientras estaban en el lago el viernes por la tarde.

El agua le llegaba a los tobillos y deseó haber estado allí un mes antes, cuando el agua había estado más caliente y habrían podido bañarse. Las estaciones estaban cambiando. Las hojas estaban cayéndose y pronto dejarían de ser verdes para ponerse rojas, marrones y amarillas.

Ella también estaba cambiando.

Tenía que recordarse continuamente que no había un porvenir para Felipe y ella. Esos días eran lo máximo que podían llegar a tener. Tenía que pensar en su futuro, en ese futuro por el que tanto había peleado. Lo tenía tan cerca que casi podía tocarlo. Sin embargo, no dejaba de preguntarse una cosa. ¿Por qué una relación podía poner en peligro su carrera profesional y su independencia? ¿No se había prometido a sí misma que sentiría la vida y aceptaría todo lo que le ofreciera? Cuándo hubiera encauzado su profesión y estuviese dispuesta a casarse, ¿encontraría a alguien por quien sintiera la décima parte de lo que sentía por Felipe?

No se había imaginado nunca que llegaría a sentirse tan unida a nadie, algo que iba más allá del deseo. Solo hacía una semana que lo conocía, pero le parecía como si llevaran toda la vida juntos.

–¿Qué te parece raro?

Francesca hizo un esfuerzo para volver a la conversación.

Daba igual lo profundos que hubiesen llegado a ser sus sentimientos o cuánto hubiese cambiado su planteamiento de la vida, no sacaría nada en claro de todo eso. Por muy bien que la tratase, Felipe no había dado el más mínimo indicio de que sus sentimientos o su planteamiento hubiesen cambiado. Para él, ese tiempo que estaban pasando juntos en Pisa era un paréntesis, breve y agradable, antes de que volviera a su vida de siempre, y ella haría bien en recordarlo.

–Esto, no hacer nada. Me siento como si tuviera que estar estudiando expedientes o trabajando en los tediosos borradores que me dio Roberto. No puedo recordar cuándo fue la última vez que estuve tanto tiempo sin estudiar algo.

–¿Quién es Roberto?

–El abogado veterano al que me asignó Pietro.

–¿Por qué son tediosos?

–Es Derecho Mercantil –contestó ella haciendo una mueca.

–No tienes por qué quedarte en el despacho de Pietro –replicó él en un tono tranquilo.

Ella lo miró fijamente.

–No disfrutas –añadió él tajantemente.

–Da igual que disfrute o no. Me he comprometido.

El Derecho Mercantil le parecía tan poco atractivo como un barreño de agua sucia.

–Te comprometiste a trabajar en el despacho de Pietro porque querías sentirte más unida a él.

–¿Y ahora que está muerto debería romper ese compromiso?

–¿Pensabas quedarte con él cuando hubieses aprobado el examen?

–No. Él sabía que los Derechos Humanos eran mi meta a largo plazo.

–¿Intentó disuadirte de que entraras en su despacho y fueses a otro especializado en Derechos Humanos?

–La verdad es que no. Da igual dónde haga las prácticas.

–Entonces, ¿sabía que entraste en su despacho por él?

–Nunca lo hablamos, pero supongo que lo sabría.

Ella recordaba lo contento que se puso cuando le pidió hacer las prácticas en su despacho. También recordaba la decepción de ella cuando le puso a las órdenes de otro abogado y le explicó que iba a necesitar regularidad mientras hacía las prácticas y que él, con todo lo que viajaba por culpa de la fundación, no iba a poder darle esa regularidad.

–Entonces, si sabía que estabas allí por él, ¿crees que tendría peor concepto de ti si siguieras tu camino cuando él ya no está?

–No puedo pensarlo en este momento. Me parece desleal.

–Solo te digo que lo pienses. No sería desleal, estoy seguro de que Pietro lo entendería. No querría que desperdiciaras dos años trabajando en un sitio que no te satisface.

–No tengas el atrevimiento de decirme lo que habría pensado mi hermano –replicó ella en tono cortante–. Si yo, su hermana, no sabía lo que pensaba, estoy segura de que tú tampoco.

–No te pongas a la defensiva. No quiero tener ningún atrevimiento.

Le rodeó la cintura con un brazo y la estrechó contra sí. Francesca suspiró cuando el contacto con él le tranquilizó ese ataque repentino de rabia. No debería acostumbrarse.

–Lo siento. Ya sé que debería pensarlo y lo pensaré. Tengo que pensar muchas cosas. Seguramente tenga que ir a Roma a ejercer si quiero que todo salga bien. Por eso, si voy a cambiar ahora, sería una tontería que no hiciera las prácticas también en Roma.

–¿No te gusta Roma?

–Me encanta Roma, pero está a cuatro horas en coche y yo no soy como tú. Me gusta marcharme una semana o dos, pero también me gusta volver. Nunca he vivido lejos de mi familia. Creía que me quedaban un par de años más para hacerme a la idea.

–Dile a Daniele que te compre un avión. Así la distancia te parecerá más corta.

–Seguramente me lo compraría si se lo pidiera amablemente –Francesca se rio–. Tengo que pensar muchas cosas; tengo que encontrar un despacho que me acepte, tengo que encontrar una casa... Sin embargo, lo haré, aunque no sé si antes o después del examen. He trabajado mucho toda mi vida como para dejar que quede en nada.

Él le levantó la barbilla y le dio un beso.

–Vamos al castillo. Te ayudaré a que te aclares la cabeza para que puedas pensar como es

debido.

–¿Y cómo piensas hacerlo?

Él bajó una mano hasta al trasero y se lo pellizó.

–Estoy seguro de que encontraré más de una manera.

Felipe se sentó en un sillón gótico y esperó a que Francesca se preparara para la última comida en el castillo. Nunca había visto vestirse a una mujer y esa estaba dispuesta a hacerlo a conciencia.

Se habían duchado juntos y él se había puesto el traje mientras ella se había sentado en el tocador envuelta en una toalla y se había secado el pelo con un secador.

La había visto hidratarse la cara y maquillarse, lo que, para él, solo realizaba su belleza natural. Luego, llegó el turno de los accesorios, una gargantilla con un zafiro negro y unos pendientes a juego.

Entonces, se había vestido. Empezó con la ropa interior, negra y práctica, nada erótica, pero su forma de subirse las bragas por los muslos... La presión sanguínea le subió a unos niveles alarmantes... y ella lo había mirado con unos ojos desafiantes. Francesca se había apostado que sería incapaz de tener las manos quietas hasta después de la cena.

–Estás siendo una tramposa –comentó él cuando ella se tomó los pechos con las manos para cerciorarse de que estaba bien metidos en el sujetador sin tirantes.

Ella esbozó una sonrisa maliciosa, se dio la vuelta y se inclinó seductoramente para ponerse los zapatos negros de tacón.

Él dejó escapar un gruñido.

Por fin, descolgó el vestido negro y se lo puso lentamente. Se dio la vuelta con una sonrisa en los labios.

–Muy bien, señor Lorenzi, ¿preparado para acompañarme a la cena?

Felipe se tragó el nudo que tenía en la garganta, tan duro como la tensión que notaba entre las piernas. Nunca había estado tan guapa y sexy. El vestido pedía a gritos que lo rasgaran y ella lo sabía. No tenía mangas, como el sujetador, era ligeramente escotado y estaba cortado en diagonal, por un lado le llegaba a la rodilla y por el otro a lo alto del muslo.

Había hecho todo eso por él.

Se aclaró la garganta. No sabía cómo iba a poder alejarse de ella para siempre.

Capítulo 13

Cenaron en la armería el castillo, sentados al final de una mesa de roble donde cabían cómodamente cincuenta personas. Serena, la mujer que dirigía el castillo y que estaba encantada de tener invitados, había transformado la inmensa habitación con frescos en el techo, suelo a cuadros negros y blancos y las paredes llenas de bronce y armas en el sueño romántico de un loco.

El cocinero también se había superado a sí mismo. Les habían servido unos entrantes con *carpaccio* de carne y *tortellini* de berenjena. El plato principal había sido un exquisito muslo de pato deshuesado con salsa de vino tinto y mora. En ese momento, estaban tomando café con una tarta helada de *amaretto*.

Ella estaba emocionada. La comida había sido maravillosa y el servicio, discreto. El final que se merecían los que habían sido los mejores días de su vida.

Al día siguiente volverían a Caballeros y a su hotel en Aguadilla. El domingo por la mañana, cada uno se iría por su camino...

No quería pensarlo. Si lo dejaba a un lado, podía fingir que no había un reloj implacable que descontaba los segundos que les quedaban hasta que tuvieran que despedirse.

Bombardó a Felipe con preguntas sobre la música que le gustaba y los sitios que había visitado, le pidió que le contara historias de su infancia y lo memorizó todo porque pronto sería lo único que le quedaría de él. Ella, a cambio, le contó historias de sus vacaciones de verano en el castillo y de su leyenda larga y negra.

—¿Cómo encontraste tiempo para aprender tanto del castillo cuando estabas estudiando todo el rato? —le preguntó él con admiración.

Felipe se comió el último trozo de tarta, dejó la cuchara en el plato y lo apartó un poco.

—Mi padre sabía mucho más que yo. Antes de dormirme me contaba historias sobre el castillo y nuestros antepasados, algunos muy sanguinarios —recordaba con alegría aquellos momentos con su padre—. Le dolía ver cómo se deterioraba, pero estuvo enfermo mucho tiempo. Gastó todo lo que pudo en mantenerlo, pero la prioridad era pagar sus cuidados médicos.

Su padre tuvo una enfermedad neuromotriz que iba empeorando poco a poco, hasta que quedó completamente inmóvil unos meses antes de su muerte. Había sido muy doloroso para todos ver cómo se desvanecía lentamente ese hombre tan fuerte que los había querido y criado. Ella creía que Daniele fue el que más sufrió. Ella había pasado mucho tiempo con su padre y, cuando murió, lo aceptó con pena y cierta paz. Daniele había tenido una relación complicada con él. Viajaba incluso más que Pietro y no estuvo casi nunca durante aquellos últimos meses. Ella creía que no lo había aceptado con ninguna paz.

—¿La enfermedad de tu padre fue el motivo para que estudiaras en Pisa y no más lejos? —

preguntó él girando la copa de *chianti*.

–En parte, pero creo que me habría quedado aunque no hubiese estado enfermo. Quiero a mi familia. Quería independencia, pero no quería cortar los lazos por completo. Vivir en el piso de Daniele me permitía estudiar y llevar una vida independiente y ver a mis padres cuando quería o estar allí si me necesitaban.

–¿Y ahora?

–Lo pensaré y decidiré si me marcho a Roma ahora o dentro de dos años –Francesca tomó aire–. Me inclino por hacerlo ahora. Tenías razón antes, cuando me decías que Pietro no habría querido que pasara dos años descontenta, y los dos sabemos que la vida puede ser muy corta. Mi madre vive con la tía Rachele y no estará sola.

Felipe siguió girando la copa mientras asentía con la cabeza. Ella conocía esa expresión. Había aprendido a interpretar todas las expresiones de su atractivo rostro y sabía que esa significaba que estaba pensando algo. Deseó tener tiempo para aprenderlo todo de él.

–Puedo ayudarte con el asunto de la vivienda –comentó él al cabo de un rato.

–¿Qué quieres decir?

–Tu sorpresa al saber que no tengo casa me ha hecho pensar que va siendo hora de que invierta el dinero. Estoy tan ocupado que no pienso a largo plazo, aparte de para la empresa, y ha llegado el momento de que eso cambie. Empezaré comprando una casa en Roma y podrías ir a vivir allí cuando quieras.

Ella se quedó boquiabierta y lo miró fijamente.

–¿Me cobrarás una renta baja? –preguntó ella con descaro cuando se repuso de la sorpresa.

No podía sacar ninguna conclusión de la oferta, las conclusiones eran peligrosas. Sin embargo, no pudo evitar que se le acelerara el corazón y que la esperanza le brotara en el pecho.

–No voy a pedirle a mi amante que me pague una renta...

Ella se aclaró la garganta con el corazón ya desbocado.

–¿Tu amante...? ¿Significa eso...?

Felipe dio un sorbo de vino mirándola a los ojos.

–No estoy dispuesto a despedirme. ¿Tú?

La cuenta atrás que había estado martilleándole en la cabeza, explotó de repente, pero no con la desdicha desoladora que se había temido, sino con un arrebato de alegría incontenible, y se liberaron todos los sueños que había sofocado por miedo a creérselos.

Felipe y ella juntos. ¡Él también lo quería! Él tampoco quería despedirse.

¿Era posible, podía ser posible, que él se hubiera enamorado de ella como ella se había enamorado de él?

¿Amor...?

Había tenido la verdad delante de las narices durante días. En algún momento, durante esa semana disparatada, se había enamorado irremediamente de Felipe Lorenzi y reconocérselo a sí misma era tan embriagador y emocionante como aterrador.

Lo amaba.

Tragó saliva e hizo un gesto con la cabeza que pudo haber sido una negativa.

–Yo tampoco estoy dispuesta a despedirme –reconoció ella con el pecho subiéndole y bajándole a toda velocidad.

–Entonces, una casa en Roma es la solución perfecta para nosotros. Una inversión para mí y una vivienda para ti.

Le encantó cómo había dicho «nosotros», lo natural que había sonado. Ellos, juntos...

Felipe se terminó la copa de vino.

–Cuando la haya comprado, te daré dinero para que la decores y amuebles como quieras.

Ella pensó inmediatamente en cortinas y enormes camas de madera.

–Podemos tener un dormitorio como el mío de aquí –dijo ella pensando en voz alta y con una sonrisa de oreja a oreja.

Él se rellenó la copa y brindó con ella.

–Eso lo dejo en tus manos, tú serás la que vivirás allí.

Francesca lo miró fijamente sin entenderlo.

–¿Solo yo? ¿Y tú?

–Nunca sé con una semana de antelación dónde voy a estar, pero te visitaré siempre que pueda –los ojos de Felipe dejaron escapar un destello–. Iré a mantener la cama caliente cuando tenga tiempo, de modo que ocúpate de que sea grande.

¿Visitarme...? ¿Cuando tenga tiempo...? Los sueños, que habían echado a volar, se detuvieron en el acto.

–Ya... –ella asintió con la cabeza intentando quedarse con lo esencial–. Entonces, ¿viviré sola en la casa?

–Casi todo el tiempo.

–¿Cada cuánto tiempo nos veremos? ¿Una vez a la semana? ¿Una vez al mes?

–Sabes que no puedo decírtelo, sabes la vida que llevo. Si mañana no fuésemos a Caballeros, yo tendría que volver a Oriente Próximo. Nos veremos cuando pueda.

Ella tragó saliva para aparentar despreocupación mientras hacía la pregunta que más necesitaba que le contestara.

–¿Qué tipo de compromiso querrás de mí?

Él frunció el ceño antes de sonreír.

–No será una... relación, cariño. No te preocupes, conservarás tu independencia.

Sus palabras fueron como una bofetada, y que pareciera tan satisfecho consigo mismo solo lo empeoraba. Una punzada de dolor la desgarró por dentro al darse cuenta de que lo había entendido todo mal.

–Parece el tipo de arreglo que hace un hombre con su... mantenida.

Francesca intentó dominar sus sensaciones y la náusea que se le había formado en las entrañas.

–¿Mantenida...? –preguntó él como si no hubiese oído nunca esa palabra–. Esa es una mujer mantenida por un hombre casado. Yo no estoy casado y tampoco voy a mantenerte. Yo haré una inversión, tú tendrás una vivienda y conservarás la independencia, y, además, podremos vernos. Es la solución perfecta.

–Ni renta ni compromiso, y sexo cuando te apetezca. Seré una mujer a tu conveniencia.

La miró un rato con los ojos entrecerrados y con un brillo amenazador.

–No es eso.

–Lo parece.

Había hecho el amor con ella como si significara algo para él, la había escuchado, la había consolado... y, de repente, solo quería tener un alivio sexual cuando encontrara un hueco en la agenda.

–Dejaste que Daniele te ayudara. No hay ninguna diferencia.

–Todo es distinto. Él es mi hermano –Francesca separó la silla con la náusea ya en la garganta–. Me cobra una renta mínima porque me quiere, y me la dejaría por nada.

–Yo te ofrezco una casa por nada.

–No, no es por nada –de pie, y con las piernas temblorosas, Francesca levantó la barbilla–. Gracias por tu generosa oferta, pero no puedo aceptarla. No voy a ser tu ramera.

Mientras hablaba, se miró lo que llevaba puesto y sintió una oleada de desprecio por sí misma. Se había vestido así para seducirlo y atormentarlo, y había pasado la mayor parte de la cena imaginándose a él quitárselo. En ese momento, llevarlo hacia que se sintiera como una ramera, lo que acababa de decir.

–¿Mi ramera? –Felipe sacudió la cabeza con un gesto de rabia–. ¿Cómo puedes decir algo así? Creía que te agradaría.

Francesca se subió el vestido para taparse el escote y convertirlo en un vestido respetable, como debería haber sido.

–¿Que me agradaría ser tu... concubina? ¿Que me agradaría estar en deuda contigo? ¿Que me agradaría que entres y salgas de mi vida cuando te apetezca? ¿Cómo va a agrardarme una relación que manejas a tu antojo y a la que ni siquiera llamas relación? ¿No has aprendido nada de mí? Francesca se bajó la falda del vestido para que el corte no le llegara tan alto.

Felipe estaba respirando con fuerza y la miraba con unos ojos que se habían convertido de acero. Había desaparecido todo cariño de su rostro.

–Me ofendes –él apoyó las manos en la mesa y se levantó lentamente–. He intentado ayudarte. Te he ofrecido lo que no había ofrecido nunca a nadie y me lo arrojas a la cara.

–¿Te he ofendido? –preguntó ella sin poder contener la indignación–. Tú has denigrado todo lo que hemos compartido, lo has degradado y me has degradado a mí.

–No, tú lo has hecho. Creía que nos entendíamos, pero, evidentemente, estaba equivocado. Te he ofrecido todo lo que puedo ofrecerte. No voy a ofrecerte nada más. Vivo mi vida según mis condiciones. No te he mentado. Sabes que en mi vida no cabe nada permanente y tú me has dicho infinidad de veces que tampoco quieres nada permanente hasta que tu profesión esté asentada. ¿Acaso era mentira?

Ella se quitó uno de los pesados pendientes y lo tiró sobre la mesa, aunque le habría gustado tirárselo a él. Golpeó su copa de vino con tanta fuerza que la volcó y derramó el vino sobre la madera de roble, pero no se fijó.

–No era mentira, pero había cambiado de idea. Quiero ser feliz y sentir la vida, y tú me has hecho sentir mucho.

Lo miró como si quisiera que él viera la verdad, que lo amaba y que, si le diera algo de sí mismo, un punto de partida, algo a lo que ella pudiera agarrarse con esperanza, entonces, la respuesta sería distinta.

–Ahora veo que tener una relación no tiene por qué poner en peligro mi futuro –siguió Francesca–, pero sigo queriendo una relación equilibrada. Lo que tú propones te da a ti todo el poder. Yo estaría a tu disposición a cambio de un techo. No puedo estar contenta con un acuerdo unilateral en el que tu único compromiso es que no te comprometes. Quiero ser algo más que tu concubina, Felipe, quiero...

No pudo seguir. No le salían las palabras cuando Felipe estaba resoplando y mirándola como si fuese una desconocida.

–Mi oferta es todo lo que puedo dar. O lo aceptas o lo rechazas.

Ella le había oído hablar en muchos tonos, pero nunca le había oído un tono tan gélido e inflexible. El corazón se le desgarró de tal manera que casi se le doblaron las rodillas. Sin embargo, consiguió mantenerse recta para mirarlo a la cara.

–Lo rechazo.

Se hizo un silencio absoluto y se quedaron mirándose durante un rato, hasta que Felipe hizo un gesto brusco con la cabeza.

–Entonces, no tenemos nada más que decirnos. Gracias por tu invitación. Ya te daré las instrucciones para mañana.

Se dio media vuelta y salió de la armería dejándola con la copa hecha añicos y con la cabeza dándole vueltas por lo deprisa que se había desvanecido todo entre ellos.

Francesca se despertó en el sofá del dormitorio. Solo quedaban ascuas en la chimenea que había encendido ella misma y hacía tanto frío que se condensaba el aliento. Giró las piernas y notó un dolor en el cuello. Lo que le faltaba, tenía tortícolis.

Se le había caído el teléfono al suelo y lo recogió con una mano sujetándose el cuello. Eran las cuatro de la madrugada.

No había creído que se quedaría dormida. Se había acurrucado en el sofá porque no había podido meterse en la cama, que todavía estaría cálida después de que hubiesen hecho el amor.

Entonces, vio que había recibido un mensaje de texto. Dudó antes de abrirlo con el pulgar.

Un conductor te recogerá en tu casa la una de la tarde para llevarte al aeropuerto. Cámbiate y ponte el vestido antes de aterrizar. Te llevarán directamente a Caballeros desde Aguadillas.

Le llegó desde un número que no conocía, pero no tenía que conocerlo para saber que lo había mandado Felipe. Le había enseñado el vestido que pensaba ponerse en la fiesta del gobernador para que le diera su visto bueno, no desde el punto de vista de la moda, sino en cuanto a la seguridad. Por mucho que le hubiesen prometido a Felipe sobre su seguridad, las miradas lascivas del gobernador le habían puesto los pelos de punta. No pensaba mostrarle ni un centímetro de carne.

Apagó el teléfono y fue tambaleándose hasta la cama deshecha. Cerró los ojos, se giró y la cabeza volvió a darle vueltas con fuerzas renovadas. Mientras contaba hasta diez, sintió un dolor como el que se imaginaba que sería recibir un puñetazo en la boca del estómago y se dobló por la mitad. Tardó un buen rato en pasarse.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio algo negro que asomaba por debajo de la cama. Era la camiseta de Felipe con la portada del grupo punk impresa.

Felipe comprobó los mensajes. No había entrado nada nuevo desde que los había mirado hacía un minuto, y eso estaba bien.

Todos sus hombres estaban en sus puestos. Habían repasado tantas veces todas las eventualidades que, si pasaba algo, sus reacciones serían automáticas.

Aunque no esperaba que pasase nada. El gobernador lo había llamado en persona para disculparse por lo que habían pensado hacer esos hombres y para garantizarle la seguridad de Francesca y de todo el proyecto en memoria de Pietro.

Él, aun así, no iba a dar nada por garantizado. Todavía había que entregar el dinero en efectivo y no respiraría tranquilo hasta que lo hubiesen hecho.

Apareció un coche y miró la hora. Había llegado en punto.

James, que había estado esperando con Felipe al lado de la avioneta, y por una vez en su vida

no había abierto la boca, fue a abrir la puerta de atrás.

Francesca se bajó.

Estaba impresionante.

Lo miró a los ojos. Hubo un momento de inmovilidad absoluta, no se movió ni la brisa. Felipe captó un fugaz destello de emoción en su mirada antes de que bajara la cabeza para saludarlo y de que se dirigiera hacia él.

Él se dio la vuelta para abrirle la puerta de la avioneta y le hizo un gesto para que subiera. Ella obedeció y subió la escalerilla dejando una nube de perfume a su paso.

Felipe apretó los dientes y la siguió.

Había estado a punto de abandonar la operación y de dejar que Seb tomara el mando. Había llegado a marcar el número de Seb para decírselo, pero no había sido capaz de hacerlo. A pesar de la amargura que le desgarraba las entrañas por su acalorada separación, no podía dejar su seguridad en manos de otra persona.

Las acusaciones que le había hecho...

No podía pensar en eso en ese momento. No quería volver a pensar en eso ni a pensar en ella.

Cuando estuvo sentada, él le enseñó un pequeño círculo dorado.

—Llévalo como un broche. Tiene un dispositivo de seguimiento.

Lo dejó en su mano abierta y observó cómo se lo colocaba. James, que estaba sentado enfrente de ellos con el teléfono en la mano para captar la señal del broche, levantó un pulgar.

La avioneta recorrió la maltrecha pista y enseguida estuvo sobrevolando el mar Caribe. Él volvió a repasar el plan con Seb y James durante el corto trayecto.

Ella no participó en la conversación.

De no haber sido por su perfume y su olor embriagador, podría haberse olvidado de ella. Solo tenía que salir airoso de esa noche y luego sí podría olvidarse de ella para siempre.

Capítulo 14

Unos farolillos colgaban alrededor de la residencia del gobernador. Francesca los miró con un desagrado cada vez mayor al pensar que la mitad de la isla seguía sin suministro eléctrico casi tres semanas después del huracán.

Su repugnancia aumentó cuando entraron en la residencia y vio a cientos de personas de punta en blanco. Se oían risotadas por todos lados y una enorme fuente de champán ocupaba el centro de la primera habitación a la que los llevaron.

Encontraron al gobernador en el exterior, al lado de la piscina, con un esmoquin blanco y rodeado de unas risueñas mujeres en biquini que podrían ser sus nietas. La mujer alta que la acompañó la semana anterior se mantenía unos metros por detrás y vigilaba. Llevaba un vestido blanco distinto del que había llevado entonces.

El gobernador los vio y se despidió de sus adúladoras.

Los saludó como a amigos de toda la vida, pero mirando con cautela a Felipe. Les preguntó por el viaje en inglés, una charla cortés que hizo que ella pensara que, fuera como fuese, Felipe le había apretado bien las tuercas. Tuvo que morderse las mejillas para contener la risa, que, con toda certeza, habría tenido algo de histérica. Tenía que mantenerse centrada.

El gobernador los llevó a su despacho y no dejó entrar, ni siquiera, a su sombra toda vestida de blanco.

–¿Una copa antes de... entrar en materia? –preguntó él mientras sacaba una botella de brandy de un armario que había al lado de la mesa.

–¿Por qué no? –contestó ella antes de que Felipe pudiera decir algo.

Quizá despreciara al gobernador, pero no tenía sentido enfrentarse a él. Todavía había que construir el hospital y prefería tenerlo de su lado mientras lo levantaban.

El gobernador sirvió tres dosis generosas y les pasó las copas.

–Por los nuevos amigos.

Ella miró a Felipe sin querer y volvió a desviar la mirada rápidamente antes de dar un sorbo. Era más fácil dominar la situación si no lo miraba directamente. Lo había comprobado cuando se bajó del coche en el aeródromo. Lo miró y quiso arrojarse en sus brazos para rogarle que no la abandonara jamás.

No se había permitido pensar en él desde que había vuelto a su piso poco después de que hubiese amanecido. Llevaba la camiseta de él guardada en la bolsa y pensaba devolvérsela. Entonces, se puso manos a la obra. Quitó las sábanas y las lavó con agua hirviendo y limpió y pasó la aspiradora por cada centímetro del suelo, y todo eso mientras se resistía a que las náuseas y el mareo que seguían atormentándola la distrajeran de su misión.

Luego, metió en la maleta el vestido de noche y algo más de ropa para el viaje de vuelta y

esperó a que fuesen a recogerla.

No había esperado que fuese él, pero, aun así, el alma se la cayó a los pies cuando abrió la puerta del coche y vio a Seb. Tampoco había esperado que estuviese en el avión, pero, una vez más, la decepción la atenazó por dentro cuando comprendió que volaría con Seb y la tripulación.

Cuando aterrizaron en Aguadilla, y no había ni rastro de Felipe en el aeropuerto principal, se convenció a sí misma de que él no estaba allí, por eso, cuando entraron en el aeródromo y lo vio delante de la avioneta, fue una impresión como un puñetazo.

Al menos, tuvo un minuto para reponerse antes de que tuviera que bajarse y dirigirse hacia él, que estaba inconcebiblemente guapo con un esmoquin negro. Podía ponerse cualquier cosa y seguiría siendo el hombre más sexy en mil kilómetros a la redonda.

No sabía qué había esperado ver en sus ojos cuando lo miró. ¿Acritud? ¿Aversión? Sin embargo, aparte de un fugaz destello de emoción, no vio nada, sus ojos estaban en blanco. Había vuelto a ser el hombre arrogante y autoritario que había conocido hacía una semana, aunque le parecía toda una vida.

El brandy le quemó y le entumeció la garganta. Lo agradeció. Si se bebía toda la copa, era posible que también le entumeciera el resto de sus alteradas entrañas.

—Quiero disculparme por lo que hizo mi empleado —el gobernador se sentó en su butaca—. Me quedé atónito cuando me enteré.

—¿Me asegura que no volverá a pasar? —preguntó ella con amabilidad.

—Tiene mi palabra —contestó el gobernador como si su palabra significara algo y antes de que le temblara el ojo izquierdo—. ¿Tiene el dinero?

Ella miró a Felipe aunque no lo miró del todo. Él dejó en la mesa el maletín que había estado llevando desde que bajaron de la avioneta. Entonces, ella vio un brillo metálico alrededor de su muñeca. No lo había mirado y no había visto que se había esposado el maletín a la muñeca. Sacó una llave del bolsillo y soltó las esposas.

Luego, abrió el maletín, lo giró y lo empujó hacia el gobernador, quien lo ojeó rápidamente, asintió con la cabeza y sacó unos papeles de un cajón.

—Las escrituras del solar —comentó él entregándoselos a Francesca—. Tenemos que firmarlas los dos.

Ella estuvo tentada de leerlas por encima, pero se obligó a sentarse y a leerlas con detenimiento. El documento estaba escrito en inglés, era conciso y muy preciso. Cuando lo firmara, el solar pertenecería a la fundación de Pietro.

El asunto estaba resuelto a la media hora de haber entrado en el despacho del gobernador.

Antes de marcharse, Felipe se dirigió a él y le soltó algo en español. Ella no lo entendió, pero la cara del gobernador se puso tan blanca como sus dientes. Francesca tuvo la sensación de que el hospital se construiría sin ningún tipo de problemas.

Para volver al aeropuerto, Felipe se montó delante con James y dejó que Francesca y Seb fueran detrás. Las estrellas que brillaban en el cielo negro le parecieron una versión más pura de los farolillos de gobernador. Gracias a Dios, no tendría que volver a verlo.

Pronto, tampoco tendría que volver a ver a Felipe. La participación de ella en el proyecto había terminado.

El avión de Felipe esperaba exactamente donde lo habían dejado. Volvería sola a Pisa. Otro avión iba a recoger a Felipe y a sus hombres para llevárselos a alguna parte peligrosa del mundo

donde estaría su próximo trabajo.

–Caballeros, muchas gracias por todo lo que habéis hecho por mí –consiguió decir Francesca. James giró la cabeza para mirarla.

–De nada –¿captó ella cierta tristeza en su sonrisa?–. Ha sido divertido.

–Creo que yo ya he tenido bastante diversión de esa –ella se rio sin ganas–. Tened cuidado.

Se bajó del coche con las despedidas de Seb y James retumbándole todavía en los oídos.

Felipe, que no le había dirigido la palabra desde que le dio el dispositivo de seguimiento, se bajó con ella y cerró la puerta del coche. Se quedaron en un silencio cada vez más tenso. Podría tocarlo con solo levantar una mano, pero lo notaba más lejos que nunca.

Deseó que nunca le hubiera ofrecido una casa, deseó no haber tenido ese arrebatado de alegría cuando creyó que se refería a una casa para los dos, deseó desconocer hasta dónde llegaba lo que sentía por él...

Felipe era un lobo solitario sin raíces, que iba de un lado a otro con su bolsa, que nunca se quedaría en un sitio y con una persona. Sus heridas del pasado eran demasiado profundas. Ella se parecía más una paloma mensajera que volvía siempre a casa. Necesitaba sus raíces y su familia. Sin embargo, por mucho que se dijera todo eso, seguía sintiendo una opresión en el pecho por todo lo que podría haber pasado y todo lo que se había echado a perder.

–Enhorabuena por haber conseguido las escrituras –comentó él en tono inexpresivo y mirando al infinito–. Lo hiciste muy bien.

–Gracias –susurró ella.

Francesca se llevó los dedos al cuello, donde el pulso le latía a toda velocidad, como si el corazón estuviese llorando.

Se abrió la puerta del avión y un tripulante asomó la cabeza.

–Ha llamado la torre de control. Tenemos diez minutos para despegar.

Entonces, Felipe sí la miró a los ojos y a ella le pareció vislumbrar algo de todo el dolor y la desdicha que sentía ella por dentro. Hasta que se dio la vuelta y volvió a montarse en el coche.

Felipe no dejó que James moviera el coche hasta que el avión se perdió entre las estrellas.

–Ya podemos irnos –dijo en tono desolado.

James arrancó en silencio. Felipe apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos. Todavía notaba el aliento de ella en la cara.

Jamás le había dolido tanto el corazón. Todavía podía oír su risa, como un eco...

Tenía que acabar con todo eso. Ella había elegido. Lo que él podía ofrecer y lo que ella quería estaban en las antípodas.

–¿Estás bien, jefe? –le preguntó James, por una vez, en un tono serio.

–¿Por qué no iba a estarlo?

–No lo sé. Parece como si algo te diera vueltas en la cabeza, nada más.

–Pues no.

–Hacemos un trabajo muy raro, ¿no? –siguió James sin hacer caso del tono cortante de Felipe–. Nos jugamos el pellejo por personas que no conocemos y que, muchas veces, nos caen mal, estamos dispuestos a que nos peguen un tiro por cualquiera de nosotros, pero, si nos piden que nos juguemos el corazón por alguien especial, salimos corriendo como colegiales asustados.

–James...

–¿Qué, jefe?

–Cierra la boca.

Habían pasado dos semanas y todavía podía oír las palabras de James como cuando las dijo.

«Si nos piden que nos juguemos el corazón por alguien especial, salimos corriendo como colegiales asustados». ¿Era eso lo que estaba haciendo?

Él había sido franco con Francesca desde el principio. Había sido ella la que había cambiado. Él no había mentido sobre sus sentimientos. Él le había ofrecido la mano y ella había querido el brazo, había querido mucho más de lo que él era capaz de dar. Lo había visto en sus ojos, había visto una esperanza por algo que él no podría darle nunca.

Ni siquiera estaría pensando en ella si Daniele no lo hubiera llamado para pedirle que protegiera a sus hombres durante la construcción del hospital. Ya habían terminado la conversación cuando hizo la pregunta que había tenido en los labios desde que oyó la voz de Daniele.

–¿Qué tal está Francesca?

A Daniele no pareció sorprenderle la pregunta.

–Está bien a simple vista. Está preparándose para marcharse a Roma...

–¿A Roma?

–¿No lo sabías? –a Daniele sí pareció sorprenderle que no estuviera al tanto de lo que iba a hacer Francesca–. Va a seguir las prácticas en un despacho de allá. Entra en enero.

Una chispa de orgullo saltó en su pecho apagado. Iba a hacerlo...

–Sin embargo, para serte sincero, estoy preocupado –siguió Daniele–. Creo que no duerme y sé que no come bien, algo impropio de ella. Voy a salir con ella dentro de una hora para ver si come algo.

–Está desconsolada –replicó Felipe automáticamente–, como todos vosotros.

–Espero que solo sea eso.

Felipe también esperó que solo fuese eso. Francesca, al menos, tenía a su familia, que estaba preparada para recogerla si se caía...

Se frotó el cuello con las dos manos. Estaba cansado. Él, como Francesca, también dormía mal. Tampoco tenía hambre y todo lo que había comido últimamente había sido para tener algo de energía. Tenía la sensación de que había pasado las dos últimas semanas en una especie de limbo, hacía lo que tenía que hacer, pero como sin darse cuenta. Tenía un vacío por dentro que no había sentido nunca.

–Estoy comiendo –Francesca clavó un ñoqui, se lo metió en la boca y lo masticó muy aparatosamente–. ¿Lo ves?

–Cómete otro –le ordenó Daniele.

Ella obedeció de mala gana. Era tan insulso como el primero.

–Hablé con Felipe Lorenzi hace un rato –comentó él despreocupadamente.

Oír su nombre era tan doloroso como acostarse en su cama vacía.

–Qué bien –replicó ella después de una pausa tan larga que Daniele arqueó las cejas.

–Preguntó por ti.

–¿De verdad?

Su penoso corazón estaba aporreándole las costillas otra vez.

–¿Qué pasó entre vosotros?

–Nada –mintió ella automáticamente.

No podía hablar con nadie sobre Felipe. Sabía que, si empezaba a hablar de él, empezaría a llorar y, si empezaba a llorar, no acabaría nunca.

–¿Has recibido la factura del hotel? –le preguntó ella para cambiar de conversación.

–¿Qué factura?

–La de Aguadilla. Espero que la hayas repasado bien. Me cercioré de pedir lo más caro de las cartas.

Le costó mucho mantener un tono desenfadado. Aguadilla y Caballeros estarían siempre unidos a Felipe.

–Yo no pagué –replicó él con perplejidad–. Yo no tuve nada que ver.

–Entonces, ¿quién...?

Supo quién había pagado mientras hacía la pregunta.

–Daniele, ¿pagaste tú el soborno?

Francesca había repasado las cuentas de la fundación. Se había pagado la factura del solar, pero no constaba que el dinero del soborno hubiese salido de allí. Alberto se había tomado otro permiso y no le contestaba las llamadas, por lo que no había podido contrastar con él de dónde había salido el dinero.

–¿Qué soborno? –preguntó Daniele con un gesto sombrío–. ¿Qué has hecho?

–Nada –contestó ella precipitadamente–. Estuve a punto de hacerlo, pero Felipe lo resolvió.

Y no se lo había dicho a su familia... Felipe no solo había evitado que acabara con su carrera profesional antes de que hubiese empezado siquiera, sino que también le había evitado la humillación de que su familia se sintiera decepcionada con ella. Tenía que haber pagado el soborno con su propio dinero.

–Francesca, ¿qué pasa?

Entonces, se dio cuenta de que estaba llorando, de que veía borroso a su hermano. Había tenido razón al temerlo porque ya no podía parar de llorar. Lo había perdido. Su protector, fuerte, grande y arrogante, había hecho todo lo que había podido para salvarla de sí misma, la había consolado, le había gritado, se había reído con ella y le había hecho el amor. Lo había perdido y no podía hacer nada para remediarlo, él no la amaría nunca.

No podía dejar de pensar en ella y la charla con Daniele lo había empeorado. No podía dejar de preocuparse porque no comía.

Esa noche, cuando se fue a la cama en otra lujosa y anodina habitación de hotel, esa en Dubái, cerró los ojos y pensó en ella.

¿Estaría pensando ella en él? ¿Sería él el motivo de que ella no durmiera o era esa la arrogancia de la que tantas veces le había acusado ella... o era una ilusión vana?

Sacó una foto desteñida de la cartera. Sergio y él con uniforme militar, con gafas de sol, con un brazo alrededor de los hombros del otro y con unas sonrisas muy amplias. Sergio había tenido unas ganas de vivir contagiosas. Se metía de cabeza en todo y la sonrisa nunca abandonaba su rostro. Se había parecido a Francesca en eso, nunca hacía nada a medias. Con Francesca era o todo o nada.

Se sentó más recto y se clavó los dedos en el cráneo. Había estado solo todos esos años...

De repente, se dio cuenta de que, si Sergio pudiera verlo en ese momento, le daría una bofetada.

James había tenido razón cuando dijo que se jugaban el pellejo por personas que no conocían y por cualquiera del equipo. En el Ejército pasaba lo mismo. Todos habían sabido los riesgos cuando se alistaron. Sergio lo había sabido y los demás compañeros caídos también lo habían sabido.

La esposa de Sergio había pasado página. Se había casado otra vez y había tenido otro hijo. Eso era lo que Sergio habría querido para ella.

Entonces, ¿qué le impedía a él pasar página también? ¿Por qué se había replegado en esa soledad de la infancia que había intentado evitar al alistarse en el Ejército?

Se había mantenido solo todos esos años porque las pérdidas de Sergio y de la familia que había encontrado en el Ejército habían sido tan grandes que eso había sido lo más seguro para él. Si no había apegos, no podrían hacerle daño otra vez. Sin embargo, ¿cómo iba a ser más seguro estar en la habitación de un hotel corroyéndose por dentro y echando de menos a la única mujer que podía hacer que se riera y se subiera por las paredes de furia en el transcurso de una misma conversación?

Cuando le ofreció la casa, había creído que eso era lo máximo que podía ofrecerle, pero, en ese momento, se daba cuenta de que no le había ofrecido nada de sí mismo.

Había estado solo la mayor parte de su vida, pero, hasta ese momento, cuando Francesca no estaba en su vida, no se había sentido perdido de verdad.

Si su hermano no quitaba el dedo del telefonillo, iba a tirarle algo. ¿Acaso no había captado la indirecta? No quería verlo.

Había llorado en el restaurante durante más de quince minutos. Afortunadamente, estaba de espaldas a la mayoría de los comensales y solo Daniele había visto la silenciosa cascada que le había caído por las mejillas. Él había querido llevarla a casa de su madre, pero ella se había mantenido firme y había insistido en que la llevara a su propia casa.

Le había dicho que necesitaba estar sola y había pensado que él lo respetaría.

Claro, querría saber cómo estaba, pero ¿a las seis de la mañana? No iba tirar la toalla, era como si hubiese decidido dejar el dedo en el timbre hasta que ella se diera por vencida.

Se levantó y fue hasta el telefonillo. Descolgó el auricular y grito.

—¡Entra si quieres!

Pulso el botón para que entrara y abrió la puerta del piso. Ya que estaba levantada, podía hacer café. Si Daniele tenía un poco de suerte, quizá no se lo tirara a la cara.

Sin embargo, el hombre que entró no era su hermano. Lo miró desde la puerta de la cocina sin dar crédito a lo que estaba viendo. No podía ni moverse ni respirar.

Era él, Felipe, y estaba allí, en su piso.

Notó que la sangre le subía a la cabeza. Tuvo que clavar los dedos de los pies en el suelo para no abalanzarse sobre él, y tuvo que parpadear mil veces para contener las lágrimas que se le habían amontonado en los ojos y se disponían a caer.

Él cerró la puerta y la miró con una expresión que ella no conocía, con la garganta moviéndose, pero sin emitir ni una palabra.

—¿Qué haces aquí? —susurró ella para romper el silencio.

Él se encogió de hombros y suspiró sonoramente.

—Siento presentarme así...

—¿Qué pasa?

Estaba tan demacrado que tenía que haber pasado algo espantoso.

—No pasa nada. No... —él se aclaró la garganta—. Sí pasa. No puedo seguir así. He sido tonto, rematadamente tonto. Estoy perdido sin ti. He venido a pedir perdón. He venido a pedirte... No, he venido a suplicarte que me perdones.

Francesca, con el corazón desbocado y la cabeza dándole vueltas, miró con incredulidad la cara que había echado tanto de menos.

—Tenías toda la razón —siguió Felipe—. Lo que te ofrecía era una ofensa a todo lo que habíamos pasado juntos. Creía que estaba destinado a estar solo, me lo había repetido durante tanto tiempo que había llegado a creérmelo. Creía que la naturaleza me había hecho así, pero no era verdad. Solo estaba protegiéndome para que no me hiciesen daño otra vez. Hasta que te metiste en mi corazón sin que me diera cuenta y ya no soporto pasar un minuto más sin ti. Quiero estar contigo. Sé que no lo merezco, pero estoy suplicándotelo. Por favor, dame la posibilidad de enmendar las cosas. Te amo, cariño.

La cabeza se le llenó de un asombro deslumbrante. ¿La amaba? ¿Estaba soñando? ¿Ese sueño que se le había negado durante las semanas pasadas había acabado dominándola y le daba lo que anhelaba?

—Por favor, cariño... —a Felipe se le quebró la voz—. Di algo. Grítame, haz lo que quieras. Me lo merezco. Si es demasiado tarde, dímelo y te dejaré, pero, si crees que puedes perdonarme, te prometo que te entregaré todo lo que soy. Decidas lo que decidas, que sepas que seré tuyo para siempre y que mi corazón te pertenecerá siempre.

Ella siguió mirándolo fijamente, asimilándolo lentamente, empezando a creerse que eso estaba pasando de verdad. Hasta que, de repente, las piernas se movieron y dieron los pasos que necesitaba para arrojarle en sus brazos.

Él la abrazó con todas sus fuerzas, tanto que ella pudo notar los latidos del corazón de Felipe y sentir su aliento en el pelo. Era real y apoyó la cara debajo de su cuello para inhalar su olor y su calidez.

No estaba soñando. Él estaba allí y la amaba.

Felipe cerró los ojos y besó esa mejilla que había creído que no volvería a sentir. No había sabido cómo lo recibiría y eso... era más de lo que se había atrevido a esperar.

Había enloquecido en cuanto se reconoció a sí mismo lo que sentía por ella. Solo pudo pensar que tenía que verla sin importarle a cuántas personas tendría que despertar. Habría sacado a mil personas de la cama para llegar hasta donde estaba ella.

Al cabo de un buen rato, cambió de posición para tomarle la cara entre las manos y mirarla con detenimiento. El corazón le dio un vuelco. Su hermoso rostro estaba pálido, tenía los ojos hundidos y ojeras.

—Cariño, ¿estás enferma?

—He estado... No he estado enferma. He...

Una gota le rodó por la mejilla y cerró los ojos.

—Mírame, cariño —le pidió él con delicadeza.

Cuando abrió los ojos, él le secó otra lágrima con el pulgar, le tomó una mano y se la llevó al acelerado corazón.

—¿Lo notas? No ha vuelto a latir igual desde que te conocí. Es todo tuyo.

—Felipe... —susurró ella—. He sido muy desdichada sin ti. Hago lo que tengo que hacer, pero no duermo y me cuesta concentrarme. Tengo que hacer un esfuerzo para comer. No sabía lo que significaba tener el corazón roto, pero ya lo sé.

Algo inmenso lo llenó por dentro como si fuera a reventarle el pecho.

Ella le acarició la barba incipiente y la más hermosa de las sonrisas le iluminó el rostro.

–Te amo, Felipe.

Él no se atrevió a creérselo aunque el brillo de sus ojos le indicaba lo que sentía.

–¿De verdad?

Francesca asintió con la cabeza sin dejar de acariciarlo.

–No quiero estar sin ti y, si dices en serio lo que has dicho y hay alguna oportunidad de que salga bien, quiero aprovecharla porque estar aquí contigo en este momento... Puedo volver a respirar.

Oír esas palabras era como recibir una caja de felicidad envuelta en papel de regalo.

–Mi amor... –él tomó aliento y por fin la besó–. Cásate conmigo.

–¿Que me case contigo...?

–Sí. Nada de medias tintas. Lo quiero todo de ti, un compromiso pleno, un matrimonio entre iguales. Si no quieres lo aceptaré sin...

–Sí quiero –le interrumpió ella.

–¿Y no quieres pensarlo?

–No.

–No... ¿qué?

–No quiero pensarlo, sí quiero casarme contigo.

–¿Estás segura? –Felipe la miró fijamente a los ojos, que volvían a brillar por las lágrimas–. Parece como si estuvieses a punto de llorar...

–Sí, estoy a punto de llorar porque me has hecho la mujer más feliz del mundo.

–¿De verdad?

–Tienes que aprender muchas cosas sobre las mujeres.

Ella le bajó la cabeza para llenarle la boca y la cara de besos.

Entonces, él la tomó en brazos para llevarla al dormitorio y se dio cuenta de lo que llevaba puesto.

–¿Es mi camiseta?

–Era tu camiseta –contestó ella con una sonrisa resplandeciente.

–¿Duermes con ella puesta?

–Todas las noches. Era lo único tuyo que me había quedado.

Eso lo convenció, más que cualquier otra cosa, de que Francesca Pellegrini lo amaba tanto como él la amaba a ella. La llevó al dormitorio mientras pensaba que era el hombre más afortunado de la historia.

Epílogo

Dos años después, Francesca Pellegrini entró en su preciosa casa de Roma rodeándose el enorme abdomen con los brazos y esperando que su marido ya hubiese llegado. Hacía dos días que no lo veía y lo había echado muchísimo de menos. Faltaban dos semanas para que naciera su primer hijo y estaban dejando terminados los respectivos trabajos para que pudieran pasar más tiempo juntos.

Entonces, en vez de encontrarse una casa tranquila, se encontró a toda su familia; a su madre, a su suegra, a sus hermanos, primos, tíos y tías y, naturalmente, a su marido con una expresión indulgente en el atractivo rostro.

—¡Sorpresa!

—Todavía no he tenido el bebé... —comentó ella entre risas mientras todos la abrazaban y besaban.

—Es para celebrar que hayas aprobado el examen —le explicó su madre.

—He intentado impedirlo... —intervino Felipe.

—Mentiroso.

—Es un mentiroso, ¡fue idea suya! —exclamó la tía Rachele.

—Has trabajado mucho —susurró Felipe mientras la abrazaba—. Todos queríamos demostrarte lo orgullosos que estamos.

—No lo habría conseguido sin ti —también susurró ella antes de darle un beso.

Después de aquella mañana de ensueño, cuando él se presentó en su piso para declararles su amor, Felipe había puesto en marcha todos los cambios que se necesitaban para que pudieran estar juntos. Lo primero que hizo fue contratar una secretaria para él. Lo segundo fue ascender a Seb y convertirlo en director general de todas las operaciones.

Abrió una oficina en Roma, en la misma calle que el despacho de abogados especializados en Derechos Humanos donde había entrado ella, y había reestructurado la forma de hacer las cosas para que pudiera estar en casa por la noche la inmensa mayoría de las veces. Seb dirigía todas las operaciones y James era su lugarteniente. Los dos estaban allí en ese momento y ella los saludó con cariño y sin soltar la mano de su marido, siempre estaba agarrada a él.

Algunas veces, Felipe tenía la sensación de que tendría que pellizcarse para comprobar que no estaba soñando.

No había dudado ni una sola vez que lo mejor para Francesca y él era que hubiese dejado de trabajar sobre el terreno. Se había imaginado que echaría de menos la adrenalina y las emociones, pero no las había echado de menos en absoluto. Su esposa, franca y apasionada, era toda la emoción que necesitaba.

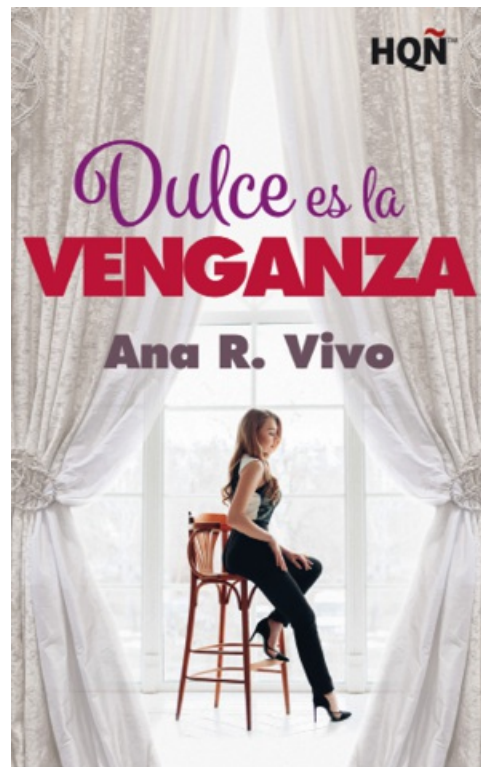
Por fin, tenía la familia que siempre había anhelado y que no había querido buscar. La familia

de Francesca lo había acogido con tantas ganas que a veces pensaba que debería haber sido él quien adoptara el apellido de ella y no al revés. Además, Francesca también lo había animado para que se acercara a su propia madre y lo había sorprendido al invitarla a que se quedara unos días con ellos. Amar a Francesca le había ayudado a entender el amor que sentía su madre por él. Lo había sacrificado todo por él, como él lo sacrificaría todo por Francesca, la salud, la fortuna, la empresa, la vida... Poco a poco, estaban forjando una buena relación entre madre e hijo y él notaba el amor por ella como una palpitación. Ella, a cambio, adoraba a su nuera.

Mientras brindaba por su esposa y todos sus logros increíbles, volvió a maravillarse por enésima vez porque era, con toda certeza, el hombre más afortunado que había pisado la faz de la tierra.

Sergio Pietro Lorenzi nació dos semanas después y pesó tres kilos y doscientos gramos. Todo el mundo dijo que tenía los mismos ojos que su padre y el mismo temperamento que su madre.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com